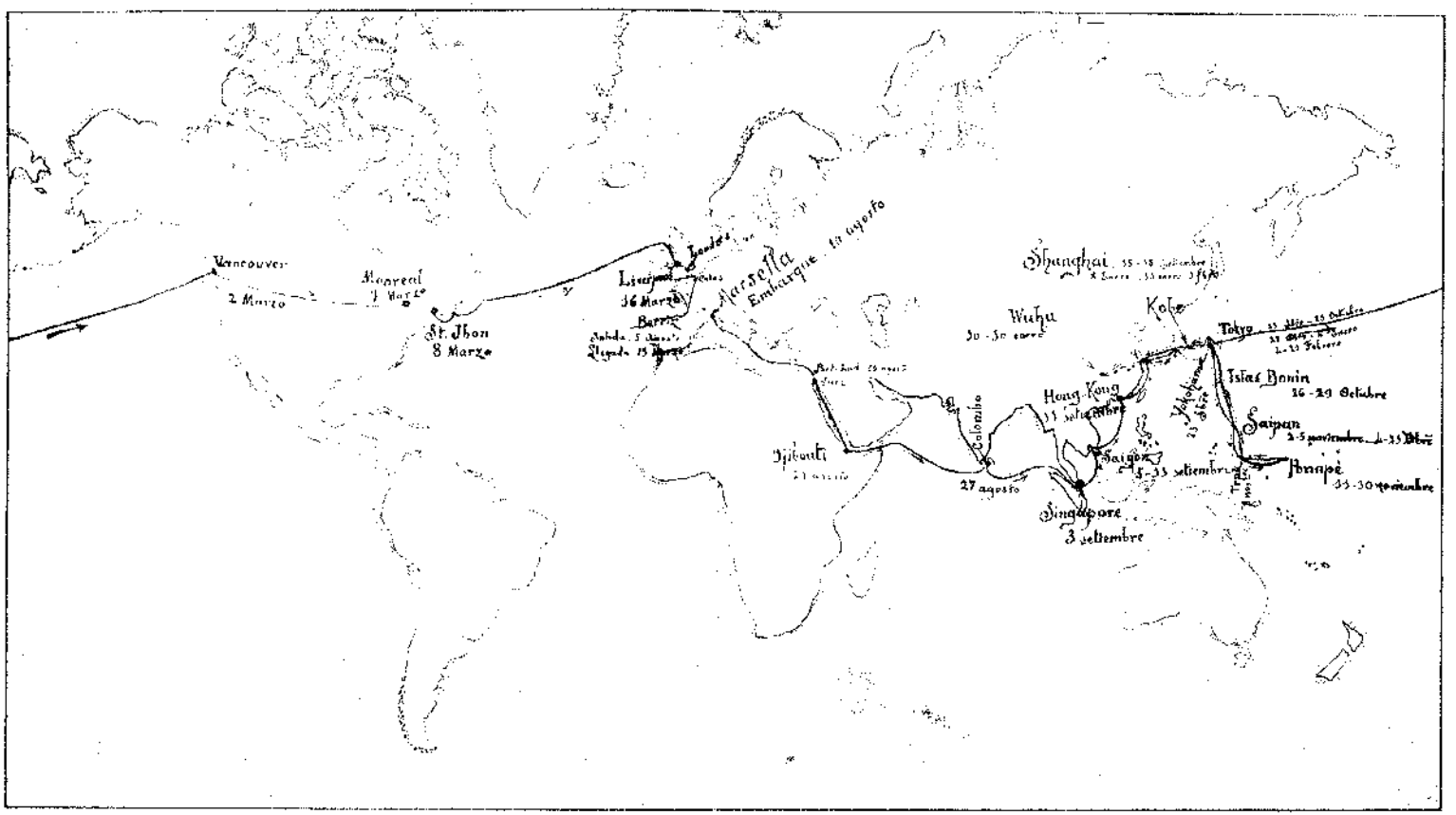


ETAPAS DE NUESTRA EXCURSIÓN MISIONERA

Viaje misionero alrededor del mundo

Impresiones, planes, esperanzas

por la

R. M. Margarita Maturana, O. M.

Comendadora del Colegio de la Vera-Cruz
Bérriz (Vizcaya)

Segunda edición

Cristina Ordóñez

«El Siglo de las Misiones»
Apartado 7. - Burgos

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS
CENTRO DE ESTUDIOS HISTORICOS

Nihil obstat:
JOSEPHUS ZAMEZA, S. J.
Cens. Eccl.

Imprimatur:
AEMILIUS RODERO RECA
Vic. Gen.
Burgis, 7 Decembris 1929.

IMP. ALDECOA.—BURGOS 9587

A nuestro amadísimo Padre y Prelado, Revdmo. e Ilmo. Sr. D. Mateo Múgica, Obispo de Vitoria y Presidente de la Unión Misional del Clero en España, como oferta filial de gratitud, prenda de sincerísimo afecto y homenaje de incondicional adhesión, en nombre de toda la Comunidad misionera de Bérriz ofrece y dedica este pobre recuerdo misionero la última de sus hijas que pide la bendición de Su Ilma. Revdma.

MARGARITA MATURANA, O. DE M.

Comendadora de la Vera-Cruz de Bérriz

Prólogo

Suelen creer algunos que, a quien ha hojeado un libro de viaje de ruta determinada, huélgale cualquier otro libro de la misma ruta. Sin embargo, no es así. No se parecen las narraciones de los mismos viajes, las buenas narraciones se entiende, unas a otras, como las guías de ferrocarriles de distintas ediciones. Los buenos libros de viajes no son meros apuntes de lo que se observa; son una narración vivida, sembrada de observaciones propias, adornada con ricas aunque parcas descripciones; todo ello pasado por el tamiz de lo sujetivo, que, en fin de cuentas, es lo único que conmueve, por aquello de que si vis me flere..., *porque el libro de viaje, siquiera lo revista de interés la cosa narrada, dale calor y atractivo el sentir del escritor derramado por sus páginas.*

El presente libro tiene estas dos condiciones que lo avaloran. Es, primero, de mucho interés, por describir lo que describe: un viaje misionera

alrededor del mundo. Viaje misionero porque, mercedaria misionera la que lo escribe, narra los comienzos de las misiones de sus hermanas en las actuales casas de misión que tienen en Oriente.

Pero no está, a mi ver, el principal mérito de esta narración en las cosas que la autora cuenta, sino en el modo de contarlas, consiguiente al modo de sentirlas. Y como el modo de sentirlas es a la manera que siente una alma imbuída de la caridad del prójimo, por eso es tan atractiva la lectura de este viaje misionero.

Hay algunos que escriben todo lo que ven en un viaje, sin considerar que no todo es digno de escribirse; parte de ello por insignificante y baladí, parte por feo y repugnante, parte por inmoral y malo. Entresacar lo mejor y más interesante y vestirlo de verdad y hermosura, he aquí lo supremo de pintar y contar lo que se ve u oye. Paréceme que el presente libro tiene ambas cosas: acierto en elegir y forma atractiva en describir y contar, sin pesadez lánguida, mas con frescura y desembarazo.

Pero lo que le da vida y le hace más recomendable es el ambiente de caridad que respira y el fin misionero que persigue. De seguro que otro viajero que hubiera escrito este mismo viaje, aunque fuera con bien cortada pluma, pero sin estar animado de los sentimientos de caridad a

las pobres almas que desconocen a Cristo, o le conocen a medias, no hubiera escrito un libro tan interesante como éste, porque no hubiera visto los hombres y las cosas a través de un corazón caritativo.

Aparte de este amor al prójimo de que están compenetradas todas las páginas, la autora ha elegido, de lo mucho que pasó delante de sus ojos, lo más apropósito para sus ideales misioneros, enriqueciéndolo con vivos toques descriptivos y atinadas observaciones. Diéronle motivo a estas dscripciones, los variadísimos panoramas que hubo de contemplar a través de tan distintos países al dar la vuelta al mundo, porque salió hacia Oriente, visitando la China, grupo de las Carolinas y el Japón, y regresó desde aquí por Occidente, atravesando el Pacífico, Canadá y el Atlántico.

Creo que, aun los que no participen del fuego misionero, leerán con harto contentamiento este libro, y si un resto de amor a Cristo se agita en su alma, crecerán en este amor al participar de este deseo de que sea Cristo conocido y amado por los infieles, el cual deseo se desprende de cada página de esta narración hermosa.

Y a los que comuniquen con la autora en las ansias misioneras, características en la edad que atravesamos, se le aumentarán sin duda leyendo estas páginas y pedirán más ahincadamente al

Padre de familias que envíe la lluvia de su predicación a los campos inmensos y estériles del mundo pagano, que ahora empieza a despertar del letargo de tantos siglos.

FR. MANUEL SANCHO,
O. de M.

DE BERRIZ A MARSELLA

POEMA MUDO DE AMOR.—A las cinco en punto sonó la campana de Comunidad. Era la señal para congregarnos en la portería y darnos el último adiós. Nada de abrazos, ni de palabras tiernas que pugnaban por salir del corazón a los labios: evitábamos aun el mirarnos despacio para mantener la serenidad de espíritu que mutuamente nos habíamos recomendado las que partíamos y las que quedaban. Al oír la señal, caímos de rodillas ante el Sacerdote (estábamos en el locutorio) que en afectuosas palabras iba envolviendo consejos sencillos y prácticos, y él nos bendijo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Tan sólo cinco minutos transcurrieron desde que sonó la campana hasta que la enorme puerta reglar se abrió para que pasásemos por ella: cinco minutos de congojoso silencio, de adioses callados, de miradas preñadas de cariño que

eran un poema mudo del amor hondísimo que a todas nos unía y de fortaleza cristiana por la cual nos separábamos. ¡Adiós, hasta pronto!, fueron las únicas palabras que pude articular. ¡Hasta pronto, hijas mías!; y al decirlas sentía yo que el corazón se asfixiaba y comprimía y una ola de llanto subía a mis ojos; pero pensé en ellas, en las que tanto sufrían por verme partir y logré serenarme sin que nadie advirtiera la lucha terrible que en el fondo de mi alma se estaba librando. Ya no volví atrás mis ojos; deseaba salvar cuanto antes la breve distancia que del *auto* nos separaba, y saludando, sin casi darme cuenta de la masa de gente conocida que nos despedía cariñosamente, me acomodé en el coche, y ya desde allí contestaba maquinalmente a las protestas sinceras de cariño de tantas y tan queridas antiguas alumnas, de personas apreciadísimas que nunca llegarán a saber cuán agradecido quedó mi corazón al verlas reunidas junto a nosotras en día tan memorable.

Arrancó el coche y aún seguían estrechando nuestras manos los que más de cerca nos seguían, mientras los demás, deseándonos un feliz viaje, agitaban los pañuelos hasta perdernos de vista.

La última mirada.—Mi última mirada fué para las ventanas del convento. Quería distin-

guir tras ellas a las hijas del alma que desde allí, seguramente, nos seguían llorando ya sin temor a que las viésemos; pero no logré divisar una sola silueta tras de las grandes celosías de la fachada del convento. El *auto* corría ya por la empinada cuesta, cruzó la curva atrevida en un instante y empezó a bajar por la amplia carretera dejando atrás el convento, la iglesia y la casa vicarial... ¡Adiós, dulce morada de mi vida religiosa, testigo de dichas inenarrables gozadas en el servicio de mi Dios y Señor! ¡Adiós, soledad preciada de mi querido Bérriz, en la que sobran los ruidos del mundo; tan apta, en cambio, para escuchar las hablas interiores de este otro mundo invisible que llevamos acá dentro! ¡Quiera Dios que vuelva pronto a refugiarme cabe tus muros, como volvió victoriosa la paloma que Noé soltó del arca!

Estos y otros parecidos afectos me ocupaban por completo. La tarde era espléndida. Bajo un cielo azul, sin nubes que oscurecieran los brillantes resplandores de un sol de Agosto, hubiéramos sentido sus rigores a no regalarnos el Señor una brisa refrigerante que hacía nuestro viaje por demás apacible y agradable.

HACIA LOYOLA.—Caminábamos en dirección a Loyola; mi vista se recreaba con el pai-

saje poético que a nuestros ojos se iba descubriendo: Montañas altísimas, llenas de copudos árboles, peladas otras y cortadas a pico formando espantables simas; valles deliciosos con sus casitas blancas recostadas en graciosas colinas y dando vida a aquellas soledades... Este vivir de la naturaleza caía sobre mi espíritu como un sedante en aquellas horas de fuerte emoción. Ya estamos en Azcoitia; nos espera mucha gente conocida de nuestras misioneras del Extremo Oriente; amigos, padres, parientes que, como en Eíbar, salen a nuestro paso para obsequiarnos con regalos y para rogarnos saludemos a las que allá hemos de ver. Ya en Loyola, se arremolina la gente a la llegada del *auto* que se detiene ante el santuario del gran San Ignacio. La escalinata está ocupada por las Hijas de María que salen a nuestro encuentro con verdadero cariño para saludarnos y conducirnos a la Santa Casa. Minutos después entrábamos en el recibidor de los Revdos. Padres Jesuítas y saludábamos a varios Padres que con atención inmerecida bajaron a recibirnos. El Revdo. Padre Rector tuvo la bondad de enseñarnos parte de la Casa que es un estuche artístico, digno de encerrar la preciada joya de Iñigo de Loyola, el varón santísimo que acertó a fundar ese escuadrón inimitable de soldados de Cristo que se llama

Compañía de Jesús. No trataré de describir las diversas capillas, a cuál más ricas en ornamentación, y, sobre todo, en recuerdos venerandos, porque me creo incapaz de una labor tan superior a mis fuerzas; sólo sé decir que el ambiente de aquella Casa, santa por antonomasia, es todo santidad, y que al pisar aquel suelo y tocar aquellas paredes y escuchar de labios del Revdo. Padre Ascondo, que nos guiaba: "Aquí oraba el Santo; aquí se convirtió", parecíame ver la figura de aquel hijo preclaro de Vasconia caminando por donde yo caminaba y diciéndome al oído la frase tantas veces repetida por él a su gran compañero Javier: "¿De qué sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?" Delante de la imagen que tan al vivo representa la imagen de su conversión, oramos largo rato. Las Hijas de María cantaban en euzkera preciosos motetes mientras el Revdo. Padre Elorduy nos bendecía con el Copón que guardaba encerrado al mismo Cristo. Besamos después la reliquia de San Ignacio mientras el coro, con vibrante entonación, lanzó a los aires el himno ignaciano, nunca mejor sentido que en aquella capilla sagrada donde aletea el espíritu del Santo valeroso, marcial, decidido. Aún sonaban las últimas notas cuando abandonábamos la Santa Casa para visitar el Noviciado de las Revdas. Madres Esclavas

donde está de Superiora una antigua amiga mía: la Revda. M. Rosario Oraá. Fué visita afectuosa como de amigas de la infancia; desde allí hablé por teléfono con Bérriz, con mi querido Bérriz del que empezaba a alejarme poco a poco.

Después de una misa devota, celebrada por el Revdo. Padre Elorduy y amenizada con piadosos cánticos por el *orfeón* juvenil del día anterior, dijimos "adiós" a la cuna de San Ignacio; a sus queridos hijos, que tanto se le parecen, y a las amables cantoras que madrugaron gozosas por comulgar a una con las MM. Mercedarias Misioneras... ¡Adiós, Loyola, quiero llevarme algo de ti; quiero buscar siempre y en todo la mayor gloria de Dios!

ENTRE AMIGOS.—De Loyola a San Sebastián, en el ferrocarril Urola, cómodo, elegante y limpio. Hasta Zumaya, en charla amistosa con Visitación Urízar, hablando... de Bérriz. ¿De qué habíamos de hablar? Los Revdos. Padres Vicario, Guimerá, Olalquiaga y Kirkpatrick, rezando *attente ac devote*.

En Zumaya cambio de vía y personas amigas que salen a saludarnos; dos Madres Carmelitas de la Caridad, una de ellas Cecilia Basabe, y las primas de la Revda. M. Nieves Urízar. Los desconocidos nos miran extrañados y respetuosos. ¡Somos nueve religiosas vestidas de

blanco, y Lola, una señora enlutada que forma parte de esta peregrina expedición!

Ya en marcha el tren, sube a nuestro wagón D. Luis Sierra que quiere acompañarnos a Donostía. Con él y mi familia hice un viaje bien distinto, 25 años atrás, para entrar como postulante en Bérriz... Conmemoramos tan gratos recuerdos al correr del ferrocarril, sin apenas fijarnos en el bello paisaje que el mar y la costa nos brindan a ratos. Llegamos a la bella Easo a las once de la mañana del 6 de Agosto. Una mañana calurosa, de mucho sol y poca brisa, que obliga al grupo de viajeros que con nosotras aguarda el tren eléctrico de Hendaya, a disputarse un palmo de sombra en la estación mientras, por falta de asientos, aguardamos a pie firme la hora de salida. Partimos por fin y llegamos a la frontera. En la gran estación se disponen los aduaneros al consabido registro, mientras el Revdo. Padre Olalquiaga, Lola y yo nos encaminamos a la oficina de un Jefe por ver si explicando la razón del viaje nos dejan pasar *incólumes*. Era un joven bien trajeado, de retorcido bigote y atrevido mirar. Empezó el interrogatorio y al oír que íbamos a China, dijo entre intrigado y burlón: "¡A China!... ¿Y qué van ustedes a hacer en China?"... Contesté qué éramos misioneras, pero hubiera podido decir mucho más. ¿Que a qué íbamos?... ¿Lo sabemos

acaso nosotras?... ¿Sabe el viento lo que lleva en sus alas cuando arranca semillas y gérmenes fecundos, e inconsciente los traslada a regiones apartadas donde arraigan, florecen y al fin dan fruto copioso?... Savia de vida sobrenatural extraída del árbol fecundo de Bérriz, seremos, si el Espíritu Santo quiere dar eficacia a nuestra labor. ¡Espíritu de vida, ven con nosotras para que hagamos conocer a Jesús, que es la Vida verdadera!

ANTE LA VIRGEN BLANCA Y AZUL.—Comimos en el hotel de la estación, y en marcha hacia Lourdes. Llegamos a las cinco y treinta, y al apearnos se dirigen resueltas hacia nosotras una religiosa de las Auxiliatrices del Purgatorio, que habla español, y dos Damas de Nevers, del Colegio de Durango. Ellas nos proporcionan cortésmente un ómnibus que nos conduce al convento de la Inmaculada en la calle Breteuil. Un rato de descanso en la elegante habitación que nos han destinado, para luego cenar e ir a ver la procesión de las antorchas. Nos aconsejan que en vez de formar parte de la procesión, la veamos desde lo alto de la gran escalinata de la basílica que domina por completo la explanada. Llegamos tarde porque está abarrotada de gente y apenas si en segundo término encontramos un huequecillo para meter nuestras curiosas cabezas. Afortunadamente y contra lo

que todos esperan, la procesión, al formarse, cambia de rumbo y desfila por delante de nosotras en toda su imponente marcha. Allá, como eco lejano, empieza a oirse el canto del Ave, sencillo, piadoso, delicado, como un requiebro sentidísimo de amor a la Virgen, a la Azucena Inmaculada, robadora de corazones por ser Madre de todos los hombres y Madre de Jesús nuestro Hermano mayor. El canto que empieza débil, vase acentuando, creciendo, propagándose y ya no hay una garganta que no emita aquel sonido ni labios que dejen de pronunciar aquella palabra. Todos nos contagiamos a la vista de aquel espectáculo sublime en su misma sencillez. Cada peregrino lleva una antorcha que ilumina su rostro y el papel donde van impresas las estrofas que cantan. Nadie se preocupa allí de si lo miran o no: con los ojos clavados los unos en el papel y los otros en el cielo, repiten sin cansarse aquel "Ave" que parece aletea en la atmósfera de Lourdes como si un escuadrón de ángeles enamorados de María hubiese escogido a este pueblo bendito para cantar en él perpetuamente sus alabanzas.

La procesión se ha extendido por toda la explanada bajando la escalera de la iglesia del Rosario. No se puede calcular el número de peregrinos que en ella forman, pero deben ser varios miles a juzgar por aquella doble hilera

de antorchas que se va reglegando diestramente ante la iglesia, arrastrando, sin que se vea el fin, una cola interminable de antorchas y más antorchas que oscilan suavemente al rítmico compás de cada cuerpo.

La noche no puede ser más hermosa. En medio del silencio religioso que de un canto a otro se deja sentir, no sabe una si mirar al firmamento tachonado ya de las primeras estrellas o contemplar aquel otro cielo de estrellas fulgurantes y movibles que a nuestros pies se mueve y agita...

EN EL PAÍS DE LOS MILAGROS.—Ya ha terminado el acompasado zig-zag de la procesión y, los peregrinos, de cara al templo monumental de María, entonan a una voz, solemne, grave y pausado, el Credo gregoriano de la Misa de *Angelis*. ¡Cómo se estremece el alma de emoción profunda al escuchar aquellas voces viriles que creen en Dios y lo dicen a voces, sin respeto humano, antes con el más noble de los orgullos!... ¡Que creen en Jesucristo, Dios, como el Padre, hecho hijo de la Virgen por nosotros y por nuestra salvación!... Corta ha de parecernos la eternidad a los que tanto deseamos que a Dios se ame y bendiga y allá en el cielo le veamos ensalzado y bendecido como El se merece. Mientras llega ese gran día, pocos ratos gozaremos acá en la tierra como el que nos

proporcionaron los peregrinos de Lourdes la noche mil veces bendita del 6 de Agosto.

El día 7, muy de mañana, oímos Misa y comulgamos en la capilla de las buenas religiosas de la Inmaculada. Visitamos la basílica, la iglesia de la cripta y la del Rosario; tres templos a cual más grandiosos que la munificencia cristiana ha levantado a la Virgen.

A los pies de la basílica, y lamiendo casi sus cimientos, corre el Gave, murmurador y poético... Es el órgano que acompaña a los fieles en el canto constante del Ave como si Dios hubiera querido fusionar a la Naturaleza y al hombre para alabar a María, obra de sus manos.

Para cuando llegamos a los alrededores de las piscinas, una larga hilera de enfermos holandeses, en sus cochecitos, aguarda el turno, rezando en alta voz con fervor intensísimo. ¡Cuántas caras macilentas en medio de aquel hervidero de gentes! ¡Qué de miembros mutilados, cuánta desgracia reunida a los pies de la que todos llamamos Reina y Madre de misericordia! Allí todos los corazones están llenos de una sola confianza: la confianza en la bondad y en el poder de Dios; por eso el Señor, rico en misericordias, extiende su mano y no a todos, porque entonces no sería esta tierra valle de lágrimas, sino a los que El se ha escogido, los toca como en los tiempos de su vida mortal,

diciéndoles: "quiero que sanes". Y el enfermo se levanta, corre la conmoción entre la muchedumbre y un himno de acción de gracias sube a los labios... Algo de esto sucedió a nuestra vista; vimos correr a los peregrinos holandeses haciendo alegres comentarios y pronto corrió la voz de que un enfermo, de los más graves, había recobrado la salud. Era tal la afluencia de gente que fué imposible acercanos para ver al afortunado enfermo.

Bebimos agua de la gruta; pasamos, sin casi detenernos, ante el lugar de la aparición, y llena el alma de una devoción profunda, nunca hasta allí sentida, partimos de Lourdes a las cinco de la tarde, acompañadas hasta la estación por las Damas de Nevers atentísimas con nosotras hasta el último instante.

El tren para Marsella venía atestado de gente, hasta el punto de tener que permanecer varias de nosotras en el pasillo del wagón hasta que poco a poco fueron bajando los viajeros en diversas estaciones. Luego quedamos casi solas; y en amena conversación, cambiando impresiones gratísimas, se echó encima la noche; una noche de calor pesado que prometía ahuyentar el sueño contra lo que nuestros fatigados cuerpos querían y reclamaban... La previsión del Reverendo Padre Olalquiaga, nos proporcionó una cena opípara. Calmóse la sed que tanto nos

atormentaba y rezadas las oraciones de la noche, cada una procuróse postura cómoda para dormir. ¡Dormir!... Palabra vana entre aquel traqueteo vertiginoso y el calor insufrible que se echaba encima. Sin embargo lo intentamos y hubo algún cabeceo más o menos pronunciado, y hasta hubo alguna que durmió profundamente. Mucho antes del amanecer ya estábamos de pie queriendo adelantarnos a la salida del sol para sorprenderlo en sus primeros desperezos. Hay tiempo para ofrecer a Dios las obras y hacer la meditación. La terminamos alboreando el día y cuando ya el ruido y la agitación inherente a las grandes ciudades nos anuncia que entramos en Marsella. A la luz de los primeros rayos del sol nos miramos estupefactas; el hollín, que ha entrado a mansalva por ventanillas y portezuelas, nos ha dejado tiznadas por completo. ¡Pobres hábitos blancos trocados en trajes de medio luto! ¡Qué caras, qué manos de carboneras! Nos aseamos un poco: detiénese el tren y encontramos al bueno del Hermano Cartier esperándonos en la estación. De prisa, porque este activo Hermano no sabe andar de otro modo, vamos en busca del ómnibus que ha de llevarnos a la casa de las Franciscanas Misioneras. Nos esperan dos Hermanas a pesar de lo intempestivo de la hora (son las cinco y media de la mañana) y ellas nos conducen a las habitaciones, y

después a la capilla para asistir a la Misa de seis en la que comulgamos todas.

Los tres días pasados en Marsella sirviéronnos de descanso para el cuerpo y no menos para el espíritu. Desde allí emprenderíamos el largo viaje que tan lejos del hogar religioso iba a llevarnos y que, pasando por encima de todos los afectos naturales, nos ponía delante de un ideal único: la conquista de las almas para Jesucristo nuestro Señor. Una visita al santuario de Notre Dame de la Garde colocado en una altura deliciosa desde donde se domina la ciudad y el puerto, llena nuestras almas de ese dulce descanso que el amor a la Virgen comunica. Ella, la Estrella de los Mares, conducirá nuestro buque al deseado puerto: Ella nos guiará en la difícil empresa que por amor a Jesús empezamos, y Ella, al caer de la tarde de la vida, nos llevará en sus brazos al descanso eterno.

La ciudad entera parece que nos dice adiós. Despedimos a las amables Franciscanas Misioneras de María y bajamos camino del puerto. El "D'Artagnan" nos espera... Subimos la escalera; recorremos las lujosas dependencias del barco y quedamos inmóviles en uno de los puentes que cae encima del muelle. Allá abajo un hervidero de gente que grita, gesticula, mantiene conversación con los pasajeros. Entre ellos dos sacerdotes que nos bendicen: el Revdo. Pa-

dre Vicario de la Comunidad de Bérriz y el Revdo. Padre Ambrosio Olangua, Procurador de la Misión de Wuhú. Mientras los vemos, diríase que aún nos une a nuestra patria querida un como cable que trasmite los sentimientos de nuestros corazones; después, cuando el barco se aleja y apenas si divisamos los dos blancos pañuelos que aún nos saludan, una furtiva lágrima condensa mil sentimientos contrarios que sólo Dios es capaz de descifrar y leer.

AGOSTO 1.°—Las primeras impresiones de la vida a bordo son poco agradables: los pasajeros nos miramos con la frialdad propia de los desconocidos. Los cinco primeros días los dedicamos al arreglo de *cabinas*, reparto de los objetos más necesarios y gestiones para ver si se logra redimir a los diez y seis bultos que yacen cautivos... No sabemos lo nombres de nuestros compañeros de viaje, pero hay tres niños que en seguida nos dicen los suyos: Lulú, que debe tener cuatro años y es revoltosillo e inquieto, viaja con sus papás, un matrimonio joven, francés, que va a Saigón. Son católicos y Lulú besa muy devoto nuestro crucifijo y todos los días nos pide estampas...

Charles es otro francesito muy serio que ya tendrá seis años y viaja también con sus papás y una hermanita encantadora que se llama Nicole. Van al Hanoi por primera vez, y su pa-

dre, M. Marquís, es profesor de Derecho.

Vienen también en segunda, veinticinco Hermanos franceses de la Doctrina Cristiana y varios oficiales de Marina.

Señoras, diez o doce, de tipos muy variados... Un total entre pasajeros, marinería y servicio de 660 personas.

Nos levantamos a las cinco y media y el Reverendo Padre Olalquiaga dice la Misa a las seis en el salón de música de segunda. Asistimos los veinticinco Hermanos de la Doctrina Cristiana y nosotros. Los domingos, a petición del *maitre d'hotel*, se celebra en el salón de primera. La concurrencia ha sido escasa: cuatro o cinco oficiales de Marina y... nada más. Este olvido de Dios entristece y llega al alma, porque aquí no se trata de infieles, sino de cristianos que miran con indiferencia los más sagrados deberes.

AGOSTO 15.—Amanecemos en alta mar; una especie de mariposa grande sigue al barco; luego dos o tres pájaros extraños, de alas muy pintadas, hacen alto en la proa del buque. Cerca está la tierra. A las siete y media de la mañana se deja ver Port Said con su largo muelle, que casi tocamos, y la estatua de Lesseps, guardando la entrada. Balandros, remolcadores, gasolinos, grandes buques anclados a uno y otro lado del nuestro; movimiento incesante de un

gran puerto de los más originales del mundo. Rápidos, cargados de gente, pasan hasta seis contratorpederos ingleses; a nuestra derecha se extiende el campamento de la Gran Bretaña, señora de los mares y de muchas tierras, y a su paso diríase que todos los no ingleses tenemos que inclinarnos y pedir permiso para pisar sus dominios.

La tripulación del "D'Artagnan" está toda sobre cubierta presenciando el desfile de gasolinos ligeros y elegantes que antes de fondear el buque se alinean junto al muelle esperando el desembarque de turistas y pasajeros que terminan la travesía en Port Said. Los veinticinco Hermanos Maristas bajan aquí; nos saludan cariñosos, se ofrecen a comprarnos lo que necesitemos y a ellos encargamos hostias pequeñas y grandes.

Barquichuelas sucias, llenas de gente desharrapada, con gorros turcos y túnicas *multi-colori*, rodean el "D'Artagnan", suben la escala e invaden los puentes y pasillos ofreciendo a los pasajeros collares, vistas del puerto, melones, uva y toda clase de comestibles. Los prestidigitadores divierten a los de primera; nuestro puente queda todo para nosotras y los tres jesuítas; sólo sube un tipo turco que chapurrea el español y debe saber un poco de todos los idiomas euro-

peos y le compramos tarjetas postales de Port Said, Suez y Djibouti.

En el comedor hay muchos huecos. Port Said tiene edificios preciosos; jardines muy bien cultivados, y se ve que el gusto y *confort* europeo se ha impuesto. Se ven tipos del país muy variados. En medio del muelle, adoradores del sol que, a la vista del barco, hacen su plegaria, cara al astro rey, postrándose repetidas veces.

Después de seis horas de escala, echamos a andar a las dos y media de la tarde metiéndonos en el famoso canal de Suez. Es una línea recta que mide 164 kilómetros de largo. Una de las orillas es un arenal, extenso, árido, sin una brizna de hierba, ni un mal árbol para cobijo de los caminantes. A trechos, el mar entra por sobre la arena, y al retirarse o consumirse por los rayos del sol, deja grandes capas de salitre que varía el colorido monótono de aquel vasto arenal.

En la orilla opuesta hay un canal de agua dulce que fertiliza el suelo y permite crecer grandes palmeras, bosquecillos de pinos y en todo el trayecto alguna vegetación. Paralela al muelle, la vía del ferrocarril de El Cairo que vemos por dos veces y una carretera bien asfaltada por la que desfilan veloces automóviles ingleses y bicicletas con policías egipcios.

Cruzamos por la tarde con varios barcos in-

gleses. Suben a nuestro puente tres caballeros españoles que viajan en primera; nos los presenta el Padre Olalquiaga sin decirnos sus nombres; sólo sabemos que uno de ellos es comandante y vive en Valladolid; el otro, natural de Barcelona, es un opulento industrial. Les acompaña un tercero, de las Canarias, y van juntos a dar la vuelta al mundo. En su amena charla contaron un viaje que llevaron o cabo el año 1926 internándose en el Africa y conviviendo por espacio de seis meses entre las tribus salvajes de los beduínos. El catalán lleva un aparato toma vistas. Filmó el canal, el ferrocarril de El Cairo y a nosotras mismas en el puente.

Ya somos diez y seis españoles en el barco. Cerrada la noche, hubiérase dicho que estamos fuera del canal; multitud de lucecillas permiten ver una grande extensión de agua. Deben ser los famosos lagos Salado y Amargo, fantásticos en medio de la noche templada y serena. Las luces de los barquitos, las de las casas lejanas, se confunden con las estrellas del firmamento; es una visión mágica que contemplamos largo rato porque el buque se ha detenido en su marcha.

Agosto 16.—Hemos andado poco durante la noche. El calor en las *cabinas* se acentúa cada vez más: son noches de insomnio y de continuo sudar. Sobre el puente la temperatura es

a veces soportable; otras muy difícil de sobrellevar. Estamos en el Golfo de Suez, a 29,10° de latitud, 32,44° longitud Este. A las dos y media pasamos frente al Sinaí, que descuella sobre la cordillera larguísima que vamos viendo. Tiene 2.270 metros de altura.

Vemos costas a ambos lados; una costa árida, pelada y triste, envuelta además en una neblina que la borra y confunde con el horizonte. A las cinco salimos del Golfo de Suez y entramos en el mar Rojo. Preparémonos a sufrir sus rigores si él es tal como nos le han pintado.

La costa de Arabia es alta y rocosa; la del desierto de Nubia, baja y arenosa. Perdemos de vista la tierra y y en pleno mar sale un vientecillo refrigerante que aspiramos con ansia.

La noche, en la *cabina* ha sido abrumadora; dormía unos minutos y despertaba empapada en sudor. Estos ratos de insomnio y malestar, ofrezco contenta a Jesús para que el don de la Fe lo reciban muchas pobres almas. Me da pena la gente del barco; estos pasajeros elegantes, correctos, finísimos, que nos miran con asombro y respeto y que se les conoce que no viven más vida que la de los sentidos. *Ellas* son más dignas de compasión: se ve que no tienen nociones de decoro y honestidad. Pintadas, escandalosamente vestidas, ¡qué posturas tan indecentes adoptan! Quisiera tener ocasión de hablar

con ellas, pero es difícil; con sus niños que son preciosos, paso largos ratos. Me parece que nunca han oído hablar de Dios nuestro Señor porque ni saben besar el crucifijo que les presentamos.

AGOSTO 17.—A media mañana sube al puente uno de los tres pasajeros españoles, el de las Canarias. Es un tipo elegante; ha vivido varios años en Fernando Póo y sabe dar razón de todo lo que se refiere a la Guinea española; se llama D. Carmelo Martín y por él nos enteramos de los nombres de sus compañeros: el comandante, Sr. D. Francisco Javier Naneti, y el catalán D. Joaquín Poch.

Yo no me encuentro bien; el calor me desazona y voy a descansar un rato sobre la cama.

Por la tarde, nos manda Dios una brisa muy agradable que desaparece con el sol. Se presenta una noche de horrible calor; yo no me decido a entrar en la *cabina* y quedo en el puente con Sor María Itziar y con Sor Teresita; son dos ángeles que atraen las miradas del Dios de pureza y amor. A mis dos lados, duermen toda la noche; yo también duermo a ratos y pienso mucho en Dios y en estos pobres pasajeros que no le conocen. Rezamos el Rosario todas las noches en Comunidad; a esa hora el puente es todo nuestro porque *ellos* y *ellas* marchan al salón de música donde cantan y bailan

hasta muy tarde. El rumor de las olas se mezcla con el de nuestras plegarias a la Sma. Virgen y, por contraste, el viento nos trae los acordes de la orquesta del *Jazz-band*, los aplausos y gritos del mundo loco que allá abajo se divierte. Un matrimonio que tiene dos niños encantadores los dejan sobre el puente, dormiditos en sus *chaisses-longues*... Ellos marchan a la fiesta nocturna, y pasadas dos horas, despierta la niña que apenas cuenta año y medio, y al encontrarse sola, en la oscuridad de la noche, oyendo el ruido imponente del mar, rompe en un llanto amarguísimo llamando a su madre a grandes voces. A mí me rompía el alma aquel llanto y aquel abandono; si me dejo llevar de mis sentimientos, bajo al salón de baile y hago venir al lado de su hija a aquella madre *tan poco madre*. Más de una hora duró el tormento de oír llorar a la pobre criatura; por fin subió su madre y se la llevó. Entonces me dormí: el calor era pesado, de esos que abruman y no se conocen hasta pasar el mar Rojo. Soñé con Bérriz y me desperté cansada pero contenta de no haber bajado a la *cabina*.

AGOSTO 18.—Vemos la salida del sol, espléndida, como un globo de fuego que emerge del fondo del mar y amenaza abrasarnos con sus ardores. Hoy también será un día de prueba. En la santa Misa y comunión pido a Jesús

que nos ayude a sobrellevar el calor con mucho espíritu y con salud... El calor estraga la parte física y moral. Yo de mí sé decir que me inhabilita para todo: no puedo comer, no acierto a andar; todo me cansa y en los ejercicios espirituales no me reconozco. La meditación se reduce a hablar sencillamente con mi Dios ofreciéndole estas penalidades y otras que vendrán, por su amor y por la salvación de las almas. El sabe que no soy para más y me ama. Bendito sea.

Se siente algo de movimiento de costado y nos anuncian que mañana tendremos peor temperatura.

AGOSTO 19 (domingo).—La Misa, en el *Fumoir* de primera.

Me encuentro tan mal que temo no poder comulgar. ¡Qué misa más larga! Asiste el comandante español, su amigo el canario, un matrimonio joven que va en primera, los papás de Lulú y unos pocos señores más. Puedo comulgar pero tardo un cuarto de hora en pasar la Sagrada Forma.

Terminada la Misa, me acuesto en la *cabina;* me hacen tomar mis buenas hijas jerez y agua fresca y logran reanimarme pero no me levanto ni puedo tomar alimento en todo el día. Al anochecer subo al puente y en él me quedo toda la noche, pues me hace temblar la perspec-

tiva de una noche de asfixia y sudores en la cama de la *cabina*, que despide fuego.

Hasta media noche nos dan la cencerrada una tertulia de jóvenes de ambos sexos de los más alborotadores del pasaje. Se levanta un vendaval furioso pero de viento abrasador y él ahuyenta del puente a los molestos vecinos. Quedamos tres monjas, los Hermanos jesuítas y creo que nadie más. He dormido a ratos.

Estamos a 14,51° latitud Norte, 42,13° longitud. El calor, tal como nos lo habían predicho; abrumador, pero a ratos hay brisa. Lo extraño es que a medida que el sol se retira, se siente el calor más pesado; de ahí que las noches sean horribles. Dicen que estamos a 48° a la sombra.

Agosto 20 (lunes).—A las cinco y cuarto de la mañana anclábamos en la rada de Djibouti. Por este motivo, el Revdo. Padre Olalquiaga ha celebrado la Misa a las cinco y media, antes de que la turba de vendedores asalte el barco. En buena hora nos hemos prevenido; para cuando la Misa ha terminado suben trepando como monos varios negritos, desnudos, a todos los puentes.

Hablan una jerga que ellos creen es francés y en ella suplican a los pasajeros les arrojen al mar monedas de dos francos, y a este precio se tiran desde la borda del puente más alto; caen

al mar como flechas y reaparecen al instante con la moneda en la boca, enseñando al sonreír una hilera de dientes blanquísimos. En el agua se sumergen, se pelean unos con otros, se sientan yo no sé cómo y parece que aquello es su elemento. Se dan cuenta de nuestra presencia en el puente y a él se encaraman, no por las escalas, sino por las cuerdas y palos del barco; son cinco muchachitos esbeltos, ágiles, con el pelo casi rubio y muy ensortijado, mirada inteligente y triste y aire resuelto. Pregunto al más niño la edad que tiene y con esa mímica universal que todos entendemos, abre su manecita y me enseña triunfante los cinco dedos... Así me lo figuraba yo; no representa más de cinco años, ¡y el pobrecillo quiere arrojarse al mar desde esa altura! No se lo consiento, pero le doy una moneda y queda encantado; al verla, uno de los mayorcitos que nos llama la atención por lo feo de su boca y sus ojos torcidos, entona un canto que debe ser un himno de gratitud y de súplica; pero un canto tan feo y desentonado que nos hace prorrumpir, desde las primeras notas, en una sonora carcajada. Y el negrito, al vernos reír, reía él mismo y seguía cantando animoso y agregáronsele sus cuatro compañeritos que formaron un coro gangoso como si fuera de cornetas viejas, mientras el pequeño les hacía coro con su voz atiplada como un flautín.

Dímosles un paquete de caramelos viejos que estaban destinados por viejos a endulzar las amarguras del mar Rojo y se marcharon los cinco con los ojillos encandilados de pura alegría, a jugárselos al otro extremo del puente... Pienso que el más tramposo se los llevó todos como ocurre en todas partes, pero ellos se fueron contentos, goteando el agua que les caía del sucio trapo que cuelga de la cintura. ¡Pobrecillos, qué vida tan mísera la suya y cómo desea una que conozcan los altos destinos para que Dios nuestro Señor, Padre común de todos, los ha creado! En estos pensamientos me entrego a la meditación y pido instantemente a Jesús, al Hermano mayor de la gran familia humana, que haga llegar su luz a estos extraviados y les enseñe quién es El, todo amor y Vida verdadera.

El resto de la mañana lo pasamos mal a causa del calor que, como el barco está quieto, pesa terriblemente.

A las once y media salimos en dirección a Adén. Es ya noche cerrada cuando entramos en el bonito puerto, muy bien iluminado. Grandes boyas flotantes con sus lucecitas rojas y verdes, ora apagándose, ora alumbrando las tranquilas aguas, atraen a los pasajeros a la borda del puente.

Después de un rato de contemplación, vamos a dormir; a eso de la una de la madrugada co-

mienza el "D'Artagnan" su interrumpida marcha.

Agosto 21 (martes).—Ya estamos en el golfo de Adén y navegando a toda marcha. Divisamos a grande distancia el dique flotante que los ingleses han construído en Liverpool para el puerto de Singapoore. Lo remolcaban tres grandes remolcadores.

Agosto 22 (miércoles).—No tenemos Misa. Hay tan grande movimiento en el mar, que el Padre teme perder el equilibrio y le parece temerario exponerse al riesgo de que se vierta el sagrado Cáliz. Ofrecemos a Dios la pena de no poder recibirle y, en cambio, nos preparamos al balanceo, que va a ser regular. Por de pronto, los camareros cierran las ventanas de los camarotes porque algunas olas atrevidas han hecho su entrada en ellos. Mi gente, después del desayuno, se marea. Yo subo al puente con Sor M.ª Dolores, pero hay un vendaval furioso que no permite andar.

Nos dejan solas... Ningún pasajero asoma sobre cubierta; yo ando de enfermera en las *cabinas* y a la hora de comer bajo al comedor con Sor M.ª Angela. Hay caras tristes y poca gente; del sexo débil, seis, contando con nosotras.

Hasta el *maitre d'hotel* y algunos mozos están mareados; a mí me divierte el movimiento

y no me canso de mirar el mar airado, imponente, sublime...

A media tarde amaina el viento y empieza a salir la gente de sus nidos. Los Hermanos Arrizabalaga y Dorronsoro no se dejan ver en todo el día. No subimos al puente después de la cena y quedan cinco en mi *cabina* contando cuentos de Bérriz... ¡Qué dulces recuerdos!

AGOSTO 23 (jueves).—Hoy tampoco tenemos Misa. El mar sigue revuelto y los estómagos se resienten en cuanto saltan de la cama. Me levanto sola a las seis y hago mi oración en el puente muy cerca de la inglesa que lee atentamente la Biblia.

Por la tarde, tertulia en el puente con el señor Martín, que tiene siempre conversación interesante, cristiana y sensata.

Duermo muy bien por primera vez desde que estoy en el barco.

AGOSTO 24 (viernes).—Misa, Comunión y... confesión. Improvisamos el confesonario en la *cabina* y allá vamos, *contritas* y *humildes*, a lavar nuestras almas en la Sangre del Cordero.

Dicen que estaremos pasando frente a Goa... ¡Y no vemos un palmo de tierra que nos hable de los preciosos despojos de San Francisco Javier! Yo tenía la ilusión de que divisaríamos algo de tierra, pero no vemos más que esta inmensidad de agua por la que navegó siglos atrás

el apóstol de las Indias abrasado en deseos de salvar las almas de los infieles. ¡Quién me diera sus mismos anhelos y aquel tesón continuado con que él trabajó por la gloria de Dios!

Sigue el viento silbando y el mar un poco alborotado. Los pececillos voladores salen a flor de agua, dan un vuelo corto, y disparados como flechas, se sumergen de nuevo en el mar.

El sol, que está próximo al ocaso, ilumina sus escamas... Todos los pasajeros disfrutan de este bonito espectáculo, ya que hace tiempo no se ha visto tierra ni barco.

AGOSTO 25 (sábado).—La novedad del día es un aviso que desde por la mañana aparece en el sitio designado: "Se anuncia a los señores pasajeros que mañana, domingo, a las diez de la mañana, habrá un oficio protestante en el salón de música de segunda y en él hablará en inglés la *leader* diaconisa Miss Armitt".

Ya el aspecto de esta señora inglesa que embarcó en Port Said nos hizo creer que era alguna pastora protestante... Es una señora muy amable que saluda a todo el mundo y aprovecha todas las ocasiones para hacer amistades.

Habla solamente el inglés; por eso, pocas personas acudirán a su reclamo. En cuanto se ha leído el aviso, los pasajeros lo han comentado con calor, y por ese instinto antiprotestante que caracteriza a la raza latina, ha habido burlas y

alusiones, y hasta personas que otras veces no han ido a Misa, han venido a preguntarnos a qué hora se celebraba mañana la Misa católica...

Agosto 26 (domingo).—La Misa más concurrida: están los señores españoles, los oficiales de siempre y hasta una veintena de personas que no hemos visto en domingos anteriores.

Dicen que al oficio protestante acudieron nueve fieles y duró poco más de un cuarto de hora.

Agosto 27 (lunes).—Empieza a verse tierra de Ceilán. La llegada se anuncia para las diez de la mañana y a esa hora ya está nuestro gigante rodeado de gasolinos, remolcadores y lanchas. El puerto, que empieza a verse, es grandioso, cual corresponde a la isla de los Encantos, a la joya del Indico... Como el "D'Artagnan" estará amarrado hasta el anochecer, bajamos a pisar tierra firme para ver de cerca sus decantadas maravillas.

EN COLOMBO

Aquí bajamos a tierra por primera vez. Esperábamos que las Franciscanas Misioneras de María salieran a recibirnos, pero no llegó ninguna. En cambio, un indio desharrapado llegó hasta nuestra *cabina* dispuesto a guiarnos a la ciudad. Vacilamos, pero al fin fuimos tras él Sor M.ª Itziar, Teresita, Lola y yo. Salimos en el gasolino de "Messageries" mezcladas con mucha clase de gente... Gracias al indio, pasamos bien la Aduana y cambiamos moneda. Nos llevó precipitadamente por una ancha calle y montamos un tranvía. ¡Qué gentes, qué peinados! No podíamos distinguir los sexos. Luego en *pus-pus*.

El convento del Hospital, monísimo; la Superiora, austriaca muy fina y muy culta, respiraba santidad atractiva. En el recibidor, un refresco. Visita a la capilla y al enorme hospital. El calor sofocante. La Superiora de la Casa de

talleres, vino a buscarnos; valenciana elegante; a primera vista era seca y algo entonada, después muy cariñosa. Visitamos los talleres muy ordenados; el de la fabricación de hostias donde elaboran diariamente de ocho a diez mil hostias. Otra visita a Jesús en esta capilla; delante del Señor manifiesto hacían guardia dos indígenas jovencitas que arrullaban al Prisionero de Amor con sus cantos inocentes: cantaban sin cesar el Ave María. La Superiora valenciana y otra Madre de Guernica nos acompañan al "D'Artagnan". ¡Con qué desembarazo se entienden con policías y mozos!

En el barco nos esperan con gran júbilo. Las amables Franciscanas suben hasta el puente y pasan un gran rato con nosotras. Las despedimos con agradecimiento y algo de pena. Apenas marchan, nos avisan que en una lancha viene al "D'Artagnan" un Padre jesuíta. ¿Quién será?... Es el Hermano Emilio López a quien yo conocí en Bérriz años atrás y que vuelve de Wuhú a España en el "André Lebon". ¡Qué recibimiento le hacemos! Encantado de encontrarnos, resuelve pasar la noche en nuestro barco para oír Misa y comulgar el día siguiente. Para que saliera a tiempo, tenemos la Misa a las cinco y cuarto en el puente *nuestro*. Al alzar, tocaban a diana en los barcos de guerra an-

clados en la bahía. La salida del puerto, encantadora.

El 2 de Setiembre a las siete y media de la mañana, llegamos a Singapoore. El paisaje, de lo más nuevo y pintoresco que puede imaginarse. Diminutas islas de un verde preciosísimo vemos a uno y otro lado; pueblecitos de pescadores formados en el mismo mar, sobre estacas al parecer endebles y quebradizas. La entrada, muy estrecha, como si pudiéramos tocarla desde el barco. Por ser ésta la ruta obligada a Oriente y Occidente, cruzamos de continuo con barcos mercantes y numerosos trasatlánticos.

Después de desayunar, vemos en el muelle a una religiosa que al vernos sube a bordo y nos invita a salir al convento de las Damas de St. Maur. Vamos todas en tres automóviles. El convento es precioso, con jardines llenos de altísimas palmeras. Encontramos en él a cinco religiosas españolas, naturales de Burgos, con las que nos despachamos a nuestro gusto. Nos enseñan toda la casa y vemos el comedor de las indígenas. Comemos solas; las Damas tienen el recreo en una galería o claustro abierto y vienen a despedirnos tres de ellas. La población es tan linda, sale tanto del marco de lo que hasta ahora hemos visto, que no nos cansamos de admirar sus bellezas. Hay calles estrechas y éstas son propiamente las que forman el barrio indígena;

tiendas bajitas; puestos de fruta con tejaditos inverosímiles... tipos de todas clases, vestidos con el *mundé* de variados y fuertes colores; mahometanos, sacerdotes; una multitud de lo más abigarrada que imaginarse puede. Los indígenas son altos, flexibles y de rostro inteligente y simpático. Las calles que forman el resto de la población son ideales. Anchas, como las mejores avenidas de las más importantes poblaciones de Europa; asfaltadas con una perfección asombrosa, deslízanse por ellas los *autos* y *pusputes* como sobre una alfombra tersísima, sin un tumbo ni un tropiezo. A ambos lados de todas las calles, jardines bellísimos con vegetación exuberante y artísticamente cuidados. Los edificios de arquitectura muy variada con *chalets* coquetones de marcado gusto inglés.

A la salida de este puerto hacemos conocimiento con un joven de Java (el Javito para nosotras) que desde el primer momento conocemos que era católico por el cariño y respeto con que nos saluda.

SAIGON

¡Que feo me pareció este puerto comparado con los de Colombo y Singapoore! Multitud de barcos de toda especie, y enormes barcazas chinas cercaban al "D'Artagnan", que semejaba un coloso rodeado de pigmeos. El espectáculo de las barcazas chinas es de lo más interesante: en ellas viven familias enteras. Metidos en grandes sacos que los cubren por completo, duermen tranquilamente los chinos sobre el suelo de su flotante casa. A la mañanita empieza el saco a moverse en diversas direcciones, sin que aparezca el ser vivo productor de tales movimientos; palpita luego fuerte, y... se deja ver un brazo, después otro... y para remate se escucha un bostezo formidable, antes de la total aparición del durmiente despertado. Son más para vistas que para descritas las escenas íntimas que se desarrollan en las tales barcazas, y que desde el puente de nuestro gigante "D'Artagnan" observábamos

mos sin perder de vista un detalle: la limpieza poco limpia de las habitaciones, la salida de las mujeres en busca de víveres, su regreso, las comidas a bordo, escenas todas curiosas por demás, e interesantes.

Tan a gusto nos hallábamos en el "D'Artagnan", que no teníamos ganas de salir de él; pero una Hermanita enviada por las religiosas de St. Paul de Chartres, para buscarnos, con la amenaza de que la Revda. Madre Superiora si no nos veía, y a todas, "elle ferait les yeux gross", nos fuerza a seguirle. Cerca nos esperaba un cochecito capaz para cuatro; las demás se instalaron en sendos *pus-puses*.

El Convento-Colegio de St. Paul de Chartres es grande, y de elegantes edificios. La iglesia bellísima, rodeada de galerías que la defienden de los ardores del verano, eterno en estas regiones. El recuerdo notable de Saigón es que no cesamos de sudar... Salíamos de la iglesia empapadas en agua, y así continuábamos el resto del día. También los hermanos mosquitos hicieron a maravilla su oficio, hartándose ricamente de sangre vasca.

Nos habían ponderado tanto el parque zoológico, que nos dispusimos a visitarle con nuestros compañeros de viaje, Revdo. Padre Olalquiaga y Hermanos Arrizabalaga y Dorronsoro. En mala hora lo discurrimos... De punta en blanco,

con los hábitos más blancos que teníamos, salimos en *pus-pus* hacia el famoso y para nosotras malhadado parque. Ya en él, saltamos de nuestros vehículos; como si ésta fuera la señal convenida, se abrieron al punto las cataratas del cielo y comenzó un verdadero diluvio de los que se acostumbra ver en los países tropicales. Llevábamos algunos paraguas, y poco a poco nos internamos en el parque esperando encontrar un abrigo a nuestros inmaculados hábitos, y a los zapatos perfectamente agujereados que alguna llevaba puestos... Entretanto los *puspuseros* nos seguían para cobrarse el viaje, y en ninguna forma podíamos entendernos con ellos. No admitían el pago en francos; las rupias que teníamos les parecían pocas, y no hallábamos solución al conflicto. En el ínterin, la lluvia nos iba poniendo hechas una verdadera lástima; mojadas, lacias, sucias con el barro rojizo que la lluvia formaba. De las varillas de los paraguas caía el agua, no en gotas, sino como otros tantos chorritos suaves y mansos que calaban los hábitos y hasta los huesos. Fué un rato de los pocos malos del viaje, en el que aguantamos un chubasco fenomenal, a pie firme, por espacio de casi diez minutos. Los *puspuseros* seguían en su dimes y diretes con el Revdo. Padre Olalquiaga; al fin decidimos que nos volvieran al convento, donde les pagaríamos. Dicho y hecho: montamos bien

mojaditas y... al avío. Pasado el mal humor, vino la broma y el reírnos de que habíamos ido al parque en busca de fieras y volvíamos, sin verlas, convertidas en anfibios.

El día siguiente de las pasadas aventuras, volvíamos al barco para reunirnos con las que en él pernoctaban. Salimos del convento de St. Paul de Chartres en los indispensables *pus-puses;* las Madres nos dijeron que no podían acompañarnos, pero que fuésemos tranquilas porque ya habían ellas explicado a los conductores dónde nos debían dejar: al pie mismo de la escala del buque.

Recorrimos las avenidas, parques, puentes y calles, formando una vistosa comitiva que llamaba la atención de blancos y negros; por fin, llegamos al muelle. Al salir del *pus-pus*, los indios nos miraban y nosotras a ellos, pues se nos olvidó preguntar a las Madres de St. Paul si habían pagado ya nuestro viaje. Era una situación de lo más cómica, porque los cuatro hombres eran anamitas y no entendían una palabra europea; no traíamos una rupia para muestra... Como el diálogo mudo se prolongaba, me dijo una: "Mire, Madre, subamos al barco, y si no están pagados, ya verá cómo nos siguen esos individuos". Nos pusimos en marcha no sin cierto temorcillo, volviendo, mientras subíamos la escala, disimuladamente la cabeza para mirarlos

con el rabillo del ojo. Los cuatro seguían inmóviles mirándonos como petrificados. Conteniendo la risa, llegamos al puente del barco, sin encontrar en él una sola cara conocida. Con toda tranquilidad me volví a las otras, y les dije: "Este puente, que nunca hemos pisado, debe ser de los de tercera, y yo no respondo de encontrar nuestras habitaciones si alguien no nos conduce". En esto se acerca un oficial al que suplicamos, en francés, que haga el favor de llevarnos a los camarotes de segunda, porque no sabemos el camino. Después de inclinarse reverente, me lleva a un despacho, diciéndome: "Voici le maitre d'hotel". Un *maitre d'hotel* que no se parecía nada a ninguno de los que yo había conocido hasta entonces. En medio de mi pasmo, le dije poco más o menos lo que al oficial; entonces le tocó a él el turno de pasmarse, porque sin contestarme una palabra me abrió unos ojos enormes. Por si no me había entendido, le dije lo más correctamente que pude que éramos pasajeras del barco desde Marsella, que íbamos en segunda, que habíamos bajado en Saigón, y que ahora, al volver al barco, no dábamos con los departamentos de segunda, por lo que le pedía que hiciera el favor de enseñárnoslos.

Por las caras que el buen señor iba poniendo, deduje que cada vez entendía menos; entonces, no sé cómo, se me ocurrió preguntar si no está-

bamos a bordo del "D'Artagnan". "¡Ah, no, señora—me contestó—, éste es el "Chantilly" de la misma Compañía, que sale mañana para el Tonkín!" Balbuceé tres o cuatro *pardon*, dije a media voz a las otras dónde habíamos metido la pata, y nos apresuramos a sacarla conteniendo a duras penas la risa que pugnaba por salir a carcajadas.

Los anamitas de los *pus-puses* seguían en sus puestos; por señas les di a entender dónde estaba el "D'Artagnan" y que nos llevasen a él. Lo entendieron en seguida; en cinco minutos nos plantaron delante de la valla de madera que ya conocíamos. Bajamos... estaba cerrada. El *maitre d'hotel* que nos vió desde lo alto de la escala bajó apresuradamente para decirnos que aquello no se abría, y nos indicó la otra puerta por donde debíamos ir... De nuevo en procesión, pero esta vez a pie, conducidas por un señor americano, pasajero de segunda, que aquel día nos habló por primera vez. A los indios dejamos contentos con diez francos que el *maitre d'hotel* dió por nosotras... y aquí terminaron nuestras famosas andanzas de Saigón, que en el puente del "D'Artagnan" comentamos entre alegres bromas.

UNAS HORAS EN HONG-KONG

Nos habían anunciado que llegaríamos a las siete de la mañana. Mucho antes del amanecer ya estábamos en pie la colonia religiosa con intención de oír la Misa a las cinco y media antes de que los comerciantes y cargadores, piratas pacíficos del puerto, se lanzasen al abordaje del buque.

Preparamos el altar en el sitio de costumbre: en el salón de música de segunda. Este día, la concurrencia de fieles aumenta con dos pasajeros más: un joven estudiante, natural de Java, que va a la Universidad de Hong-Kong, y un oficial de la Marina francesa, destinado por el Gobierno a hacer el recorrido del río Azul. El estudiante, fervoroso católico convertido un año atrás, nos suplica cantemos algún motete: es sábado y nuestros cánticos saludan a la Madre de Dios, Estrella de los mares. Comulgamos todos,

edificándonos el respetuoso continente de nuestros compañeros.

Aparece la gran ciudad esfumada en la niebla con sus originales edificios escalonados en la pendiente de la montaña cuya cumbre mete su cabeza entre un tupido cendal de nubes grises. A los lados del "D'Artagnan" se ven anclados trasatlánticos ingleses y franceses; toda la gran bahía salpicada de botecillos, balandros y gasolineras llenos de viajeros que cruzan incesantemente de Hong-Kong a Kowloon y viceversa. Poco a poco se precisa y como cobra relieve toda la perspectiva del panorama que es grandioso; los edificios europeos, casas de seguros y enormes hoteles, a la salida del puerto; más arriba, encajados en los huecos de las peñas o posándose en alturas casi inaccesibles, infinita variedad de elegantes hotelitos medio ocultos entre el frondoso ramaje de gigantes palmeras.

Ya está aquí el remolcador de la Compañía ondeando la bandera blanca y roja. Los pasajeros se aprestan a visitar la ciudad cosmopolita levantada en pocos años por el esfuerzo británico y que llegó a ser considerada en algún tiempo como el primer puerto del mundo. Salimos, barajados, ingleses, rusos, americanos, chinos, franceses y españoles. Apoyados en la ligera baranda de la gasolinera, escuchábamos aquella mezcla de idiomas que nos hacía recordar

la torre de Babel, cuando de pronto oímos una voz varonil y simpática que nos dice en castellano: "¡Buenos días, RR. Padres y Madres españoles!" No es fácil describir lo que siente el corazón alejado de la patria cuando oye hablar su idioma nativo.

Un grito de júbilo fué la respuesta al cariñoso saludo. Descendía por la escalera del barco un religioso de rostro alegre y franco, barba blanca y mirar vivísimo. Era el Revdo. Padre Noval, Procurador de las Misiones Dominicanas españolas en el Extremo Oriente, quien venía en busca de los misioneros jesuítas y traía una carta de Wuhú para nosotras. Lleva treinta y dos años en este puerto; fácil es comprender por lo tanto que conoce palmo a palmo el terreno que hoy pisamos nosotras por vez primera.

Apenas desembarcamos, cuando una monjita francesa, una de las buenas y amables religiosas de St. Paul de Chartres, estrecha nuestras manos con fraternal afecto y pretende llevarnos a su casa que parece estar lejos del puerto. Entáblase una lucha de cortesía entre ella y el Padre español que también quiere obsequiarnos: en esta caritativa lucha vence el simpático dominico que alquila un *auto* y nos lleva en lenta marcha hasta el convento de las religiosas canosianas. La ciudad parece un inmenso parque atrave-

sado por magníficos jardines, solamente comparables a los que vimos en Singapoore. Son sus calles espaciosas, asfaltadas con tal perfección que más bien se asemejan a una alfombra gris tendida sobre el pavimento para ahogar los ruidos de los carruajes y respetar el sueño de los opulentos habitadores de aquellos fantásticos palacios.

Las calles más estrechas son de típico sabor chinesco, con sus tiendas colgadas de rótulos chillones: indescifrables caracteres de Confucio que nos hacen la ilusión de un continuado jeroglífico; sus variadísimos tipos de indumentaria a cuál más original, desde el chino semi-desnudo que lleva a los hombros la enorme *pinga* de la que penden dos grandes cestas, hasta el elegante mandarín de túnica ligera, blanca como el ampo de la nieve, a través de cuyas largas aberturas laterales se ve el pantalón blanco también y muy amplio, de un corte nada europeo, que hace inconfundibles a los chinos aunque prescindan de la túnica.

Hemos subido una calle empinadísima y estamos a las puertas del convento de las Madres italianas; un conjunto de edificios elegantes y severos de enormes proporciones, construídos a gran altura en la misma montaña. Parecen, vistos desde abajo, nidos de águilas colocados en alto para ocultarlos a la vista del hombre...

La amabilidad de las Madres se dispone a enseñarnos el vasto Colegio con sus clases perfectamente graduadas en las que reciben instrucción más de seiscientas alumnas de la colonia europea y otras tantas jóvenes chinas: unas y otras, además de las clases particulares y de adorno, se preparan para ingresar en la Universidad oficial, para lo cual sufren examen ante el tribunal del Estado. Las que estudian la carrera de piano van a ser examinadas este año por un tribunal venido de Londres para ello. Parece que en Hong-Kong no existe conservatorio.

Vimos también parte del orfanotrofio y no pudimos llegar a la Santa Infancia porque el tiempo pasa veloz y para las tres de la tarde está anunciada la salida del barco. Lo que vemos basta para que quedemos admiradas de la organización con que cuenta este centro de cultura, digno de las mejores capitales de Europa. Las Madres canosianas llevan aquí sesenta años. Los edificios actuales son del año 1910. Cuenta este colegio con buen número de profesoras seglares, que ayudan a las religiosas en la enseñanza; muchas de ellas son antiguas alumnas del todo adictas a la Casa y que voluntariamente prestan a las Madres este servicio.

Comemos en un elegante comedor del pensionado haciendo honor a la cocina italiana y

a la amable cortesía de aquellas excelentes religiosas que en su afán de obsequiarnos nos han preparado un verdadero banquete.

El tiempo apremia y no queremos marchar de Hong-Kong sin visitar la Procura de los Padres dominicos españoles que dista como un cuarto de hora. Allí están, para salvar la distancia, los típicos palanquines, único vehículo indígena que nos queda por probar. El trote harto marcado de los conductores obliga al viajero a dar saltitos en el asiento al compás de aquella marcha originalísima. Prefiero mil veves el suave rodar del *pus-pus;* pero dicen que éste no da resultado en las empinadas calles de esta población. Dejémonos, pues, conducir por dos fornidos chinos: carga el uno en sus hombros con los brazos delanteros del palanquín, y sin darme tiempo para encogerme y acomodarme, siéntome levantada en vilo con un movimiento simultáneo de ambos conductores. Atravesamos calles concurridísimas en las que se ven mezclados los elementos chino-europeos en edificios e indumentaria.

No hay persona que no se vuelva a mirar al palanquín donde voy como *incrustada* sin espacio para moverme, y menos para cambiar de postura.

Ya estamos a las puertas del magnífico edificio donde residen los Padres dominicos espa-

ñoles. La entrada es un soberbio jardín de vistosísimas flores y bien arregladas veredas; altos pretiles sostienen innumerables macetas de flores; calculo que en uno solo de estos arriates había como ochenta macetas, todas variadas y artísticamente repartidas. Recorremos parte del jardín, acompañadas por los amables dominicos Revdos. PP. Noval y Suárez, quienes nos relatan los horrores de la revolución china y los padecimientos sobrellevados por Mons. Aguirre y los Padres y Madres españoles de su Vicariato.

Llega el correo y... ¡con qué gozo vemos sobre la mesita del recibidor revistas españolas que parecen saludarnos en nombre de los compatriotas que hemos dejado tan lejos!

El despiadado reloj grita reposada pero cruelmente que es hora de volver al barco. Allí está el "D'Artagnan"; lo vemos desde la terraza de los Padres descansando en la bahía y como recobrando alientos para las últimas etapas de su carrera. El no se muestra impaciente por llegar al fin: nosotros, los misioneros, no vemos el momento del desembarque definitivo en Shanghai, para abrazar a nuestras hermanas, que allí nos esperan. Quiera Dios que nuestra llegada sea augurio de paz, de atracción de este mundo inmenso hacia el Corazón de Jesús, Vida nuestra y Vida de todos los hombres.

INVESTIGACIONES ESTUDIOS

DE HONG-KONG A SHANGHAI

El "D'Artagnan" sale del puerto poco antes del anochecer. Momentos después, la población iluminada fantásticamente, contempla nuestra marcha con el parpadeo de sus centenares de focos encendidos como para decirnos, "adiós".

Sin que nadie dé importancia al aviso, corre un rumor de que la T. S. H. de Shanghai anuncia un tifón por los mares de la China... Poco nos preocupa la nueva, ya que nunca hemos visto el mar más sosegado y tranquilo; parece un lago apacible, o más bien, un espejo de mercurio tersísimo, encargado de desmentir toda alarmante noticia.

El 12 continúa la misma calma bajo un cielo sereno y con temperatura envidiable. A media tarde disminuye el barco su marcha para detenerla por completo al cabo de una hora. Los pasajeros cuchichean; nadie cree en la posibili-

dad del tifón cuyos efectos conoceríamos en la agitación de las aguas y el bramido del viento; más bien temen un desperfecto en las máquinas, avería que los marineros y la oficialidad tratan de ocultar. Durante la noche hemos andado algunas millas, pocas, para la gran marcha de nuestro infatigable "D'Artagnan". Ya el 13, cambia por completo la decoración, y el mar, hasta entonces tranquilo, brama sordamente cual si quisiera cerciorarnos de que la anunciada perturbación tropical se avecina.

Las noticias del tifón son del todo concretas. Con un gran mapa en la mano, un señor ruso se encarga de señalar el punto de partida del furioso elemento que salió de Manila, y marcha delante de nosotros a una velocidad de 16 millas por hora. La Estación de Radio está en continua comunicación con Shanghai, y el barco sigue escrupulosamente las órdenes de la telegrafía. Por eso pasamos dos días enteros capeando el temporal: unas veces enfilando lentamente hacia la zona furiosa; retrocediendo otras hacia Hong-Kong en prudente retirada. Toda la tripulación está sobre cubierta después de haber observado, con su poquito de espanto, que quitan las lonas y bancos de los puentes y los amarran fuertemente unos a otros. ¡Qué desmantelado y triste queda el simpático puente

testigo de nuestras charlas y rezos en toda la travesía!

¡Cuán grandioso es el mar cuando se muestra encolerizado! El ceniciento crepúsculo le presta un tinte del todo melancólico y sombrío que se extiende al ánimo de los pocos pasajeros que viajan con nosotros. Una docena de chinos embarcados en el mismo Hong-Kong, se comunican a cada paso sus siniestras impresiones moviendo las cabezas en señal de recelo; andan de babor a estribor examinándolo todo, sin atreverse a preguntar a nadie acerca de sus dudas y temores. También una joven bellísima que embarcó en Marsella, y viaja sola con excesiva desenvoltura (a la que por lo mismo nunca nos hemos dirigido), muestra un terror fácil de comprender ante la perspectiva del naufragio. Nosotras estamos del todo tranquilas; pregunto a unas y a otras qué sentimientos les inspira el peligro de la muerte, y las jóvenes me dicen, con infantil alegría, que si el Señor quiere arrebatar sus vidas antes de la lucha misionera que por su amor iban a emprender, lo tomarán como una delicadeza paternal de Jesús que quiere abreviarles su separación y el destierro. Las otras me dicen que acaso nunca se encuentren mejor dispuestas para entregar sus almas a Dios que en aquellos instantes... Todo es paz y dulce abandono en las manos del Padre Celestial.

¡Qué hermoso es vivir bajo su protección despreciando la vida temporal y anhelando siempre la eterna!

Yo no temo naufragar: siento seguridad de que son otros los planes de Dios, que quiere establecer su reinado en muchas almas por medio de instrumentos los más pobres e inservibles. ¡Por medio de nosotras!

Cerca del anochecer cruzamos, en medio de la imponente tempestad, con un "Empress" que salió de Hong-Kong un día más tarde que nosotros, y debía llegar a Shanghai al mismo tiempo que el "D'Artagnan". Es un magnífico barco americano de tres chimeneas, que pasa a corta distancia en dirección a Shanghai en el preciso momento en que nuestro barco cambia de rumbo en dirección opuesta. Las estaciones de radio de ambos buques dialogan tntre sí; el "D'Artagnan" invita al "Empress" a cambiar de rumbo; mas el valiente americano contesta que prefiere desafiar el tifón y seguir adelante... Horas más tarde, metido entre la maraña de huracanes y olas gigantescas, pierde uno de sus mástiles; aleccionado por la triste experiencia, sale con trabajo de la zona bélica, y camina junto a nosotros de espaldas al temporal.

La noche sigue furiosa: han atornillado las ventanas de los camarotes, y el mar, en sus iras, azota los cristales de una y otra banda... A pe-

sar de todas las furias marinas, dormimos bien. Por la mañana tenemos la Misa en el comedor de los niños, porque dicen que no puede atravesarse el puente para ir al salón de señoras donde de ordinario la oímos. En el momento en que terminada la Misa salimos del comedor, un brusco vaivén del barco, una especie de convulsión volcánica arrastra largo trecho las pesadas sillas del comedor, que caen luego a tierra. Una de nuestras hermanas mide también el suelo con su cuerpo sin más consecuencias que el aturdimiento consiguiente. Hay que agarrarse a las puertas, a las columnas, a todas partes para mantener el equilibrio.

Se deja oír la sirena del barco que parece un lamento humano en medio de la naturaleza encolerizada. Logramos subir al puente, y desde el salón de señoras contemplamos en silencio las convulsiones del mar. Hierven las aguas y óyese la ebullición de la espuma que corona las imponentes montañas de agua que se alzan gigantes y desaparecen en un momento. En este chocar de las olas, se abren simas profundas que amenazan tragarse al "D'Artagnan", pero él sigue impávido su curso balanceándose marcadamente como un monstruo jadeante en la refriega...

Vemos el casco de un buque, víctima, sin duda, del temido tifón: remos de pescadores,

restos de barcos que no han logrado salir victoriosos de las iras del mar soberbio... Entretanto, sus aguas se tornan de azules y verdes en lodosas y amarillentas, como si aquel hervir de sus odios hubiese removido un cenagoso pantano de hediondas pasiones.

Al anochecer del 14 se calma la fiebre del temido mar de la China; dibújanse las orillas del Yang-tse perdidas en una nube de cellisca y de niebla; nuestro corazón palpita de gozo soñando abrazar a las queridas hermanas de Wuhú, que allá, en el puerto de Shanghai, nos esperan y temen quizá por nosotras.

SETIEMBRE 15.—¡Shanghai! Henos ya en el puerto deseado. El Revdo. P. Iruarrízaga, en carta escrita por él a Hong-Kong, nos advertía que paráramos la atención en unos grandes tejados con enormes iniciales. En cuanto los viéramos, habíamos de prepararnos todas en el puente porque esas letras indicaban que estaba próximo el puerto y que muy pronto veríamos en él los blancos hábitos mercedarios y la sotana del mismo Padre Iruarrízaga. Los ojos de todas íbanse clavando en cuantos tejados veíamos con letras y había tantos que aquel reclamo creímos ser una broma.

Llovía torrencialmente cuando el "D'Artagnan" se detuvo en lo que parecía el muelle: un muelle casi desierto y del todo triste en el que

sólo veíamos gente desconocida que apenas paraba su atención en el buque...

En esto, echa a andar de nuevo el barco, pero hacia atrás y a bastante buena marcha: entrábamos en otro gran brazo del Yang-tse y fondeábamos en distinto muelle. Allí sí; allí se movía mucha gente, y entre ella distinguíamos perfectamente unos puntitos blancos agitando pañuelos, y que a la legua se conocía eran *las nuestras*. Cogimos los gemelos y... una... dos... tres Madres y tres Padres, más la levita del R. P. Fáber, inconfundible para mí. Creo poder asegurar que el júbilo y la impaciencia de las que estaban en tierra eran iguales a las nuestras.

¡Qué eterna nos pareció la hora que empleó el "D'Artagnan" en acercarse y atar las amarras! Comentábamos la presencia de la M. María Loreto que era la tercera de las Madres, y no era difícil adivinar por su tamaño a la M. Auxilio. Los inequívocos y graves saludos de la M. M.ª Begoña la dieron a conocer en seguida; en cambio, nadie adivinaba quiénes eran los dos Padres jesuítas de poblada barba que las acompañaban.

Al P. Iruarrízaga le dieron a conocer las piruetas que hacía, y el caballeroso R. P. Fáber saludaba continuamente con esos saludos cumplidísimos que él prodiga siempre.

Por fin, se echaron las escalas abalanzándose al barco una multitud de gente, y entre ella, nuestras Madres y los RR. PP. citados, más los PP. del Olmo y Huarte (José M.ª). Dímonos las religiosas uno de esos abrazos en los que parece se funden las almas, y entre la algarabía consiguiente llegamos al salón de señoras donde nos reunimos Padres y Madres. ¡Delicioso rato el de aquellas miradas más elocuentes que todos los grandes discursos! A lo mejor de la conversación, un nuevo abrazo de unas con otras, un apretón de manos... El corazón que no cabía dentro del pecho y se salía al exterior con manifestaciones de lo más espontáneas.

En medio de esta primera reunión se presentaron los señores españoles D. Carmelo Martín y D. Javier Naneti que salían ya del barco. No nos despedimos sino *hasta luego* porque, atentos, como siempre, prometieron volver al "D'Artagnan" antes de nuestra salida para Yokohama.

Llegó la hora de salir. Seguía lloviendo a cántaros; Shanghai nos recibía llorando a lágrima viva sin que le hiciera cambiar de humor el nuestro, que no podía ser más alegre. En cuatro *autos* fuimos a la Procura de los jesuítas que llaman iglesia de San José, y en el recibidor tuvimos el inesperado gusto de saludar a Monse-

ñor Huarte que a la sazón estaba en Shanghai. ¡Qué alegría recibir su bendición casi en el momento de pisar tierra china! Se mostró tan amable y tan bueno como de antes le conocíamos; diónos la bienvenida y algunos consejos muy prácticos; y deplorando no poder vernos de nuevo a las que continuábamos hacia el Japón, nos despidió afablemente y llenas de las mejores impresiones.

Fuimos luego a la casa de las MM. Auxiliatrices del Purgatorio que nos recibieron con la proverbial caridad que las caracteriza; nos obsequiaron con un refresco, y montamos de nuevo en los *autos* camino de Zi-ka-wei. El mismo caritativo y cortés recibimiento que en Shanghai. ¡Qué buenas y amables Madres! Despedimos a los Padres acompañantes y quedamos allí instaladas para unos días. El siguiente, domingo 16, fuimos a Misa quedando admiradas de la grande y magnífica capilla que no merece el nombre de capilla sino de iglesia muy buena. Es de tres naves, capaz para más de mil personas. A la altura del coro, una galería muy bien tallada rodea toda la iglesia y sobre ella hay quince grandes frescos, admirablemente pintados, con los misterios del Santo Rosario. El cuerpo de la iglesia lleno de bancos para las educandas de las Madres, paganas unas y otras católicas, todas ellas numerosísimas y que

se distinguen entre sí por la medalla o la estrella, símbolos ambos de la Sma. Virgen.

Aquella primera Misa allí oída, viendo entrar interminables filas de alumnas, desde diminutas huerfanitas que apenas saben andar, hasta las jóvenes de veinte y más años, entrando a la vez y sin cesar por tres grandes puertas, fué de lo más conmovedora que puede decirse.

Yo pensaba en China entera representada allí por todas las clases de la sociedad, gracias al celo heroico de aquellas abnegadas misioneras. En estos pensamientos me hallaba yo cuando empezó la Misa y con ella una especie de rezo cantado por las niñas, que aumentó mi conmoción. ¡Oh Jesús! ¡Por lo que te gozas en estas inocentes alabanzas, convierte a toda la China! ¡Manda muchos operarios a esta viña inmensa y que todos, Señor, te conozcan y te amen pronto!

Imposible despertar otros afectos; éstos brotan con lágrimas abundantes queriendo llegar hasta el Corazón mismo de Jesús, nuestro divino Redentor. La comunión, interminable: las chinitas comulgan sin velo en la cabeza, pero con una compostura y respeto que parecen ángeles de Dios...

A las ocho de la mañana hay otra Misa para los marinos franceses. Asistimos a ella: después del Evangelio, vuélvese el celebrante y dirige

a los marinos una plática sobre los respetos humanos. Su voz insinuante y dulce toma a veces inflexiones terribles. Les dice que ellos, valientes hasta el heroísmo cuando se trata de cumplir un deber, despreciadores de la muerte si hay que defender la patria, muéstranse a menudo cobardes en el cumplimiento de sus deberes religiosos, ante una mirada desdeñosa o una palabra de burla. Y termina recordándoles las palabras de Jesús: "Si alguno se avergonzare de Mí delante de los hombres, Yo también me avergonzaré de él delante de mi Padre Celestial". Continúa la Misa y los jóvenes marinos cantan primero el Credo y luego varios motetes a Jesús y a María a quien llaman "su dulce esperanza". Salimos tiernamente impresionadas de ver este acto religioso, tan concurrido, en el corazón mismo de la China pagana.

Este día, las RR. Madres nos enseñaron toda la Casa. Como la M. M.ª Begoña nos ha dado varias veces noticia detallada del edificio y de la grande obra que estas beneméritas religiosas llevan a cabo, no diré sino que la realidad supera con mucho a la idea que yo me había formado y que en los talleres de bordado pude apreciar verdaderas maravillas de habilidad.

El lunes, 17, recibimos visita de los Reverendos PP. Olalquiaga, Arrizabalaga y Dorronso-

ro, Huarte y del Olmo, y de los caballeros españoles, compañeros de viaje, Sres. Martín y Naneti. Sentimos hacia ellos verdadero cariño; es que aparte de su cortés y amable trato, hemos convivido con ellos en el "D'Artagnan", y nos parecen un pedacito de patria en país y entre gentes del todo extrañas. Sabemos con gozo que su amigo el Sr. Poch, enfermo en Hong-Kong, va mejorando notablemente.

Salimos todos a la casa de los PP. jesuítas que llaman el Tou-se-wé, a ver las maravillas de talla y otras artes que los Padres enseñan a sus alumnos. Lo que allí vimos. las obras de arte prodigiosísimas, los muebles preciosos, mamparas, gabinetes completos, biombos, lámparas... no es posible decirlo sin escribir un largo artículo para el que yo me siento del todo incapaz.

El museo de antigüedades requiere mucho tiempo para verlo despacio y hay que ser perito en la materia para hablar de él con alguna propiedad. Yo sé que quedé maravillada ante los objetos rarísimos, muchos de ellos de época tan lejana como 2.000 años antes de Jesucristo. Todos decíamos que merecía la pena de tomarse cualquier trabajo por ver tanta cosa de valor.

Antes de salir de Tou-se-wé tuvimos la suerte de saludar a dos seminaristas japoneses

que embarcaban aquellos días para Europa. Iban a Roma, a hacer sus estudios en el Seminario de Propaganda Fide.

El martes, 18, a las nueve de la mañana, salíamos de casa para embarcarnos en el "D'Artagnan". Ibamos todas las de Carolinas con las tres Madres que salieron a recibirnos en Shanghai, Lola y el R. P. Fáber. En el barco, que ya miramos como cosa nuestra, nos recibieron con cariño. Comimos todos juntos, y a la mitad de la comida vemos que baja la escalera la arrogante figura de nuestro buen Sr. Martín que viene a despedirnos con el Sr. Naneti. Más tarde el buenísimo P. Olalquiaga, los dos Hermanos y los PP. Del Olmo, Iruarrízaga y Huarte. ¡Vaya colonia española tan lucida! Un ratito de charla y... hay que despedirse.

Las lágrimas salen a la vista: tenemos que dejar en Shanghai a la M. Auxilio con las dos jovencitas Sor M.ª Itziar y Sor Teresita... Sor M.ª Begoña viene hasta Tokio con Sor María Angela, para volver a los ocho días en el mismo "D'Artagnan" y reunirse con ellas en Wuhú...

Un abrazo, dos, cuatro y suena la campana que anuncia a los visitantes el momento de abandonar el barco. Bajan todos nuestros amigos a cuál más emocionados, y empiezan los saludos de despedida desde el muelle. Tarda

un buen rato el "D'Artagnan" en despegarse, mientras dos chinos empiezan a hacer juegos de manos esperando de los pasajeros algunas monedas.

Poco a poco nos alejamos: las personas amigas cada vez más pequeñas agitan los pañuelos y los sombreros: la alta figura de D. Carmelo asoma por encima de todas, y la vemos desde muy lejos. ¡Adiós, Shanghai, pronto espero verte de nuevo!

El camino entre Shanghai y Yokohama, sobre todo desde la entrada del estrecho de Shimonoseki, es algo fantástico, mucho más que la preciosa entrada de Singapoore que algo se le parece. ¡Qué islas tan bonitas y tan microscópicas! Verdaderas macetas en medio del mar, de formas rarísimas con arbolado muy bello, y pequeñas casitas, bañándose en la misma costa. El barco va sorteando probables choques entre peñascos e islas, y tiene que evolucionar constantemente a derecha e izquierda. Un aeroplano rapidísimo pasa rozando al "D'Artagnan": va un aviador con el brazo extendido saludándonos; a poco parece el volador aparato un pájaro cualquiera...; tan rápido se aleja de nosotros.

Llegamos a Kobe, el primer puerto japonés. ¡Qué contraste entre este muelle y los muelles chinos e indios! Aquí, los cargadores, de-

centemente vestidos, aguardan con calma a que el barco fondee. Nadie grita, nadie gesticula, ni siquiera parece que hablan. Me hacen el efecto de una familia que acaba de recibir una lección de urbanidad, y andan todos cuidadosos para cumplir sus reglas. Los empleados en atar las cuerdas del barco que en otros sitios son la gente más desharrapada y gritona, aquí los vemos llegar montados en bicicleta con vestidos uniformados; moderados, silenciosos, entendiéndose por gestos sin el menor alboroto y confusión.

La gente del muelle, bien vestida, parece muda: no se oye una voz. Despacito, van descargando unas gabarras repletas de cajas negras; y poco a poco, como si el muelle fuese un escaparate, las van colocando abiertas junto a las paredes de los almacenes, de modo que los del buque pueden cómodamente ver toda la magnífica exposición. Hay collares, ropas, esterillas, cortinas, petacas, jarrones, mesitas, rinconeras y preciosos juegos de té con sus estuches, a precios baratísimos. Los marineros del "D'Artagnan" dejan en aquel muelle la mitad de lo que ganan. Gusto da mirar sus compras, imaginándose el cariño con que en aquellos momentos recuerdan a su mujer, a sus hijos, para los que llevan recuerdos del más Extremo Oriente.

El R. P. Fáber sale a enseñar la población a las MM. M.ª Redentora, Concepción, Dolores y H. Serapia; las demás nos quedamos en *casa*, rodeadas de obreros japoneses que han subido al barco para prestar sus servicios, y se acercan a nosotras con una curiosidad infantil.

Sobre la mesita plegable que compré en Marsella tengo la vida de N. S. Jesucristo del P. Vilariño y las meditaciones de Meschler. Los obreros se ponen en cuclillas para examinar a su gusto las patas de la mesa; luego abren despacito los libros con aire de asombro, y acaban por sentarse en la misma borda, sin agarrarse a nada y de cara a nosotras para contemplarnos a su sabor.

Dejamos a Kobe el 21 a las once de la mañana cuando la campana del comedor nos llamaba al almuerzo. ¡Lástima no poder ver la salida del puerto!... A pocos pasos de nuestro "D'Artagnan" están ocho barcos de guerra americanos que me hubiera gustado verlos de cerca. También hay tres grandes trasatlánticos que salen tras de nosotros; toda su tripulación sube a cubierta para vernos marchar.

De Kobe a Yokohama trabamos conversación con un señor de Macao, agente de la Compañía Messageries, buen católico y alumno de los HH. de la Doctrina Cristiana. Vie-

ne a Misa, y esto, en un viaje, significa mucho. El día que llegamos a Yokohama nos obsequia con un refresco al P. Fáber y a nosotras.

El domingo 23, llegamos a Yokohama. Desde la víspera venían a despedirnos algunos camareros pidiéndonos medallas para sus familias. Cuando se las distribuía me daban razón de los hijos que tenían; que su mujer era muy buena, que el niño pequeño pesaba ya 12 kilos, que los veríamos en Marsella... Casi todos tienen su familia allí. ¡Pobre gente! Unos me enseñaban el retrato de la mujer y de los niños; otros me traían la última carta que de ellos habían recibido, y ninguno dejaba de decirme cuándo había hecho o iba a hacer su niño la primera Comunión. Para mí fué un rato bueno; me enternecían aquellos hombres de mar, rudos por una parte y sensibles por otra como verdaderos niños, con un corazón honrado y bueno, pero olvidados quizás de Dios Nuestro Señor... Prometí encomendarles en mis oraciones y me despedí de ellos con pena...

El hermoso puerto de Yokohama está a la vista; antes de llegar a él percibimos en medio del mar una especie de fortaleza destruída por las sacudidas del terremoto de 1922. Ya llegamos al muelle que es de los más limpios que hemos visto. No hay en él mucha gente y es-

peran al barco con la misma calma e igual silencio que en Kobe. Entre el grupo principal están el Hermano Cerdá y Naito, el criado japonés de los Padres. Suben; se encargan de todos los equipajes mientras nosotras decimos los últimos adioses y dejamos el querido "D'Artagnan" después de haber vivido en él 45 días. Vamos en *auto* a la estación, pero antes hay una larga parada en Aduanas donde deben registrar los equipajes.

Yo quedo a la puerta sin salir del coche, contemplando con no pequeña admiración una turba de gente que va y viene por la concurridísima calle, sin que se oiga más ruido que el que produce el calzado de madera que ellos usan: *la gueta*. Es un martilleo incesante de pasitos menudos. Esto y el ruido de los *autos* y camiones que pasan sin interrupción, es lo único que indicaría a un ciego, que se encuentra en un país habitado...

Oyese contar cosas extrañas del Japón, pero nunca recuerdo haber oído esta notable particularidad del silencio de sus habitantes; quizá por eso me ha llamado más la atención. Los vendedores de periódicos y otros artículos, jamás vocean por las calles; tocan un silbo especial que caracteriza a cada uno y... nada más. Dicen que las funciones de teatro, siempre muy morales, duran de siete a nueve ho-

ras y a veces más; los espectadores comen durante los entreactos, pero sin que se oiga el menor estrépito. Lo mismo durante la función; la miran, la oyen, pero nada de aplausos ni de reproches; apenas se oyen unas pocas palmadas y ellas no dadas por los japoneses sino por algunos europeos que no han perdido aún las costumbres de Occidente.

Las que vuelven de la Aduana me cuentan que los empleados se han fijado mucho en los libros que traemos, porque inspeccionan rigurosamente cualquier escrito a fin de que no entre en el Japón doctrina alguna bolchevista.

Ya estamos en la estación del ferrocarril eléctrico que ha de dejarnos en Tokio. Es un tren de cuatro wagones, muy parecidos en su interior al ferrocarril Urola; va siempre atestado de viajeros.

A cada tres minutos hay tren de Yokohama a Tokio; emplea cuarenta y cinco minutos en el trayecto, y se detiene en cada una de las doce estaciones, poco más de sesenta segundos. Por este motivo es de lo más interesante ver la parada en ellas, pues como hay tan poco tiempo, los viajeros que han de apearse, están en pie desde la estación inmediata, y los que montan, se hallan alineados junto a la vía para subir al wagón. En el nuestro viene, casi frente a nosotras, una japonesita joven como de

unos veinte años; muy compuestita y empolvada. Con una pierna cruzada sobre la otra modestamente, parece indicar que no le disgustan del todo las auras europeizantes. En la media hora escasa que viaja con nosotras, se empolva y se tiñe los labios más de cinco veces; al igual que las europeas, saca un espejito; luego el carmín... y el arte de Apeles da un retoque a su dudosa belleza.

Llegamos a Tokio a las cinco y media de la tarde del 23 de Setiembre, víspera de la gran fiesta de la Merced. Nos apeamos en la magnífica estación repleta de viajeros, y en tres *autos* venimos a la casa de las Damas de Saint Maur. Es la hora de la bendición del Santísimo y nos recibe la portera, una japonesita ya entrada en años, delgaducha y seca, muy diestra en el ritual japonés de inclinaciones y reverencias profundas. Sentadas en el elegante recibidor, esperamos la llegada del Vicario Apostólico de las Islas, ilustrísimo señor Rego, que providencialmente se encuentra en el Japón. Es un señor venerable, de larga barba muy nevada, que habla siempre de Dios con mucha unción y se le conoce que tiene una confianza sin límites en su amorosa Providencia. Se muestra muy contento de la fundación de Ponapé; cree que las Madres recogerán allí frutos abundantes, y dice que debiéramos

establecer una casa en Tokio... Precisamente puso el dedo en la llaga, porque yo no pienso en otra cosa. Paréceme que el Señor quiere que fundemos aquí, que trabajemos mucho por las almas de los japoneses y que si lo hacemos, el tiempo se encargará de demostrar que éstos eran los planes de Dios. Además, una Casa en Tokio sería la salvación de las misioneras de las Islas, porque vendrían a descansar aquí los meses de más calor, y el contacto con las Madres que aquí hubiere, que quizá sean bastante numerosas, el llevar con ellas vida de Comunidad y hacer todas reunidas los santos ejercicios, sería de un efecto moral y material incalculable. Lo veo necesario: Jesús, cuya es esta obra, la llevará adelante.

Se despide el Sr. Obispo pensando en celebrar solemnemente la fiesta de Nuestra Madre... También nosotras nos disponemos a ensayar cánticos, pues las Damas nos ofrecen el coro para que toda la fiesta de mañana esté a nuestro cargo. Se ensaya la Misa de "Angelis", el himno de la Orden y algunos motetes; yo, desde la iglesia, asisto a los ensayos para dar mi parecer. Todo ha estado muy bien. A dormir.

SETIEMBRE 24 (lunes).—El gran día. Mi emoción durante la Santa Misa cantada por mis hijas y hermanas, es inexplicable. Miro reunidas

a los pies de la Virgen, por una providencia especialísima, a miembros de Wuhú, Saipán, Ponapé y Bérriz; Ella es Madre de todas estas misiones... ¿Nos habrá reunido nuestra Madre para, de cada Casa, coger algún miembro y con ellos fundar otra en el Japón?... ¡Con qué ansia se lo pido!... Algo quiere Ella de este día, de esta reunión verdaderamente inesperada. Así parece decírmelo muy al alma mientras en el coro cantan aquella estrofa:

Con sangre de sus venas
a los mortales redimió Jesús;
con sangre de tus hijos
a los cautivos redimías Tú.
¡Ay!, cuántos hijos tuyos
por redimir llegaron a morir:
muerte feliz, trasunto de la muerte
del que muriendo quiso redimir.

Yo pido a Jesús y a María que se acuerden de aquellos primeros Padres nuestros, redentores heroicos que tenían en nada sus vidas por salvar las almas de sus hermanos, y que, por los méritos de ellos, nos hagan a nosotras la merced de extender nuestro celo por todo el mundo.

Terminada la Misa, nos felicitan Mons. Rego y el R. P. Fáber; luego las Madres de Saint Maur. Para corresponder a sus finezas,

preparamos cuatro grandes bandejas con dulces para las Madres, y dos para la Universidad.

El R. P. Fáber trae doce botellas de Jerez Domecq para que obsequiemos a las Madres y disfrutemos nosotras; además no sé cuántos regalos del Ilmo. Sr. Obispo y unas pinturas japonesas de mucho mérito para la Casa de Bérriz. No puede pedirse persona más atenta que este R. Padre.

Por la tarde, en honor a nosotras, piden las Damas al Sr. Arzobispo permiso para tener bendición, y viene a dárnosla Mons. Rego. El "Tantum Ergo" lo cantan nuestras Madres, y de nuevo se repite el himno Mercedario.

La comida, espléndida, y terminada, nos llevan las Madres a un gran salón para presenciar el ensayo de un festival que sus alumnas preparan para las fiestas de la coronación del Emperador.

Es una especie de gimnasia con canto; la hacen con mucha gracia, y como es un grupo de doscientas alumnas y tienen, para sus variados pasos, banderas de distintos colores, hace un efecto lindísimo. Este número va a ser obligatorio para escuelas y colegios, y uno de estos días en no sé qué Parque, va a hacer un gran ensayo general al que acudirán unas 28.000 niñas.

El 26 fuimos a ver lo que aquí llaman "La

Maravilla de Oriente" y son unos grandes almacenes encerrados en un magnífico edificio de seis enormes pisos. Realmente es una verdadera maravilla: la entrada grandiosa con vitrinas de más de tres y cuatro metros de alto en las que exponen valiosísimos kimonos con sus *obis* de incalculable valor. La entrada es un atrio de proporciones gigantescas y desde ella se ve, en forma de galerías, la construcción de todos los pisos. En el momento en que visitamos nosotras la casa, calculo que habría más de dos mil personas entrando, saliendo y recorriéndolo todo sin comprar nada, por supuesto. Allí se pasa días enteros mucha gente ociosa que prefiere pisar alfombras en vez del asfalto de las calles; lo grande es que toda esa multitud va en silencio curioseándolo todo pero sin hablar con nadie. Imposible decir algo de las mil preciosidades que vimos en aquellas secciones donde no faltaba nada y sobraba tanto... Acordábame yo de lo que dice Santa Teresa en su vida relatando la visita que hizo a no sé qué duquesa donde la enseñaron tantas curiosidades a la vez, que de ninguna podía hacer memoria. Al pie de la letra me sucedió a mí: sólo sé que allí puede una persona proveerse de todo, desde lo más sencillo hasta lo más superfluo; puede hasta comer porque hay grandes restaurants, y puede coger los objetos, ma-

nosearlos, volverlos a dejar sin que nadie le diga una palabra. El orden, el lujo y la limpieza son extremados: en cada escalera hay dos criados, escoba en mano, recogiendo el papel más pequeño que se deje caer y limpiando de polvos barandillas y muebles. Varios ascensores están a disposición del público.

El 28 empezamos a pensar en que nos conviene ver algunas casitas para empezar la fundación, si el Sr. Arzobispo nos da su licencia.

El R. P. Fáber me dice que aquí los alquileres son carísimos aun tratándose de casas japonesas sumamente pequeñas, y que casi nos tendría más cuenta edificar una casita, para lo que ellos (la Procura) nos ofrecían un terreno pequeño que tiene junto a una iglesia.

Hoy salimos a visitar al R. P. Rector de la Universidad. Las calles están engalanadas con banderas nacionales, y es la causa, que hoy celebra sus bodas el presunto heredero del trono, Chichibú, hermano del actual Emperador. Como éste, hasta la fecha, no tiene descendencia masculina, corresponde el trono a su hermano. Bien es verdad que el Emperador es muy joven y aún puede esperarse que Dios le dé hijos varones. Nos recibe el R. P. Rector que habla lenta pero muy correctamente el francés. Se habla de cosas interesantes; de la próxima coronación del Emperador, de las fiestas que se

harán en su honor, etc. Los católicos se ven comprometidos en estos casos porque los asistentes a estas fiestas deben rendir al Emperador culto como a un dios. Por eso no asisten a ellas, y ya se van dando cuenta en la corte de que no es un desacato al monarca sino una incompatibilidad entre la religión de los católicos y las ceremonias idolátricas que ellos acostumbran. Así lo dijo en pleno Congreso el decano del Cuerpo diplomático, protestante, que en esta ocasión salió a favor de los católicos.

Tratamos también algo del idioma japonés que tanta analogía tiene con el euzkera, y dicen que no se trata de una simple semejanza, sino de una verdadera relación de origen, y añadió el R. P. que los vascos son los que con más facilidad y mejor acento aprenden el lenguaje nipón.

Cuando se despidió el R. P. Rector, entró el amable Ilmo. Sr. Rego y, como siempre, nos habló un rato de Dios N. S., de su Providencia y de las admirables trazas con que gobierna el mundo y a cada individuo en particular. Dejónos prendadas de su fervor y sencillez. De allí fuimos al jardín que es un verdadero bosque lleno de frondosos árboles; en medio de un paseo hay un pozo de agua fresquísima que todas probamos. Vimos también en uno de los extremos del jardín un pequeño *chalet* que

sirvió hace años de centro donde el Sr. Yamamoto reunía a los jóvenes estudiantes, amigos suyos, que querían instruirse en la religión verdadera. Sentí grande emoción al verlo: con gusto hubiera visitado su interior y besado sus paredes, testigos del celo del apóstol católico, que aún vive, y del fervor de sus convertidos.

SETIEMBRE 29 (sábado).—Salimos a ver dos casas que están deshabitadas por si nos conviene alquilar alguna de ellas. Vamos el Reverendo Padre Fáber, Madre M.ª Loreto, Lola y yo; nos acompaña el intérprete del Padre que es un joven japonés (no tan joven) que habla bastante español. El pobre no es católico: empezó a estudiar nuestra Santa Religión, y aficionóse mucho a ella; pero al llegar a la institución del Santísimo Sacramento, devolvió los libros al Padre diciéndole que no podía creer en aquel misterio. Lo mismo murmuraban los judíos cuando Jesús les habló del misterio de su Amor: "Dura es esta doctrina".

Entramos en un barrio aristocrático en el que viven japoneses nobles y europeos acomodados. Todas las casas están rodeadas de pequeños jardines, y algunas tienen verdaderos bosques. La primera casita que vemos desalquilada es de construcción japonesa: tiene una verja de hierro tres o cuatro metros antes de

la puerta de entrada, y en ese espacio un diminuto jardín.

El aspecto de la casa es el de un *chaletito* con el tejado en forma japonesa. Entramos: dos o tres gradas de piedra nos dejan ya, no en el portal, que no le hay, sino en la sala de recibo. Allí, antes de pisar el pavimento que está adornado de las famosas esteras con las que está tapizada toda la casa, tenemos que quitar el calzado y ponernos unas chancletas especiales que hay siempre a la puerta. Son de una especie de franela, con suelo muy suave de badana o de gruesa franela. Este es el único calzado que se usa dentro de casa y el único también que conserva sin rayas ni abolladuras el bonito alfombrado. No consiste éste en una estera peor o mejor trabajada y echada en el suelo a guisa de alfombra, no; tejen los constructores de casa con una paja especial una pieza que tiene un *tsubo* de tamaño. El *tsubo* es aquí la medida corriente para superficies, y equivale a dos yardas de largo por una de ancho. Bien cosida, la cubren con la finísima estera color de paja con ancho borde azul oscuro, y fabrican tantas piezas cuantos *tsubos* tiene la casa. Es lo último que colocan para que no se estropee, y las ponen unas en sentido vertical y horizontalmente otras, bien ajustadas al suelo de modo que ellas sean

el verdadero pavimento. Como el grosor de esa alfombra es de ocho o diez centímetros, queda un suelo muelle que se hunde al ser pisado.

Los japoneses no usan camas ni mesas ni sillas; las habitaciones aparecen completamente desnudas. En el blando suelo duermen; en el suelo se sientan para comer, trabajar y leer; por eso se esmeran tanto en que estén limpios y bien cuidados. En los dormitorios y en el comedor hay unas baldas cubiertas con puertas corredizas ligerísimas, como que aparte del armazón, que es de muy delgada madera, están forradas de un papel apergaminado, pero al fin, papel.

A este tenor son todos los tabiques de la casa; es decir, no hay un solo tabique: se separa las habitaciones con esa especie de biombo o puerta corrediza de papel. A mí me hacía el efecto de que aquella casa podía yo cargarla sobre mis hombros sin gran esfuerzo... Los techos casi podían alcanzarse con la mano, y los balcones y ventanas parecían hechos para niños menores de cuatro años. Toda la casa tenía cinco habitaciones, un *hall* pequeñísimo y la cocina. El precio, 180 *yen* mensuales de alquiler, o sea 540 pesetas... ¡Una bicoca!

La dejames con muchas risas por lo propia que nos parecía para un bazar de muñecas, y

fuimos a otra del mismo tamaño pero de estilo europeo. Fuimos a pie, y, al atravesar una calle muy concurrida, y al parecer de gente pobre, una cuadrilla de niños nos rodeaba y seguía.

La casa, muy mona, algo mayor que la otra y más barata; pero encajonada en un callejón sin salida, de lo más feo de Oriente y Occidente.

SETIEMBRE 30 (domingo).—Una fiesta conmovedora tiene hoy lugar en nuestra capilla. Una jovencita japonesa que hace tiempo se prepara para el bautismo, entra hoy en el gremio de la Iglesia Nuestra Madre. Pertenece a una muy buena familia de Tokio, y en breve contraerá matrimonio con un joven católico, doctor en Medicina. Estos matrimonios son la esperanza del Japón... ¡Qué elegante está la catecúmena con su precioso "kimono" de crespón de seda verde claro y su lujosísimo *obi*, colocado hoy de una manera especial! La iglesia está llena de espectadores católicos y paganos, muy atentos a las ceremonias simbólicas del bautismo de adultos. La nueva cristiana llora largo rato emocionadísima al oirse llamar "hija de Dios N. S.; hija de la Santa Iglesia"... ¡Oh, si pronto cayera el agua del bautismo sobre la frente de todos los japoneses...! Poderoso es el Señor y nadie sabe la

hora por El marcada para recibir en sus brazos a esta noble nación.

La joven japonesa cambia su nombre pagano por el de Ana María y, con el alma del todo limpia por las aguas bautismales, recibe por vez primera la Sagrada Comunión. Todos los de su familia son paganos: quiera Jesús atraerlos a su conocimiento y amor.

A media tarde tenemos una visita inesperada: tres seminaristas naturales de Palaos y de Yap vienen a saludarnos con el R. P. Fáber. Nos traen regalos; cada uno una caja. Pronto adivinamos su procedencia... ¡Qué Procura tan sin fondo tiene el P. Procurador!

Los pobrecitos no hablan ni apenas se atreven a moverse. Dice que hasta la fecha soy muy buenos y aprovechados en el estudio.

Hoy celebra sus bodas de oro el R. P. Dallmann, de la Universidad; le mandamos un dulce presente.

OCTUBRE 3.—Santa Teresita del Niño Jesús. Desde por la mañana presiento que la santa misionera va a hacer caer su lluvia de rosas sobre nosotras, y a ella me encomiendo en la Sagrada Comunión. Salimos muy de mañana para ver el terreno que los PP. jesuítas tienen en Asakusa y que, en su bondad, nos le ofrecen para edificar una casita provisional. Es sumamente pequeño, pero hablamos de que la ca-

sa puede tener tres pisos, y, la ventaja de tener la iglesia a un paso, me hace olvidar otros inconvenientes. Visitamos ésta: es espaciosa, limpia y muy ordenada, con esteras japonesas en el centro por lo que hay que descalzarse para entrar.

Hago una súplica a Jesús Sacramentado pidiéndole que, si es voluntad suya, traiga a sus Esposas junto a Sí... Me gusta la iglesia; el barrio es todo católico pero de gente obrera. Esta es una desventaja para el fin que nos proponemos, pues no será fácil encontrar una familia que pueda recibir lecciones de adorno.

Delante de la iglesia hay un patio espacioso en el que juegan los niños de una escuelita católica que está a la derecha. Cuando pasamos por delante de sus puertas están los parvulitos haciendo una gimnasia graciosísima con dos maestras jóvenes, católicas también. No saco mala impresión de esta visita pero no podemos resolver nada hasta vernos con el señor Arzobispo y saber si quiere darnos licencia para fundar aquí. Vamos por la tarde. En cuanto arranca el *auto*, rezamos a la santa del día para que el Sr. Arzobispo nos sea propicio. ¡Quiera Dios que nos dé el sí que buscamos: sin esto no hay que pensar en nada!

Llegamos: una gran verja de hierro da acveso al jardín que tiene muchos y bonitos pa-

seos, avenidas y pista de *tennis*. A la entrada del palacio hay una gran escalinata de piedra; en lo alto de ella, junto a la puerta, están conversando el Ilmo. Sr. Obispo de Hiroshima (S. J.) y el Prefecto Apostólico de los Padres del Verbo Divino. A ellos nos presenta el Reverendo P. Fáber y se muestran interesadísimos en las fundaciones de las islas.

Pasamos a un gabinete donde se oyen francas carcajadas y en él nos encontramos con Mons. Alvarez, dominico español, Obispo de Shikoku, y el R. P. Patrouilleau. Tras un agradable rato de charla en castellano, entra el Sr. Arzobispo y quedamos solas con él. Me preguntó el número de Madres que van a Ponapé y, sonriendo, me dijo: "Y para Tokio, Revda. Madre, ¿no reserva usted algunas?" "Si, Monseñor, si V. E. permite que fundemos, vengo determinada a ello". "Con mucho gusto veré en mis diócesis Madres Mercedarias españolas. ¿Tienen casa...?" "¡Oh, no, Monseñor, es tan difícil encontrarlas cerca de alguna iglesia!" Entonces le hablamos del proyecto de Asakusa; encuentra la misma dificultad que nosotros ya veíamos: la clase de gente que rodeará nuestro pequeño Colegio, y dice que hay que pensarlo bien. Que si él pudiera, con gusto nos cedería parte de sus terrenos para que levantásemos junto a la suya nuestra casa...

Yo pensé que no había comprendido bien porque la proposición me pareció demasiado buena. Recordé a Monseñor que era la fiesta de Santa Teresita y, muy conmovido, dijo que consideraba como un favor de la Santa el habernos recibido en su día. Yo, en mi interior, la invocaba con frecuencia.

Salimos: mientras el R. P. Fáber se entretenía con el amable secretario R. P. Patrouilleau, cambiamos nosotras unas palabras con Mons. Alvarez y luego visitamos la Catedral y la preciosa gruta de Lourdes que está tras ella. Está tan bien imitada que parece nos encontramos a orillas del Gave, en el lugar mismo de la aparición.

Recé, muy conmovida, a la Santísima Virgen que parecía decirme confiara en Ella. Marchábamos ya, y tropezamos con un anciano sacerdote: era el antiguo Arzobispo, retirado ya de su oficio de Pastor y Prelado. Disertó sobre el país vasco, sobre la guerra carlista en la que él tomó parte, y no sé cuántos temas más. Por fin nos despedimos: estábamos ansiosas por comunicar a las demás Hermanas el buen acogimiento del Sr. Arzobispo y los sueños a que dieron lugar sus palabras de esperanza. La misma noche empezamos otra novena a Santa Teresita para que terminase felizmente lo que ella había empezado.

A las cinco de la tarde nos visitó el Sr. Yamamoto. Con gran interés oyó nuestros planes de estudiar el japonés a conciencia y de establecer un Colegio. Entre otras cosas dijo que podíamos implantar en nuestra Casa los ejercicios espirituales para señoras, obra desconocida aquí; y, al decirle yo que me parecía excelente idea, añadió que nosotras éramos las llamadas a establecerla.

OCTUBRE 4 (jueves).—Viene el R. P. Fáber con noticias de que el asunto de la casa en los terrenos del Sr. Arzobispo marcha bien; pero dice que se ha suscitado una oposición. ¡Es el caso tan insólito! Yo pido al Señor que se cumplan sus designios.

A media mañana vamos a una fotografía y nos retratamos todas con el Ilmo. Sr. Rego. Luego el grupo de las fundadoras de Tokio y de Ponapé.

Por la tarde nos visita Mons. Alvarez. Nos entretiene con su amena conversación sobre las costumbres japonesas, etc.

Esta noche llegan los famosos baúles que tanto hemos deseado. ¡Después de 54 días que corrimos en su busca! Fueron a buscarlos a Yokohama las MM. Concepción y M.ª Redentora con el H. Cerdá.

OCTUBRE 5 (viernes).—Por primera vez sentimos un ligero terremoto. Hace el efecto

de la trepidación del barco cuando la hélice empieza a moverse.

OCTUBRE 6 (sábado).—Nos ofrecen una casa recién construída, monísima, por 120 *yen* al mes. Por si nos conviene; por si lo del Sr. Arzobispo fracasa, que bien puede ser, dada la oposición que se presenta, vamos a verla.

Vamos a pie y, en la misma calle de este Colegio de Futaba, vemos una casa también desalquilada, bastante capaz, de un solo piso y con largas galerías. Es oscura porque han edificado alrededor dejándola ahogada, y no sé si es por la poca luz, me hace el efecto de que tiene que ser húmeda. En cambio me seduce el jardincito que tiene rodeando la casa; es pequeño pero muy mono. Es cara. Piden 180 *yen* y tiene la entrada muy escondida; lo demás, la fachada es genuinamente japonesa... Vamos a la otra: a la que teníamos que ver, ojeada por Naito. Está en una calle aristocrática, no muy concurrida, y aún no la han terminado. ¡Qué bonita! Tiene el aspecto de un chalecito medio japonés, con dos pisos. Está edificada en una altura y sobresale por encima de los otros edificios, así es que está llena de sol y alegría. Quedamos entusiasmadas y decididas a alquilarla si lo de Sekiguchi no resulta, como tememos. Trazamos nuestros planes: mañana irá el R. P. Fáber a

Palacio; dirá que hemos encontrado una casa muy a propósito, nos dirán que les parece muy bien, y en dos días amueblamos la casita y dejamos instaladas a las Madres antes de salir para las islas. ¡Cuánto gozamos con este programa! A pesar de todo, a mí me queda en el alma una pena que no puedo echar de mí: está la iglesia a un cuarto de hora de camino y, para llegar a ella, hay que atravesar una de las calles más céntricas de Tokio. ¡Qué pena ver a mis queridas hijas tan lejos de Jesús todo el día! Sin poderle visitar con frecuencia, sin sentirse junto a El, y eso... ¡por dos, tres o más años! En cambio, si lo del Sr. Arzobispo fuese un hecho, quedaban juntitas a la iglesia y tenían un gran jardín, completamente solitario para las horas de recreo. ¡Señor, mira por tus esposas y encuentra para ellas el sitio que les conviene...!

OCTUBRE 7 (domingo).—Hacemos retiro. Iba a darnos la plática Mons. Rego, pero llueve torrencialmente y le avisamos por teléfono que no venga. En la capilla, por ser día del Rosario, exposición del Santísimo durante todo el día.

Terminado el retiro, visita del R. P. Fáber: nos dice que la profesora de francés de la Emperatriz, Vizcondesa de Lasalle, quiere dar lecciones de español y que acaso sea discípula nuestra...

OCTUBRE 8 (lunes).—El R. P. Fáber trae triunfante la admisión escrita del Sr. Arzobispo, que quiere además que edifiquemos en sus terrenos... ¡Te Deum laudamus! Por la noche, sin pérdida de tiempo, hacemos los planos.

OCTUBRE 11 (jueves).—Santo de la Madre M.ª Begoña; lo celebramos alegremente con programa ocurrentísimo en el que se anuncia excursión automovilista al Palacio del Sr. Arzobispo, visita a la Catedral y a la gruta de Lourdes. El R. P. Fáber obsequia a la santa del día con una gran caja de dulces. El Ilmo. Sr. Rego viene a felicitarla y trae variados obsequios.

Por la tarde visitamos al Sr. Arzobispo; nos da su fotografía y la bendición. Le hacemos obsequio de un almohadón verde bordado en oro, y la colección de revistas. Pedimos permiso para fotografiar la fachada del Palacio y hace que nos coloquemos en las gradas de la escalinata. A ruegos nuestros, colócase él amablemente en medio de nosotras. Salimos gratamente impresionadas.

Visitamos al R. P. Flaujac, Vicario General, y él nos enseña el sitio donde levantarán nuestra casa y el magnífico paseo que han destinado para las Madres. Hoy acabamos la novena a Santa Teresita y ella ha rematado el asunto de nuestra instalación.

OCTUBRE 13 (sábado).—Visita del R. Pa-

dre Patrouilleau, amable rector del Seminario: habla bastante el español.

OCTUBRE 14 (domingo).—Las Damas de St. Maur nos llevan a ver la exposición de flores que tienen hoy en una gran sala del Colegio. Las alumnas, dan clase particular de la manera de arreglar flores para salón, etc. La dan dos veces por semana. Hay una serie de reglas teóricas para ese arte, aquí muy apreciado. El gusto y la estética japonesa varían por completo del gusto nuestro; así lo vemos en la exposición de hoy. Hay más de cincuenta caprichosos jarrones, cestitas, platos hondos adornados con flores naturales, mezcladas con gruesos troncos de arbustos de aspecto seco. La dirección de las flores es siempre inclinada a un costado. dejando completamente desnudo el resto del búcaro. De ordinario en el ramo no debe haber más de tres flores. Requiere mucho estudio este adorno doméstico que ellas hacen con arreglo a todo su ceremonial.

En seguida de comer voy con las MM. Superiora y San Fernando, Lola y la M. M.ª Loreto a una casa que las Madres tienen en un barrio apartado de Tokio a la que llaman Kohenshi. Es muy grande, aireada y llena de sol; tienen unas 40 niñas de la Santa Infancia y unas pocas pensionistas que hacen sus estudios en Tokio.

Por la noche, las niñas de Futaba nos obsequian con una veladita de puro estilo japonés, que a mí me encanta. La mayor parte de los números son cuadros vivos representando costumbres y trajes antiguos del Japón: cortesanos de dos y tres siglos atrás; tañedoras del Okoto, etc. Interesantísimo para mí; las artistas vestían trajes lujosísimos de gran valor.

Al final cantaron la Marcha Real española, primero con la letra de "La Virgen María" y luego con esta japonesa:

I

Harubaru to furusato hanaretezo
kitari tamo Ispania no Madres wo,
Warera wa yorokobi mukaen.

II

Nihon no hito no tamashii o sukuwantote
Jesus no tame kimaseshi,
Madres no tame ni inoran.

III

Jesus no mikokoro no tokumi aishi tamo
S. Marugarita o koso, iwawan,
Banzai banzai.

Que quiere decir:

I. Sed bienvenidas, oh Madres españolas que habéis venido a países tan lejanos de vuestra patria.

II. Nosotras rogamos por estas Madres que han sido enviadas para salvar las almas de los japoneses, llenas de amor a Jesús.

III. Felicitamos también a la M. Margarita a quien tanto ama el Corazón de Jesús. Banzai (¡Viva!).

OCTUBRE 15 (lunes).—¡Santa Teresa de Jesús! Ella me enseñe, desde el cielo, a amar a Dios, a orar con fervor y a tener grande celo por la salvación de las almas.

Nos visitan las Religiosas Adoratrices españolas, Sor Azucena, Sor Anatolia y la Hermana Córdula... Son muy simpáticas y gozamos viéndonos tantas españolas en el Japón.

Fotografiamos a varios grupos de las fiesta de ayer.

OCTUBRE 16 (martes).—Como víspera de mi santo, empiezan las felicitaciones: al mediodía viene la Comunidad de Madres, amabilísimas, deseándome una fiesta feliz prometiéndome oraciones y ofreciéndome un regalito para la Misión de Ponapé: dos floreros muy bonitos de metal blanco.

Nos invitan para la fiesta de las antiguas alumnas que precisamente se celebra ese día.

Vamos al gran salón que es espaciosísimo con alto techo abovedado. Las antiguas, vestidas con preciosos kimonos, y peinadas la mayor parte de ellas a la europea, ocupan todo el salón. Están sentadas alrededor de mesas pequeñas en grupos de cinco o seis. Nosotras ocupamos la preferencia con las Madres graves de esta Comunidad. Se descorre el telón: a la derecha del espectador, sentadas en el suelo sobre un tapete rojo, aparecen en el escenario cuatro músicas; dos de ellas tocando el famoso Samm-jinn, y las otras dos cantando un canto gutural de giros muy lánguidos... Apenas entreabren los labios para cantar. Sale luego una joven muy ataviada llevando una elegante pinga al hombro. Empieza el baile, que es una serie de movimientos suaves, muy lentos, ora cogiendo la pinga y pasándosela de un hombro a otro, ya dejándola en el suelo y moviéndose a su alrededor. El segundo paso es más gracioso y lo ejecuta con una sombrilla de dos pisos, muy bonita y adornada con cascabeles. La trae cerrada, sobre el brazo, en la forma que emplean las mamás con sus pequeñines; luego la abre, y hace con ella unos pasos y gestos sumamente flexibles y lentos. No hay en toda la danza un solo paso movido ni una demostración de agilidad que para nosotras es la parte esencial en toda danza; so-

lamente de tiempo en tiempo, da con el pie una patadita en el suelo, algo parecida a la patada flamenca. La música, para nuestro gusto, del todo inarmónica; de vez en cuando, en medio del canto, sale una voz que no es de las cantoras visibles, sino de tres hombres ocultos entre bastidores. Una voz que parece un lamento cortado al que sigue un redoble de tambor. Termina el baile sustituyendo la sombrilla por un abanico y evolucionando variadamente con él. Más de veinte minutos dura este número, y ya no hay más. Salimos: los grupitos cada vez más animados, charlan moderadamente y en todas las mesitas se ven cajas de dulces con la imprescindible tetera. Retratamos a la danzante japonesa y yo quise filmar la salida de aquellas jóvenes elegantes. No pude hacerlo como quería porque muy pocas salieron a pie: raudos automóviles llegaron hasta la misma puerta de donde ellas bajaban y ni siquiera se las vió montar.

Después de la bendición me esperaban en el pasillo las fámulas japonesas para decirme con no pequeño trabajo: "Bue-na-fies-ta". Siempre nos esperan en el mismo sitio para no perder el saludo que invariablemente les dirigimos y que las hace reír como unas benditas: "Kon-ban-wa", buenas tardes.

También las Hermanas de la Comunidad

me felicitan en corporación. La mesa del comedor aparece desde hoy engalanada con flores...

Después de la cena, la gran velada a estilo Bérriz: un saludo japonés; la gimnasia tal como la hacen estas colegialas; los apuros de la tía Tinajas y unas aleluyas muy famosas cantando mi vida y milagros. Un rato de familiar expansión como si estuviéramos en nuestra casa de Bérriz: los entreactos amenizados por Lola. Gozamos mucho.

OCTUBRE 17 (miércoles).—Viene a celebrar la Misa el Ilmo. Sr. Rego; le ayuda el R. P. Fáber que la ha celebrado antes. Mis monjitas cantan preciosamente desde el coro, primero "Oh Divino Corazón"; luego "Amarme tú, oh Madre mía", y en la Comunión el "Anima Christi". Lo hacen admirablemente, tanto que el señor Obispo y el R. P. Fáber se han sentido emocionados. Al terminar la Misa, Monseñor Rego, con gran sorpresa mía, nos dirige unas palabras en español, desde el mismo altar. Breve pero sustanciosa plática, animándonos a llevar vida eucarística como la Santa Alacoque y haciéndonos fijar en aquellas palabras del Evangelio: "Sine me nihil potestis facere", para que la humildad sea la base de todo nuestro apostolado.

A las diez nos visita despacio el Sr. Obispo

con el P. Fáber y el H. Cerdá; éste trae seis botellas de Jerez; el P. Fáber curiosidades japonesas, historietas, almanaques, etc., y el señor Obispo la vida de Santa Margarita y un precioso cáliz para la futura capilla de Tokio. Son extraordinariamente finos y me dejan del todo confundida. Tenemos un rato de agradable conversación, y obsequio a los Padres con un ejemplar para cada uno de "Destellos luminosos" y al Hermano la "Vida de Nuestro Señor Jesucristo" del P. Vilariño.

El resto de la mañana nos ocupamos en preparar un obsequio para las Madres. La comida de hoy es un verdadero banquete.

Nos visitan las Adoratrices españolas; vienen a felicitarme y traen una preciosa caja de chocolates. El Sr. Obispo viene a la Reserva; todos son obsequios de unos y de otros. Las niñas del Colegio que tienen hoy día de campo, también me traen dos caprichos japoneses de mucho gusto.

OCTUBRE 18 (jueves).—Visita a las Damas del Sagrado Corazón: vamos todas con el Reverendo P. Fáber. Su casa dista bastante de ésta de Futaba; tienen una posesión magnífica, grandes jardines y bosque que rodea por completo la casa. Ya desde la entrada se nota ese sello aristocrático que caracteriza a las Religiosas del Sagrado Corazón.

El edificio es muy bueno, casi todo de madera; las paredes interiores están revestidas de una plancha de cinc y alrededor del pabellón central hay varios edificios para escuelas japonesas, salones de gimnasia y algunos otros departamentos para la Comunidad.

La fundación es australiana; todas las religiosas hablan el inglés y la mayor parte de ellas también el francés. Tienen unas sesenta alumnas internas, todas pertenecen a la alta nobleza del Japón. Las Religiosas son sumamen amables, finas y de trato agradabilísimo. Nos ofrecen un té y lo aceptamos: me preguntan mucho por nuestra Orden, etc... y quedan estupefactas con mi relación.

OCTUBRE 20 (sábado).—Avisan del seminario que podemos ir a ver los planos y el presupuesto. Vamos a casa del Vicario General, R. P. Flaujac, y allí viene el arquitecto; un japonés bizco y rarito... El plano ha mejorado pero el presupuesto también y delante de él paso un rato de indecisión... Por fin decido, no muy resuelta, y vamos con el R. P. Flaujac para que lo apruebe el Sr. Arzobispo.

OCTUBRE 21 (domingo).—Estamos invitadas a comulgar en casa del Almirante Sr. Yamamoto, y salimos de Futaba a las cinco y cuarto de la mañana. Llueve y está el suelo lleno de barro: vamos las MM. M.ª Begoña, M. Lore-

to, Concepción y yo, con el introductor de embajadores, R. P. Fáber. Hay hora y media de trayecto en tranvía y en tren.

A las ocho entramos en casa de la madre del Sr. Yamamoto donde debe celebrarse la Misa. Nos recibe él mismo vestido de rigurosa ceremonia japonesa con traje de gruesa seda, muy elegante. A la puerta nos esperan las chinelas, y cambiamos el calzado, como es costumbre en todas las viviendas japonesas.

En un salón como de doce metros cuadrados está la capilla. Un altar sencillo con gran cruz de bronce y sobre el altar un cuadro del Sagrado Corazón de Jesús (de los que sirven para las entronizaciones). El atril riquísimo y el ornamento muy bueno. El suelo del salón está cubierto por los *tatami* y las puertas laterales son corredizas dando acceso a una bonita galería con vistas preciosas. A nuestra llegada no hay aún fieles; el R. Padre Fáber confiesa a las personas de la familia, y cuando ya sólo faltan unos diez minutos para empezar la Misa, el Sr. Yamamoto hace sonar desde la galería una pequeña campana que invita a los fieles al Santo Sacrificio.

Ya vienen presurosos; hombres, mujeres y algún niño pequeño que apenas calla en su media legua... Reunidos los fervorosos cristianos, el Sr. Yamamoto empieza a rezar en

voz alta las oraciones de la mañana y ellos responden a coro, pausada y dulcemente. Empieza la Misa; las oraciones y partes principales de ella son leídas en alta voz por el Almirante; los fieles, con una devoción que conmueve, la siguen paso a paso y en el alzar se postran tocando el suelo con sus frentes. Comulgan más de veinte personas. ¡Hermosísimo cuadro de fe cristiana en medio de la misma gentilidad! El pensamiento se va al Cielo y al Tabernáculo. ¡Qué contento fijará Jesús su amante mirada en este puñado de hijos suyos que reverentemente le adoran!

Terminada la Santa Misa, salen los cristianos; el Sr. Yamamoto nos enseña el magnífico panorama que desde la galería se divisa: es la isla de Enoshima, fantástica en su belleza, con tres soberbios templos idolátricos, muy visitados de los paganos y de asiduos turistas. Un puente larguísimo, todo de madera, pone a la isla en comunicación con el pequeño pueblo de Katasé.

El puente se cimbrea al paso de los caminantes con grande espanto de los que lo pisan por primera vez. El Sr. Yamamoto nos explica todo lo dicho; nos muestra el espacioso jardín de su anciana madre, y recuerda con fruición su viaje a España a raíz de la guerra ruso-japonesa. En amistosa charla nos conduce a

su propia casa que está casi tocando a ésta de su madre, y acompañadas de su bonísima hija María, esperamos en un gabinetito muy lindo amueblado con sumo gusto. Me llama la atención una vitrina de cristiales que encierra muy curiosos objetos de oro, plata y marfil. Son todos ellos regalos del Emperador, marcados con su sello; en aquella vitrina no hay lugar sino para las regias dádivas de incalculable valor. Allí, en aquel caprichoso gabinete, entregué al Sr. Yamamoto un almohadón bordado en oro, ofrecido como recuerdo de las Misioneras Mercedarias. Pasamos al comedor y desayunamos con los Sres. Yamamoto, su hija María y dos jóvenes ahijadas de ellos, casada la una y la otra ferviente católica: es una condesita emparentada con los más altos títulos del Japón.

Salimos de esta noble casa cautivados nuestros corazones del ambiente de piedad que en ella se respira, edificadas de su cristianísimo proceder, y agradecidas a la sencilla acogida que se nos ha dispensado.

María nos acompaña a Futaba a donde llegamos a las doce del mediodía. Por la tarde, otra función: las Adoratrices españolas bendicen su casita y quieren que vayamos; viene también, además del R. P. Fáber y del H. Cerdá, el Ilmo. Sr. Obispo de las islas. Tienen una casita de dos pisos que parece he-

cha para vivienda de los siete enanitos. De estilo japonés, limpia, llena de sol, va a ser el primer nido de adoradores del Santísimo en Tokio. La bendice Mons. Rego; tomamos un *lunch* muy bien presentado, charlamos con las Madres un ratito, y... a casa, que harto hemos corrido hoy.

OCTUBRE 23 (martes).—Salimos de Tokio para Yokohama con idea de embarcar en el "Yawata-Maru" que anunció su salida para el 23. Antes, voy a despedir al Sr. Arzobispo y a tratar con él de dos puntos que me importan. Nos recibe el amable Padre Patrouilleau en su pequeño gabinete: está encantado de que vengamos a Sekiguchi; de ver nuestros blancos hábitos en el palacio y en la catedral. Monseñor nos recibe en su despacho, muy amablemente: quiere que las Madres que aquí quedan vayan a Misa los domingos a la catedral.

Las despedidas de las Damas de St. Maur, sinceramente cariñosas. Salimos a la una y media acompañadas de dos jóvenes japonesas que conocen a la M. M.ª Loreto y no aciertan a separarse de ella. Llegamos al puerto y... el "Yawata-Maru" no sale a las cuatro de la tarde como estaba anunciado, sino mañana a las diez. ¡Qué contratiempo!

Es un barco de 4.000 toneladas de bonito aspecto. Las *cabinas*, muy cómodas; la nuestra

con tres ventanas al mar. El comedor, pequeñito, pero muy bien decorado; es capaz para 22 personas.

Los puentes están abarrotados de gente baja muy mal trajeada y sucia a no poder más. Los llaman *okinawas* y son considerados en el Japón, como en España los de las Hurdes. Van, los pobres, huyendo de la miseria de su país a encontrar trabajo y refugio en las islas, principalmente en Saipán.

OCTUBRE 24 (miércoles).—Fiesta de San Rafael. ¡Hermosa coincidencia, que salgamos al mar bajo su patrocinio!

El "Yawata-Maru" se dispone a salir; son las diez y toda la tripulación está sobre cubierta para despedirse de sus amistades que ocupan todo lo largo del muelle. Aquí las despedidas tienen un sello especial, como de afectos reconcentrados que nadie exterioriza. Son muy contadas las personas que lloran; en el muelle sólo dos mujeres llevan el pañuelo a los ojos, y en el barco, una joven japonesa da señales de verdadera desesperación. Arroja al mar sus peinetas, se destroza la cara y acaba por caer como inerte sobre una silla con el rostro escondido entre sus brazos. La pobrecilla parece que va forzada, sabe Dios con quiénes y adónde.

Empieza a despegarse el "Yawata-Maru" muy lentamente como si le costara arrancarse

de los suyos para vadear el inmenso Pacífico... De lo alto del puente de mando caen serpentinas multicolores que los amigos de la oficialidad se apresuran a recoger sombrero en mano... Esta despedida tiene mucho de simbólica: parece que la amistad tiende a retener a los que ama con aquel débil lazo de papel que el viento ondea caprichosamente, y a medida que el barco se aleja, forma un puente que parece unir a los que van con los que se quedan. Nuestro barquito da una vuelta virando en redondo y marcha cara al sol sobre una mar tranquila y bajo el cielo nublado y triste. Salimos de la bahía de Yokohama sin que la entrada en alta mar sea notoria; las aguas están del todo mansas como para acreditar al Pacífico de fiel a su nombre.

En la cena nos quedamos *in albis;* nos sirven un pescado muy feo nadando en salsa de color chocolate y a su vista optamos por el ayuno. Yo emprendo con él, pero a los dos bocados lo dejo: luego viene otro plato que nos empeñamos en analizar sin positivo resultado; no es pescado, ni es legumbre, ni asoma la carne por parte alguna, eso que yo lo exploro por los cuatro costados... En resumen: que nos levantamos de la mesa con hambre y no tenemos más remedio que echar mano de algunas provisiones que guardamos en las *cabinas*. Nos

reímos sin medida pensando en el ayuno forzoso que nos aguarda.

La noche, regular, pero amenizada por un *Gayarre* japonés empeñado en cantar una especie de goajiras en la boca misma de nuestras ventanas. ¡Lástima de ducha!

OCTUBRE 26 (viernes).—La mar que anoche comenzó a agitarse va enfureciéndose por momentos: gruesas olas barren los puentes. Dice el R. P. Fáber que en sus frecuentes viajes a las islas no ha visto marejada semejante; a veces se inclina tanto el barco que parece va a caer de costado. Esperaba yo que este viaje fuese accidentado y aun creo que el Señor me reserva algo más... No faltará su gracia para sobrellevar lo que El disponga.

A las seis de la tarde vemos tierra muy a lo lejos: es la isla que los naturales apellidan "Futami" y en el mapa recibe el nombre de "Islas Bonín". Contra todas las previsiones de los pasajeros que saben no se detiene el barco en esta isla, ni siquiera pasa cerca de sus costas, vemos que nuestro "Yawata-Maru" enfila hacia ella trabajosamente en medio de la mar airada. A medida que nos vamos acercando crece nuestra admiración. La isla, por su prodigiosa forma, es una bahía admirable, un puerto segurísimo que la providencia *maternal* de Dios Nuestro Señor ha querido colocar en medio de

la inmensidad del Pacífico. A mí me parece que son los brazos de Dios extendidos para abrazarnos y ampararnos de la furia de las olas... ¡Magnífico panorama! Una cordillera altísima forma el fondo del cuadro; de lejos parecían peñones informes, pero vistos de cerca están cubiertos de hermosa vegetación. La isla tiene forma de herradura y al pie de las montañas, recostaditos en sus suaves faldas, hay dos pueblos en miniatura; dos grupos de casitas de madera, acariciadas por las mansas olas que mueren allí mismo como besando sus cimientos. No permiten los japoneses fotografiar la isla por ser plaza fuerte. Es una lástima; difícilmente encontraremos paisajes de más poética belleza.

Entre dos montecillos no muy altos, de estructura perfectamente cónica, se abre una oquedad como corte de bambalina de teatro que deja ver a lo lejos una serie de montecillos desiguales esfumados por la lejanía y alumbrados por las luces rojizas de la agonía del sol... No nos cansamos de contemplar este jardín del Pacífico que da la sensación de un oasis en medio del gran desierto del mar.

El "Yawata" se dispone a fondear sorteando por entre grandes peñascos que dificultan la entrada. Entonces se hace pública la noticia de que seguiremos refugiados hasta que el te-

légrafo de Tokio anuncie que ha pasado el furioso ciclón que a estas horas sale de Saipán y que es el causante de la mala mar que tenemos. Es peligroso afrontarlo con un barco tan pequeño y que en este viaje lleva una sobrecarga excepcional. En tercera van 400 pasajeros entre hombres y mujeres y niños. ¡Cómo irán los desdichados!

OCTUBRE 27 (sábado).—La noche ha sido espantable; silbaba el viento con tanta furia que parecía poderoso para tumbar el barco, defendido como está de altísimas montañas. No salimos hoy; las noticias del tifón son alarmantes y el capitán está resuelto a esperar el tiempo necesario. Ya que en la bahía la mar parece un lago, decidimos visitar la isla a pesar de que el tiempo amenaza lluvia.

Viene un gasolinero, feo si los hay, repleto de indios y nos disponemos a bajar a él. ¡Pero qué descensión tan notable! Primero había que ponerse de pie en la borda del "Yawata-Maru" de la que pendía una escala de cuerdas con peldaños de madera que se movía incesantemente. La escala era del todo vertical... así que a estilo de los chimpancés fuimos bajando el R. P. Fáber, la M. M.ª Loreto, Lola y yo. Sin incidentes mayores quedamos de pie en el gasolinero y de pie tuvimos que continuar porque estaba repleto de gente. En medio de la

bahía cayó un chaparrón de los buenos y por fin desembarcamos *tan frescos*. La isla está mucho más habitada de lo que parece; tiene calles anchas llenas de casas bajitas, tiendas y mucho arbolado. En las tiendas se vende de todo: comestibles, helados, vestidos, sombreros, tarjetas, corales y joyas. Cada una es un *Printemps* de París. Nuestra intención al visitar la isla además de recorrerla, era comprar huevos y azúcar para la pobre Sor M.ª Belén que va en ayunas; por eso, el R. P. Fáber entró en la primera tienda que encontramos pidiendo huevos frescos. Tenían tres calientes aún. Seguimos calle arriba con la consabida demanda de huevos en cada tienda; en una nos daban dos, en otra tres y todos nos decían que no era tiempo de huevos. Un jovencito japonés muy amable se ofreció a encontrar de casa en casa cuantos hallase. Mientras tanto, en una especie de patio grande, vimos como un centenar de niños y niñas que hacían gimnasia dirigidos por un profesor japonés. En cuanto el profesor nos vió debimos de parecerle cosa muy digna de ser mirada, e hizo seña a los niños para dar por terminada la gimnasia. ¡Santo cielo, la que allí se armó! Vinieron a nosotros disparados como flechas formando un grupo compacto que reía a carcajadas como si tuvieran delante el espectáculo más grotesco

del mundo. Reían tan francamente atropellándose unos a otros para vernos de cerca, que se nos contagió la risa y ya tampoco nosotros la moderábamos. Seguimos así escoltados hasta el final de la calle; ya allí nos dejaron. Los niños, en su mayoría, van vestidos a estilo japonés, con kimono; y digo la mayoría porque no faltan ejemplares del traje de Adán. Entre las personas mayores se veía de todo: trajes japoneses y chamorros y otra variedad de túnicas y vestidos de talle alto que se parecen a los trajes de Filipinas.

La isla cuenta de tres a cuatro mil habitantes, todos paganos menos un centenar de protestantes que ha ganado el pastor en treinta años de trabajos. Hemos conocido a éste que se apellida Fernández y es hijo de portugués; habla un poco el castellano! ¡Pena grande que en esta hermosa islita no haya un solo sacerdote católico que lleve las almas a la verdadera Religión!

Dejamos la isla sin huevos y nos traemos ¡¡¡sólo doce!!! También compramos postales y azúcar en una tienda muy limpia; para escoger las postales tenemos que sentarnos en el mostrador que es bajito y tapizado con las famosas esteras. Sobre el marco de una puerta que está en el fondo de la tienda, hay un altarcito a Buda...

OCTUBRE 28 (domingo).—Seguimos anclados en Futami. Las noticias del tifón no deben ser muy tranquilizadoras; aumentan las rachas furiosas de viento, y la mar, fuera de la bahía, debe estar muy fea.

El Sr. Obispo propone celebrar la fiesta de Cristo Rey con una academia a bordo. Los académicos, por supuesto, ellos y nosotras... El programa lo dicta Monseñor y tiene dos partes: en la primera hay discurso inaugural del que se encarga él mismo; luego designación a cada académico de algún santo muy amante de Cristo. Después saetas a Cristo Rey y algún número de música. La segunda parte, toda humorística, y para ella basta el inagotable repertorio del R. P. Fáber. Tomamos por nuestro el saloncito de música y comienza formalmente el acto. Monseñor Rego, inspiradísimo en su discurso, nos enciende en el amor a Jesucristo Nuestro Señor; luego me toca distribuir los santos y designo San Francisco Javier al Sr. Obispo y San Pablo al R. P. Fáber. Y vienen las saetas por orden de antigüedad: allí se explaya cada uno dejando ver el espíritu que le anima y el fervor con que ama a la persona divina de nuestro Rey, Jesús. ¡Cómo goza el alma pensando que del medio del mar se eleva un canto de amor a Jesús, Hijo de Dios, y que nos rodea una isla desde donde nunca

probablemente habrá subido al cielo una plegaria!... Digo mal: hace dos años murió aquí, en Futami, una señora americana y murió como buena católica. Inmensamente rica, sintióse en su país atacada de la terrible enfermedad de la lepra y, avergonzada, huyó de allí sin rumbo fijo. Quería sepultarse en algún lugar solitario y oyó hablar de este puñado de tierra perdido en el mar. Trajo consigo sus criados y el médico de cabecera; edificóse una quinta magnífica, y rodeada de cuantas comodidades pudo, llevó con cristiana resignación la terrible cruz de su enfermedad por espacio de diez años. Al acercarse la Pascua, llamaba a un sacerdote católico del Japón, el R. P. Bretón (Mis. Ext.) que reside en Omori y él le administraba los sacramentos de la confesión y comunión.

Quizás esta señora, desde el cielo, atraerá gracias sobre la isla que la vió morir. Nosotras ofrecemos la Comunión del día para que Jesús sea pronto el Rey de ella.

A todo esto no he dicho que la segunda parte del programa se cumplió con mucho humor; hubo un poema mudo, aleluyas al Sr. Obispo y un derroche de chistes a cuál más inocentes y alegres.

OCTUBRE 29 (lunes).—A las nueve de la mañana pita el barco y al momento echamos a

andar. Los "boy" nos previenen que encontraremos la mar movida y bailaremos al compás de las olas... Parece que van a equivocarse, porque la encontramos en relativa calma aunque se ve que hay algo mar de fondo. Al anochecer crecen las olas de un modo imponente, y ya de noche, el estruendo y el movimiento se acentúan. Imposible dormir; el barco brinca como una cáscara de nuez y se oye el ruido de las olas que entran furiosas sobre cubierta...

Así seguimos el martes y el miércoles creciendo siempre el oleaje, sin poder salir al puente de miedo al remojón de las olas.

Sobre cubierta han quitado las lonas y amarrado las sillas de los pasajeros para que no las arrastre la fuerza del mar.

Siéntese como una tristeza indefinible en todos los pasajeros y tripulantes. Ya no son sólo los efectos del tifón; estamos envueltos en un terrible temporal que no se sabe lo que durará. De Saipán avisan que no se podrá desembarcar aunque arribemos al puerto. Esta noticia, fatal para todos, pero especialmente para la turba de pasajeros que viene en tercera, los exalta por completo. Vienen hacinados unos sobre otros; en los camarotes los ahoga el calor y en los puentes no pueden estar porque entra el mar a torrentes. ¡Pobrecillos! Han pedido al capitán que nos volvamos a Futami porque

tienen hambre y hay entre ellos muchos enfermos. ¡Qué caruchas tienen los niños! La fiebre los devora.

¿Será verdad que no podamos desembarcar en Saipán? ¡Grande, enorme sacrificio tendríamos que ofrecer a Dios si así fuese!... Empezamos una novena a Nuestra Madre para que la mar se calme... Está furiosa como nunca la hemos visto; se piensa en el naufragio como cosa muy posible...

Al mediodía los camareros dicen que por toda comida nos servirán *sandwich* a todo el mundo; ni caldo, ni pan: nada. Como el viaje se prolonga tanto y llevamos diez días en el mar, van agotándose las provisiones y lo peor es que nadie sabe cuándo llegaremos porque el "Yawata" va muy despacio luchando contra los furiosos elementos. Vamos al comedor; frente a nuestra mesa come el capitán y toda la oficialidad; siempre les sirven comida japonesa y ellos manejan los palillos con elegante rapidez; pero hoy no los necesitan. Comen *sandwich* como nosotros; unos *sandwich* mal hechos con poquísimo jamón y una sombra de mantequilla... ¡Qué hambre! Felizmente traemos provisiones de reserva: leche, galletas, queso, frutas, escabeche; de todo iremos echando mano mientras dure. Mucho nos reímos recordando a Robinsón.

OCTUBRE 31 (miércoles).—El Sr. Obispo quiere que hagamos oración en común para que se apacigüe la tormenta: él y el R. Padre Fáber ofrecen una Misa a las almas del Purgatorio con el mismo objeto. Durante el desayuno, da el barco un tumbo tan grande que los oficiales se ponen en pie, asustados. Una señora americana, sentada en el puente en su *chaise-longue*, cae al suelo y allí queda desvanecida. Monseñor Rego manda al R. P. Fáber que eche al mar agua bendita de San Francisco Javier; el Padre obedece y esperamos con ansia que el Apóstol de Oriente nos ayude.

A media tarde se inicia la calma con gran júbilo de todos los pasajeros. ¡Loado sea San Francisco Javier!

NOVIEMBRE 1 (jueves).—Hemos dormido sin sobresalto después de tres noches de angustias. La mar en calma perfectísima permite mantener el equilibrio y nos concede Misa y Comunión. ¡Qué felicidad! Solemnizamos con alegría la fiesta de Todos los Santos; los rostros de los pasajeros están radiantes de alegría, mucho más cuando circula la noticia de que llegaremos a Saipán mañana a las doce del día. ¡Te Deum laudamus!

Los pobres pasajeros de tercera parecen cadáveres ambulantes, aunque algo reanimados con la esperanza de desembarcar en Saipán.

Los niños lloran mucho, de hambre unos y otros enfermos. Me dan una pena atroz, y más por demostrarles cariño que por pretender aliviarlos, voy a ellos y reparto a chicos y grandes, galletas y chocolate Suchard.

¡Cómo vienen a recibirlo los pobrecitos! Las madres me enseñan sus chiquitines delgaduchos y llorosos pidiendo algo para ellos; hasta los hombres extienden las manos... Para todos alcanza el regalo y yo quedo más regalada que ellos acordándome mucho de San Pedro Claver que tanto amaba a los pobrecitos esclavos...

El Sr. Obispo nos da una plática sobre la fiesta del día y luego tenemos sabrosa conversación del mismo tema con el R. P. Fáber.

NOVIEMBRE 2 (viernes).—Estamos en Saipán. Amanece una mañana espléndida, pero la mar está bastante movida. La isla es relativamente grande con una montaña al fondo, y el pueblo muy diseminado en sus flancos y a la orilla del mar. Las casitas blancas muy bajas, con el tejado gris, parecen jirones de niebla prendidos entre el verde de las palmeras.

A distancia como de cien metros del puerto cambia por completo el azul del mar en un verde esmeralda lindísimo; allí rompen las olas formando un borde de encaje blanco al tropezar con el arrecife de corales que sale a flor de agua... La bahía, al parecer, está en calma,

pero es una calma aparente porque aseguran los que conocen estos puertos que no hay otro más traidor que el de Saipán; y hoy, añaden, es uno de los malos días para el desembarque. Pronto tenemos ocasión de comprobarlo: nunca, por muchos años que viva, olvidaré las escenas que he visto. Echan la escala del barco, bastante buena, y se acerca una gabarra a la que han de bajar los pasajeros que quedan en la isla y los que desean visitarla. El "Yawata", fondeado y todo, tiene un movimiento de costado marcadísimo; se acerca la gabarra traída por una ola, y aprovechando el momento de aproximación, saltan a ella desde la escala los más cercanos ayudados de los valientes y forzudos carolinos que están allí para todo. Ellos enganchan con largos garfios la gabarra para que no se separe con tanta brusquedad del barco; ellos se meten en el mar hasta la cintura cuando el vaivén es fuerte y no se separan del costado del buque por si algún pasajero cae al agua. ¡¡Momento terrible cuando el oleaje, después de haber acercado la barcaza, la arroja en alto como a una cáscara de nuez llevándola la corriente a muchos metros de distancia!! El caerse al mar los pasajeros que entonces intentan saltar a ella, es pequeña desgracia; lo terrible es que el que allí cae, queda al punto aplastado entre la gabarra y el buque

que tan pronto están juntos y chocando uno con el otro como distanciados entre sí y a mucha diferencia de altura. Y sin embargo, con ser difícil y hasta espantable esta escena, es incomparablemente peor la que se desarrolla en el otro puente cerca de popa. Otra gabarra espera allí a los pasajeros, y para bajar a ella, en vez de la escalera real (creo que así llaman a la escala principal), tienden una simple escala de cuerdas con peldaños de estrecha madera que cae verticalmente de la borda del buque y se adapta por completo a la forma del barco. No sabré describir lo espantoso del salto de cada pasajero. Los hombres lo dan bastante bien con ayuda de los carolinos, que todos la necesitan. Bajan la escala que oscila terriblemente y quedan pendientes del último peldaño viendo a sus pies el abismo del mar. Como quedan de espaldas, no ven cuándo se acerca la gabarra y tienen que esperar a que los agarren de la cintura y echen al fondo de la barca como a un bulto cualquiera. Cada caída de éstas celebran los okinawas y carolinos con grandes risotadas, y en verdad que, a no ser por lo peligroso de la diversión, había bien para reír con las posturas en que quedan.

La descensión de las mujeres, algunas de ellas con sus niños amarrados a la espalda, es indescriptible: vi dos y me faltó valor para se-

guir mirando. Una de ellas, con el kimono bien ceñido, como ellas lo usan, y las sandalias sujetas tan sólo en el dedo gordo del pie, bajaba trabajosamente; en esto se acercó la gabarra dando un fuerte tumbo, y un fornido japonés que estaba de pie en el borde de la barca sin poder asirse a parte alguna, la cogió de la cintura con un solo brazo. Ella, que debía estar asustadísima, en vez de dejarse llevar, se aferró fuertemente a la cuerda que agarraba con ambas manos. El japonés, desesperado temiendo que la gabarra se alejase, la agarró con los dos brazos gritando para que se desprendiese de la escala. Con la fuerza del hombre, soltó ella uno de sus brazos en el preciso momento en que un golpe de mar se llevó la gabarra muy lejos dejándola colgada de una sola mano... ¡Qué grito de terror echamos nosotras viéndola en el aire, sin fuerzas para sostener su propio peso! Gracias a Dios se sostuvo, y exponiéndose mucho el japonés, logró salvarla dejándola en el fondo de la gabarra, desplomada y como muerta. ¡En cuanto se levantó palpó el intrincado promontorio de su peinado para ver si estaba incólume!...

Después de comentadas estas escenas, nos asustaba la perspectiva de un desembarque parecido. Pero ¿quién se resigna a pasar de largo por Saipán sin ver a las queridas Hermanas

que nos esperan ansiosas?... Imposible. Nos encomendamos fervorosamente a Nuestra Santísima Madre, a San José y a las almas del purgatorio y... al agua, patos. El señor Gobernador de Saipán pone a nuestra disposición el gasolinero del Gobierno; los jóvenes chamorros y carolinos que saben vamos a la misión y conocen a la M. M.ª Loreto, se nos acercan como diciéndonos que no tengamos miedo; que allí están ellos para llevarnos aunque sea en volandas. Efectivamente, se colocan unos en la escala y otros en el gasolino y con sumo respeto esperan el momento en que podemos saltar sin casi tocarnos. Ya estamos todas dentro, sanas y salvas, acompañadas del R. P. Fáber y tres señores japoneses muy finos y amables. Apenas echamos a andar, ponemos los ojos en el puerto que está a 20 minutos del barco y le vemos lleno de gente que nos aguarda. Todas buscamos entre el compacto grupo los blancos hábitos de nuestras queridas hermanas.

¡Cómo se humedecen los ojos y palpita fuerte el corazón cuando las vemos rodeadas de niñas, en el borde mismo del puerto! Querían venir al barco en nuestra busca, pero las han disuadido por lo peligroso del desembarque. Agazapadas en el gasolinero, queriendo asomar nuestras cabezas por debajo del toldo que nos preserva del terrible sol, oímos a una dis-

tancia como de cincuenta metros del muelle el eco dulcísimo de muchas voces cantando el himno Mercedario: "Celeste cual la Reina"... ¡El himno de María Redentora en una isla del Pacífico! Imposible contener las lágrimas; el corazón agradecido vuélvese al Señor para bendecirle por esta merced señalada de haberse escogido a lo más pobre, que somos nosotras, para una obra tan grande. El R. P. Fáber está conmovidísimo; es muy bueno este R. Padre; es verdadero Padre de las misiones y de las misioneras.

Atracamos y yo salto a tierra la primera; no veo nada porque al punto me estrechan los brazos de mis queridas hijas y no acertaría a decir más de aquellos felices momentos.

Luego nos vemos rodeadas del pueblo entero; niños, hombres, mujeres... Pasamos por medio de todos saludándolos con cariño. ¡Qué felices se consideran los que pueden acercársenos con el sombrero en la mano y decirnos una palabrita en español! Tienen rostros muy agradables, mirada viva y un gesto de candor que no lo he visto en parte alguna. Son chamorros, y entre las mujeres hay alguna carolina de las que asisten al colegio. Estas tienen las facciones más torpes, pero me gustan mucho. Vamos a la iglesia; allí, bajo dosel y en el presbiterio, nos aguarda el dulce Mons. Rego

que ha llegado antes. Se dirige al pueblo y les exhorta a bendecir a Dios Nuestro Señor por el beneficio que les ha hecho de traer a Saipán religiosas que miren por el bien de sus almas. Los niños cantan el "Corazón Santo" en chamorro; recibimos la bendición del Prelado y rodeadas de toda la gente nos dirigimos al convento de los PP. jesuítas. Saludamos brevemente a los RR. PP. de la Fuente y Gomucio y Hermanos Oroquieta, Arrondo, Unamuno y Mancera; de allí vamos al convento de las Madres que está muy cerca, y antes de entrar en la capilla, nos retratan con el Sr. Obispo en el patio de la casa.

Entramos en la capilla; Nuestra Santísima Madre, en un altarcito cuajado de flores blancas, vestida toda Ella de blanco también, mira con ternura de Madre a este grupo de hijas suyas, venidas de tan lejos para hacer conocer y amar a su bendito Hijo. Las alumnas del colegio, japonesas, chamorras y carolinas, cantan en gregoriano, que por cierto lo interpretan muy bien, el "Salutate María" y el "Magníficat"; ese canto de los humildes aprendido de labios de la Madre de Dios. Todas nos sentimos enternecidas; Nuestra Madre de Mercedes va a ser la Reina de todas las islas del Pacífico, y Ella, con su cetro poderoso, va a arrojar del archipiélago a los protestantes e idólatras.

Despedimos a esta bonísima gente; a mí me miran con los ojos muy abiertos y entre ellos dicen que soy la *Reina General*. Acompañadas del Ilmo. Sr. Obispo y del R. P. Fáber visitamos las dependencias del convento, recién construído, que está aún sin bendecir. La casa forma un ángulo recto; uno de los lados tendrá como veinte metros de largo por seis de ancho. En la planta baja hay una sola pieza dividida por biombos en tres partes, dos de las cuales sirven de clases y la tercera de capilla. En el piso superior hay cinco celdas muy espaciosas y una pequeña tribuna desde la que se ve el altar. La otra ala, algo más corta, tiene en la planta baja el recibidor y en el piso el refectorio con galería abierta al patio. La cocina, despensa, etc., están detrás del comedor. Quedamos muy bien impresionadas.

NOVIEMBRE 3 (sábado).—Paso la mañana conferenciando con unas y con otras. A las tres de la tarde se anuncia una veladita *sui géneris* que me deja encantada; asisten también Monseñor Rego y su inseparable secretario. Una chamorra talludita me saluda en castellano dándonos la bienvenida en nombre de todas; sigue una carolina diciendo lo mismo en su lengua nativa, y a continuación, un grupo de niños, alumnos de la clase de música, cantaron muy lindamente dirigiéndose a Lola para agra-

decerle su visita a las islas. El número más simpático fué el siguiente: salió un grupo de niñas muy pequeñas como de dos o cuatro años, seguidas de otras mayorcitas; cada una me decía un versito y presentaba un regalo; piñas, bananas, diversos frutos de Saipán y hasta un pollito y un pato tiernecito en cestillas especiales hechas con hojas de palmera entrelazadas. La sinceridad de sus palabras y aquellos ojos cándidos, a los que se asomaban unas almas del todo inocentes, me robaron el corazón. Más de una vez tuve que tragar las lágrimas que asomaban a mis ojos. ¡Felicísimo fué para mí el primer día pasado en Saipán!

Caído ya el sol, fuimos de paseo por el barrio de los pobres carolinos. Viven en chocillas miserables, con techo de nipa. Al vernos pasar, se alegran; nos saludan respetuosos y se esconden para que no veamos de cerca su falta de vestido. Las madres mandan retirarse a los chiquitines que juegan descuidadamente del todo desnudos. Parecen figurillas de bronce con la tez completamente tostada y unos ojos negrísimos llenos de expresión. A nuestro lado pasa un joven carolino que no ha tenido tiempo de retirarse; quiere saludarnos, y al decir *bue-nas-no-ches*, con el regocijo más infantil del mundo, echa mano a la cabeza, y a falta de som-

brero, se quita una corona de hojas que lleva puesta...

NOVIEMBRE 4 (domingo).—Salimos de casa para ir a misa de seis. No podrán figurarse en España la animación religiosa que hay aquí los días de fiesta. Mucho antes de la hora, los alrededores de la iglesia están llenos de gente que sostienen conversación en animados grupos. Los hombres chamorros visten de blanco con sombrero redondo de paja; las mujeres y las niñas visten el traje típico chamorro que es graciosísimo, sobre todo en las pequeñinas. Entre ellas y sus mamás no hay más diferencia que el tamaño de los cuerpecitos; el traje es exactamente el mismo: una especie de camiseta blanca con ancho bordado y de mucho escote; por los hombros una brida bordada también y los brazos descubiertos. Sobre esta camiseta viene el traje de gasa color crema; una gasa muy transparente y como si fuera almidonada, que forma en lo alto del brazo un gran bullón que antiguamente se decía *manga de farol*. La falda de seda blanca o de tela rameada, con muy chillones colores, se la colocan muy alta, debajo del pecho, y les llega hasta los pies en forma sesgada. Por detrás tiene forma de cola, aunque ordinariamente la llevan prendida a un costado. Es de lo más curioso ver a las pequeñuelas con estos trajes, con su faldita hasta el

suelo y la cola recogidita hacia el muslo. Además, si les ha crecido el pelo, se lo peinan bien tirante y lo recogen en un moñito en lo alto de la cabeza. Son muy aficionados a colores vistosos, azul, rosa, etc., y por eso la entrada y salida de la iglesia con aquel conjunto abigarrado de tonos y aquel sol espléndido, es un cuadro precioso; un derroche de luz y de vida que embriaga y sugestiona y hace simpático aquel pueblo del todo cristiano en el que Dios ha derramado con mano pródiga las más bellas galas de la naturaleza.

¿Y la Misa?... ¡Qué escalofrío sentí en todo el cuerpo cuando aquellas voces frescas, viriles, potentes, comenzaron sus hermosos cánticos! Casi todos ellos se reducen a unas cuantas profesiones de fe. Comienzan diciendo que son y serán siempre católicos hasta morir. Es un coro precioso, a una sola voz; pero después lo van ellos armonizando con ese instinto músico exclusivo de estas islas, a dos, tres y hasta cuatro voces... Y la iglesia, capaz para más de seiscientas personas, completamente llena, retumba con el estruendo de las voces parecido al estrépito de las olas del mar que los rodea y envuelve. Cantan en chamorro porque todos los asistentes son chamorros, pero se entiende fácilmente lo que dicen: prosiguen afirmando que serán obedientes al Papa y lo repiten una

y otra vez. Ultimamente alaban la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen y ofrecen defenderla hasta morir. ¿No es esto altamente tierno y conmovedor?... Del fondo del Sagrario bendito se me figuraba ver los ojos de Jesús cariñosos y complacidos, gozándose en el fervor candoroso de estas benditas gentes que le aman de veras y no se cansan de alabarle horas y más horas. La Comunión fué nutridísima. A las nueve asistimos a la Misa de los carolinos que estaban de lo más elegantes, bien vestidos y calzados. Nadie diría que son los mismos que ayer nos saludaban quitándose la corona de la cabeza...

Aprovechando la estancia del Ilmo. señor Obispo, le invitamos para bendecir la casa. Bendíjola con toda solemnidad, y al llegar a la capilla, sentado junto a la imagen de Nuestra Santísima Madre, nos dirigió una plática preciosa sobre la vida misionera, aludiendo a aquello que el Salmista dice repetidas veces: *Laetentur insulae multae.*

Terminada la plática, se nombró Superiora de la casa a la M. M.ª Pilar, y las otras Madres, de rodillas, le prestaron la obediencia. Terminado este acto sencillo y grande, nos reunimos en el refectorio y celebramos el nombramiento con una merienda que podíamos llamarla espléndida, teniendo en cuenta que esta-

mos en la pobre misión de Saipán. El señor Obispo brindó por la nueva Superiora, paisana suya, y hasta hubo una composición gallega que el Sr. Obispo apropió a las circunstancias del día. Al anochecer hicimos una pequeña excursión por el monte.

NOVIEMBRE 5 (lunes).—Comemos media hora antes para estar dispuestas a embarcar a tiempo. Visitamos a Jesús Sacramentado y vamos camino del puerto. Nos acompañan el R. P. Gomucio y los Hermanos de la residencia. El R. P. de la Fuente no puede venir; está enfermo.

Nuestras hermanas querían llegarse hasta dejarnos en el "Yawata"; pero no hay sitio en el gasolinero del Gobierno y se quedan con el R. P. Fáber para venir en una gabarra: a nosotras nos acompañan el Ilmo. Sr. Obispo y el Hermano Mancera que prosigue el viaje hasta Truk. La mar está tranquila, y embarcamos sin sobresaltos muy fácilmente. A poco llegan los saipaneses y apenas tenemos tiempo de cambiar impresiones; el Sr. Gobernador de la isla ofrece su gasolinero y es un deber de cortesía el aceptarlo al punto; por eso nos despedimos brevemente y casi es mejor porque se sufre menos. Yo las dejo con un "hasta luego" consolador para ellas y sobre todo para mí. A eso de las tres de la tarde echamos a andar ba-

jo un cielo sereno y sobre la mar tranquila; así continuamos el 6 y el 7.

NOVIEMBRE 8 (jueves).—En cuanto nos levantamos, se ve tierra: islitas microscópicas correspondientes al archipiélago de Truk adornan esta parte del Pacífico. Todas ellas son de mucha vegetación, sin playa de arena ni partes rocosas. Los cocoteros, los arbustos, parece que arraigan en el mismo mar; es curiosísimo y causa verdadera admiración ver festoneada la costa de las islas de verde ondulado que desde lejos se asemeja mucho al musgo y hace el efecto de estar recién arreglado por manos de un experto jardinero. Visto de cerca, es un arbusto ancho que crece en el mar y enseña sus troncos a flor de agua; creo que los naturales le llaman *chía*. Según nos vamos acercando a Toloas nos llama la atención un reflejo momentáneo, muchas veces repetido, que vemos en varios puntos de la costa. Son señales que los indios hacen a amigos suyos que vienen en el barco y significan saludos de bienvenida y aun noticias que se dan con signos convencionales. También los cristianos de la misión hacen las suyas al Ilustrísimo Sr. Obispo. La mañana se presenta espléndida. La bahía natural que forma la isla es parecida a la de las islas Bonín; el mar se trasforma en un lago apacible y, al anclar el barco, va llenándose la bahía de barcos de vela, no gran-

des, azules y blancos, con sus velas bien hinchadas que rodean al "Yawata" cual si fueran gaviotas. Uno viene muy de prisa; es el "María", el barco de la misión que quiere llevarse al Ilmo. Sr. Obispo, Padre tierno de los indios, y de ellos muy amado también. Se acerca mucho al "Yawata"; los tripulantes, que han visto en el puente a su Ilustrísima, van a saludarle desde su embarcación con el "Iñeiti Iesus Christus" (Alabado sea Jesucristo).

Lo hacen todos a un tiempo, quitándose los sombreros y levantándolos en alto con un cariño y una veneración sin igual. Al mismo tiempo izan la bandera pontificia, resultando una escena de lo más conmovedora.

Al poco tiempo suben a bordo el R. P. Pons, Superior de la misión, y los RR. PP. Suárez y Hernández, acompañados de un grupo de indios que besan el anillo pastoral. Luego se nos acercan muy conmovidos, y el mayor, Pedro, nos dice en nombre de todos, que son muy felices porque han podido ver a las Madres que vienen de tan lejos, y que nos piden que vengamos también a Truk... Habla en la lengua del país y nos lo traduce el R. P. Superior. Al terminar, tiene sus grandes ojos llenos de lágrimas y repite, sollozando, que él es hoy muy feliz. ¡Oh, qué gente tan merecedora de conocer a Jesús, al Amigo de los pobres, de los sen-

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES DE ESTUDIOS HISTÓR

cillos y olvidados! El corazón nuestro, ruín y todo, se va a ellos con ímpetu, queriendo amarlos con amor de caridad y favorecerles en lo posible.

Los ágiles remeros se llevan gozosos al señor Obispo y a los Padres; después vuelven por nosotras, disputándose el honor de conducirnos cada cual en su lancha. El día es caluroso en extremo; el bote despide fuego y los rayos del sol reverberan en las tranquilas aguas con vivos destellos que ciegan los ojos. Nos esperan los Padres en el desembarcadero; con ellos están varios indios que quieren conocernos, entre ellos el rey de Truk, convertido poco hace al catolicismo. Vamos a la casa del Sr. Obispo seguidas de la gnte sencilla que no se aparta de nosotras. La residencia está en un alto, bien situada, pero no puede ser más pobrecita... Nos reunimos en el recibidor el Ilmo. Sr. Obispo y los RR. PP. Superior, Fáber, Suárez y Hernández: se habla de España, de los bienhechores de la misión, de los progresos de ésta y de muchas cosas concernientes a la misma en un tono del todo familiar. Invitamos a Monseñor Rego a tocar algo en el violín y él accede con sencilla complacencia. ¡Qué bien lo hace!

Salimos a recorrer la isla que tiene poco que ver. En el camino se nos agregan varias indias, y sabemos de una de ellas, ya anciana, que vi-

no de otra isla bastante lejana en busca de medicinas para su marido y, al saber que íbamos a llegar, se quedó esperándonos tres o cuatro días... ¡Buena espera para su marido enfermo! Esto es en ellos muy corriente.

Vamos a la iglesia y rezamos el santo rosario con el pueblo; terminado, el R. P. Superior les habla de nosotras, de dónde venimos, a dónde y a qué vamos, y les dice que quién sabe si dentro de unos años cabrá a Truk la misma suerte que a Saipán y a Ponapé. Para lograrlo rezan tres Ave-Marías a la Sma. Virgen con muchas voces y entusiasmo. Nos retratan en medio de los fieles, y partimos en la lancha de la misión. ¡Adiós, Truk, bella y pobrecita isla que tienes por misionero al humilde y sacrificado Sr. Obispo! ¡Dichosa tú si aprecias en lo que vale a tan santo y solícito Pastor!

DESDE EL JARDIN DEL PACIFICO

Muy reverendo y apreciado Padre en Cristo: ya estamos en Ponapé, en la isla de sus ensueños de la que tanto y tan larga y deliciosamente hablamos en el locutorio de Bérriz. Llegamos el domingo, 11 de Noviembre, a eso de las ocho de la mañana; pero para cuando se llenaron las formalidades policíacas y bajamos a la lancha de la misión eran las nueve y media.

La travesía desde Yokohama a Ponapé duró diez y nueve largos días y quiso Dios que experimentásemos en ellos algo de las furias del Pacífico. Púsose este señor muy feo y muy bravo; las olas barrían hasta los más altos puentes y no hubo más remedio que refugiarse durante tres días. Pasados éstos, salimos al mar creyendo que el temporal había amainado; pero la cosa fué de mal en peor y como nadie sabía lo que aquello podría durar, se nos tasó la

comida, sirviéndonos un solo plato de... *sandwichs*, decían ellos. Poco tenían de *sandwichs* aquellas rebanadas de seco pan con una sombra de mantequilla y un tropiezo dentro que no era jamón ni era carne. Pero hubo que apechugar con ello a falta de cosa mejor y de mí puedo decirle que lo hice a conciencia, previniéndome contra posibles hambres que quizá sobrevendrían. No fué así; un poco antes de entrar en Saipán se calmaron las aguas, y contra todas las previsiones del capitán que días antes daba por imposible el desembarque, saltamos a tierra no sin graves dificultades y sustos. Ya V. R. nos había dicho repetidas veces lo difícil que es desembarcar en Saipán cuando el mar está agitado; pero nunca me imaginé que pudieran darse tales escenas. Le aseguro que no me olvidaré de ellas mientras viva.

En Saipán descansamos tres días al lado de nuestras queridas Hermanas; llegamos a tiempo para la inauguración de la nueva Casa y quedé encantada de la entusiasta acogida que el pueblo nos hizo, así como de la piedad que allí se respira, fruto, sin duda, del celo y trabajos del Revdo. Padre Dionisio de la Fuente, benemérito misionero de aquella isla.

Con muy buena mar fuimos de Saipán a Truk en tres días escasos. Visitamos la Ca-

sa de la Misión y tuvimos un rato de amena charla con el Ilmo. Sr. Obispo, compañero nuestro de viaje desde Tokio, y los Revdos. Padres Pons (Superior), Suárez y Hernández y los Hermanos Mancera, Martín y Casasayas. ¡Qué pobrecita la casa del Sr. Obispo, y la iglesia, y todo!... Poco sabemos ahí de la espléndida pobreza en que viven los misioneros de Carolinas; ellos, en cambio, están bien abrazados con esta evangélica virtud, pendientes de la amorosa providencia con que Dios nuestro Señor mira por sus operarios. ¡Cuánto nos han edificado!

De Truk a Ponapé tardamos 36 horas que se nos hicieron largas por el ansia con que todas deseábamos vernos aquí. ¡Hubiera usted visto, Revdo. Padre, el gozo con que saludamos al negro peñón que avanza en el mar a la entrada de la isla!

Nos lo había V. R. descrito muchas veces lo mismo que el maravilloso arrecife de corales; las menudas islitas que parecen mullidas alfombras tendidas en el mar y todas las preciosidades con que la naturaleza ha enriquecido esta pequeña porción de tierra y... se lo voy a decir: al oirle, pensé más de una vez que su estilo poético, y sobre todo, el intenso cariño que usted guarda a su querido Ponapé, le obligaban a pintar sus cuadros con colores demasiado atracti-

vos y risueños, y que al vernos ante la realidad sufriríamos una decepción. ¡Cuán al contrario ha sucedido! Esto es un verdadero jardín que cualquiera creería cultivado por hábiles manos. ¡Qué hermosa vegetación; qué fantástico paisaje a cualquier sitio que uno vuelva los ojos!

Llegamos al puerto y aquello era un hormiguero de indios que nos esperaban cantando afinadísimamente. Al verlos y oirlos se me hizo un nudo en la garganta, y la emoción, que ya desde lejos era grande, crecía por momentos. Hubiera querido abrazarlos a todos uno a uno... Figúrese, Revdo. Padre, que para recibirnos vinieron muchos desde las más lejanas islas, y como nuestra llegada se retrasó por el temporal, hubieron de dormir algunas noches bajo un mal tejado. ¡Sabe Dios lo que los pobrecillos comerían!

Apenas pisamos tierra, el pueblo abrió calle, y una señora belga a quien V. R. conoce, Mme. Estreit, me ofreció un hermoso ramo de flores dándonos la bienvenida. Los indios seguían cantando; muchos de ellos, a nuestro paso, con los ojos llenos de lágrimas, se arrodillaban... Yo quería decirles algo y como no sabía otra cosa les saludaba con el *kachelelia* que ellos repetían gozosísimos enseñando sus blancos dientes...

Subimos una calle empinada, y doblando la

plaza, quedamos frente a la iglesia, que es de veras hermosa y más bien parece una catedral. Es, sin duda, mucho mejor que la de Saipán y no puede compararse con la modestísima de Truk.

El pueblo nos esperaba para oír la Misa que fué celebrada por el Revdo. Padre Fáber. Antes, el Revdo. Padre Superior (Pons) sirviéndole de intérprete el Padre Berganza, habló a los sencillos indios explicándoles el fin con que veníamos y lo obligados que ellos quedaban a bendecir a Dios por este beneficio. La iglesia rebosaba de gente y hasta los protestantes fueron a Misa atraídos por la curiosidad... ¡Oh Padre, qué hermosos cánticos durante el santo Sacrificio! Cantaban a cuatro voces sin acompañamiento de harmonio con tal afinación y gusto, que aquel grupo de cantores parecía un verdadero orfeón.

Terminada la misa, se expuso el Santísimo Sacramento y cantaron el Te Deum. Salimos de la iglesia en dirección a la casa provisional de las Madres que es la que antiguamente sirvió de residencia al Sr. Obispo. Nos seguía todo el pueblo. Al verle venir, el R. P. Superior me invitó a decirles, desde el balcón, cuatro palabras que el R. P. Berganza traduciría en ponapé. Imagínese, R. Padre, aquel cuadro: en el balconcito de la casa, las Madres con el Padre

misionero; debajo, a la sombra de los tupidos árboles que casi cierran el horizonte por aquel lado, los ponapenses vestidos con sus trajes domingueros, fijos los ojos en el balcón, en cuclillas unos y los más en pie, aguantando el horrible calor del mediodía, pero con el gozo y ansiedad pintados en sus rostros Les dije muy pocas cosas pero muy salidas del corazón: que agradecíamos en el alma el recibimiento cariñoso que nos hacían que veníamos muy contentas desde España para consagrarnos a ellos, para ser madres de todos y para ayudarles a ir al cielo y que al volver a mi país diría que en estas islas apartadas hay muy buenos y nobles corazones que aman a Dios de todas veras... Acaso les diría algo más; no me acuerdo; eran demasiado fuertes las impresiones recibidas y apenas podía coordinar ideas.

Por la tarde tuve el gusto de conocer y saludar al bonísimo Domingo, el gran amigo de V. R. De veras que es bueno y sencillo y le guarda una ley al Padre Luis, que de seguro si V. R. le oye se le saltan las lágrimas de alegría. En su castellano *sui géneris* nos dijo que él quería ser servidor de las Madres, que le pidamos cualquier servicio y que todos los días ruega a Dios para que vuelva usted a la isla donde tanto se le quiere. El pobrecito desea escribirle, pero nos dijo, después de dar mil

vueltas al sombrero que traía en las manos, que no le escribe porque no sabe el tratamiento que hay que dar a usted... Yo le quité los escrúpulos y espero llevarme a España una carta suya que usted apreciará seguramente más que la del mayor magnate.

Desde esta primera visita trajo regalos: piñas, bananas, huevos, etc. Al día siguiente volvió con su mujer; una buena moza de agradable tipo y cara muy expresiva, ataviada con un traje de color de rosa que es todo lo que hay que ver.

Elisabeth no sabe castellano; nos entendimos con la mímica y valiéndonos de su marido como intérprete. Trajo nueve grandes cangrejos pescados por ella misma en el *mangle;* con dos de ellos tuvimos para una opípara cena de ¡siete personas!... Bien ganado tiene la buena Elisabeth el nombre con que en Bérriz la conocíamos: "Isabel la de los cangrejos".

También ha pasado por aquí Donato el filipino con dos de sus hijos y Sofía, su mujer. Ella trajo un gallo para las Madres y el mayorcito de los niños un racimo de bananas. Quisimos hacerles descansar en el recibidor, pero el bendito Donato no quería sentarse por miedo a manchar las sillas. Así nos lo dijo con toda la candidez de su alma buena; por fin se sentaron y hablamos despacio; él, a su modo, nos dió a

entender que no sabía decirnos cuánto era su agradecimiento por nuestra venida y que nunca nos pagarán los naturales el sacrificio que hemos hecho de nuestras vidas para bien de sus almas Esto del sacrificio de nuestras vidas nos lo dijo textualmente bajando mucho la cabeza y dejando correr dos lagrimones que revelaban la grandeza de su alma hermosísima. Dspués hablamos del Padre Luis y aquí fué el brillar de los ojos de Donato y Sofía y el decirnos que tenían preparado un retrato para V. R. y que hiciera yo el favor de traérselo porque eso de mandarlo por correo les parecía muy aventurado. ¡¡Con tantos mares como había de cruzar!!

Hemos llegado a Ponapé en tan buena coyuntura que por razón de las fiestas que los japoneses celebran por la coronación del Emperador, han tenido los indios sus danzas típicas y las han hecho con desusada solemnidad. Las celebraron en la gran plaza que V. R. conoce, delante del Gobernador de la isla y de los reyes de Kiti, Metalanim y U, y de innumerables indios y japoneses. A manera de tribuna levantaron una especie de barraca con techo de nipa; allí se colocó la gente principal y allí, junto al rey de Kiti, nos hizo sitio el *swanji* o primer ministro de Kiti. Salieron a bailar por orden las cuadrillas de los cinco reinos, to-

das muy numerosas, de ochenta o más indios a la vez. En una de ellas tomaban parte ciento veinte y danzaron con verdadera maestría. ¡Había que ver aquellos hombres fornidos con sus trajes en forma de saya corta, hecha con la guía de la palmera del coco y teñida en colores diversos, pálidos unos y de un solferino fuerte los más! En la cabeza una corona del tono de la saya y alrededor del cuello largos y bonitos collares de piedrecillas extrañas.

Yo traté de filmar una de las danzas; ellos se dieron cuenta y se les conocía lo contentos que estaban. Al terminarla, se me acercó uno de los principales con una lanza en la mano y me la ofreció en señal de agradecimiento; otras dos presentaron después a los Revdos. Padres Berganza y Fáber que estaban cerca de nosotras.

Las danzas, acompañadas de un canto lúgubre, tienen sabor muy guerrero y se conoce son de tiempos antiquísimos: a mí me gustaron extraordinariamente. Por la tarde de este mismo día vinieron a casa varios indios acompañados de Carmen, su antigua catequista, y me ofrecieron dos sayas de las que luciron en el baile, un sombrero de los que ellos fabrican y dos pollitos... Uno de los indios era Melchor, el ayudante de Misa del Padre Luis, que ahora es un mozo de lo más gallardo con ojos de ino-

cencia y candor. Habla un poco de español y me encargó saludara a V. R. Por supuesto, Carmen y sus amigos me dijeron lo mismo con grande encarecimiento.

A Carmen y a las otras mujeres que con ella venían les di unos grandes cuadros de la Sma. Virgen que traje de España; tenían colores vivos y les gustaron mucho. A los indios se me ocurrió ofrecerles unas filarmónicas de esas que ahí cuestan dos o tres reales y, al verlas, hasta los viejos se abalanzaron a ellas y marcharon por el bosque tocando todos a la vez y riendo con estrépito como verdaderos niños.

Las Madres que aquí quedan se trasladarán a la otra casa el próximo Enero. Van a vivir en el que fué convento de las Madres alemanas, pero están reformándole mucho: alrededor de la casa, a la que han añadido varias dependencias, han puesto una galería espaciosa que la transforma por completo. Desde ella se disfruta el panorama espléndido de los cocoteros y de la vista del mar. En edificio aparte, que también perteneció a las religiosas alemanas, está el Colegio y, a dos pasos del convento, lo que fué, y también ahora será, internado de las niñas.

La finca es grande: llega hasta el mar y habrá sitio abundante para criar gallinas, ca-

britos y conejos. Tienen la iglesia muy cerca y con Jesús por vecino, Consejero y Guía..., no sé qué puede faltar aquí.

Cuando se trasladen a la casa, es decir, con el año nuevo, comenzarán su apostolado que espero en Dios será de mucho fruto. Alégrese, Revdo. Padre; las niñitas de Ponapé sabrán de amor maternal dentro de poco tiempo: ya se nos acercan cariñosas y dan grandes rodeos por pasar junto a nosotras como si adivinaran lo mucho que las amamos y el deseo que sentimos de hacerlas buenas cristianas. Para comenzar a aprender el ponapé hemos traído a casa dos muchachitas de trece y catorce años respectivamente. Se llaman Ana y Catalina; la primera es la hija de su buen criado Luis; parece muy dulce, muy buena y es amiga de toda piedad. Catalina es más revoltosa; habla por los codos y no sabe estarse quieta. Es sobrina de la anciana Carmen que tantos servicios prestó a V. R. y a la Misión.

De aquí a cuatro días vendrá de Marshall el "Yawata-Maru" que llevará esta carta. Yo también me embarcaré en él para Saipán dejando con pena este trocito de cielo que tan gratos recuerdos ha impreso en mi alma.

Pida usted a Dios que bendiga a las Madres que aquí quedan y les aumente el deseo que tienen de consagrarse de lleno a las niñas pona-

penses; que su ejemplo, sus palabras y toda su acción sirva para formar en las almas de los indios la vida misma de Cristo Señor nuestro por cuyo amor aquí han venido. Ruegue también por su afma.

... ...

Unos días después, antes de abandonar a Ponopé, acompañadas del Revdo. Padre Berganza, dimos un paseo en lancha dentro de las rompientes. Llevábamos el deseo de ver, en un lugar determinado de poca profundidad, cómo se forman los corales. La tarde era muy calurosa, con un sol abrasador que hacía sudar copiosamente dentro de casa; salimos a las dos y media con los cascos coloniales y paraguas para mayor prevención.

La lancha de la misión se balanceaba en el pequeño desembarcadero que hay junto a la sierra mecánica, y cinco carolinos vestidos con pantalón y camiseta, nos aguardan sonrientes. Como apenas hay fondo, no hacen uso de los remos; sale la lancha empujada por los largos varales que ellos usan en todos los bajos y nos llevan costeando la isla que está preciosamente festoneada de mangle. A veces, sus ramas forman arcos naturales; graciosas cuevas que sirven de abrigo a las vintas, o mejor dicho, de resguardo contra los rayos del sol. Hay algunas chocitas de pescadores en la misma orilla.

Estamos en medio de la magnífica bahía: corre un viento agradable que amengua el terrible calor, pero nos hace temer que descomponga nuestros planes. Para ver los corales, tiene que estar el mar muy en calma; cuando el viento riza su superficie no es posible ver el lecho en que nacen y crecen como plantas marítimas que el salitre petrifica... Los remeros bogan con empuje hacia una isla pequeña que queda frente a Ponapé; de pronto dejan los remos y hacen señales para que miremos al fondo del mar que aparece a nuestra vista realmente maravilloso. Las aguas, del todo tranquilas, dejan ver con trasparencia limpidísima, a una profundidad de cuatro o seis metros, un verdadero jardín de plantas y flores nunca vistas: allí una especie de arbusto con grueso tronco del que arrancan ramas delgadas y finas de un color lechoso; más lejos una especie de rosa de tamaño natural que tiene por pétalos rositas pequeñas de color anaranjado... A nuestros pies grandes piedras redondas con una concavidad en el centro, de las que brotan, como plantas de un macetero, corales bellísimos que nos arrancan gritos de admiración.

Los indios, de pie en la lancha, buscan algo que nosotras no vemos... De repente, se ponen dos de ellos unas gafas de buzos y, vestidos como están, se lanzan con la rapidez de una saeta

cada uno a un punto determinado. Gran susto para nosotras que no nos prometíamos tal espectáculo... Yo no sé el tiempo que los vemos dentro del agua sin apenas moverse, rectos, de cara al fondo, escogiendo entre unos y otros corales como si estuvieran en tierra... Luego salen jadeantes y se acercan a la lancha trayendo en la mano, victoriosos, cada uno un precioso coral. Y vuelta a sumergirse más lejos y en sitios más profundos para arrancar de una y otra parte los ejemplares que ellos conocen más raros y escogidos. ¡Cómo gozan cuando ven nuestros ojos de admiración y con qué gusto se echan de nuevo al mar! Así continúan largo rato sin atender a nuestras repetidas instancias de que no se cansen porque ya tenemos más piedras de las que podemos llevar. Por fin empuñan los remos y empapados en agua como están, nos ofrecen llevarnos a un criadero de tortugas propiedad de un japonés. Está a corta distancia, y pasamos un buen trecho de mar metiéndose la embarcación por entre el mangle, que a veces forma una especie de túnel abovedado.

Los tortugas están encerradas en un como lago natural formado por el mangle y rodeado por una empalizada. A ella se acerca nuestra lancha, pero nada vemos. Los pescadores de corales se arrojan al lago por cima de la empa-

lizada y llegan al extremo opuesto del sitio que nosotras ocupamos. Desde allí bracean y agitan las aguas con el fin de asustar a las tortugas y obligarlas a pasar junto a nosotras. En efecto: una masa enorme, de color oscuro, que bien puede tener tres metros de larga, cruza muy ligera delante de nosotras. Se ven claramente sus patas delanteras moviéndose para nadar; tras la primera vienen otras que parecen monstruos marinos, verdaderos gigantes de mar, de increíbles dimensiones.

A la vuelta recorremos el mismo camino y cogemos, es decir, cogen los indios una preciosa estrella de mar de color azul eléctrico. Volvemos en silencio mirando al fondo de aquellas aguas transparentes que encierran tesoros de la sabiduría, poder y bondad de Dios Nuestro Señor.

La tarde apacible; el cuadro que tenemos delante del mar sereno y limpio con aquel fondo esmeralda de montañas y cocoteros, el silencio profundo que nos envuelve solamente turbado por el ruido de los remos al hendir las aguas, se presta a levantar el corazón a Dios y a amarle por ser tan bueno en medio de su grandeza.

Un viernes 30 de Noviembre dejamos la encantadora isla de Ponapé. Despedimos al Señor en la Iglesia y precedidas de niños y niñas

vamos al puerto. Los RR. PP. Pons y Fáber viajarán con nosotras hasta Saipán; también vienen hasta el barco el R. P. Berganza, Hermano Gojénola y Ariceta y las cuatro fundadoras de la Misión que querían estar con nosotras hasta el último momento.

El Sr. Gobernador nos ofrece la gasolinera del Gobierno y en ella vinimos las seis religiosas, Lola mi hermana y el R. P. Fáber, más un matrimonio japonés con dos niños. El señor Gobernador, por cedernos todos los asientos, vino en pie junto al motor. Más de media hora empleó la lancha en salvar la distancia que hay del puerto al sitio donde descansa el "Yawata-Maru". Fué media hora triste en la que todas hablábamos forzadamente por ir embarazados nuestros ánimos con el pensamiento de la separación. Aunque el R. P. Fáber procura alegrarnos con sus ocurrencias graciosas inagotables, no lo consigue.

Ya estamos al pie de la escala del barco; saltamos del gasolinero por este orden: Reverendo Padre Fáber, M. M.ª Belén, Lola, M.ª Loreto, M. Concepción y yo. Faltaba la única que era la M. M.ª Dolores y, apenas pisé la segunda grada de la escala, sentí el ruido de un cuerpo que caía al agua; al mismo tiempo me dijo la M. Concepción: "Madre, Sor M.ª Dolores ha caído al mar". Me volví rápi-

damente y ya no se la veía; se fué al fondo, que era profundo...

Un carolino que venía en la lancha remolcada por el gasolinero se echó a cogerla; era un católico de Ponapé, un hombre como de cuarenta años, bien vestido y con ancho sombrero de paja. Salió al instante y traía agarrada con un brazo por la cintura a nuestra Sor M.ª Dolores. Esta tenía el rostro cubierto con el velo que se le había vuelto y no veía nada; por esto se asía fuertemente del cuello del indio y le impedía los movimientos; por lo que el indio, angustiado, no pudiendo desembarazarse libremente, empezó a sumergirse con ella en brazos. Yo, desatinada, bajé los dos peldaños que había subido; pero Sor Concepción me obligó a quitar los ojos de aquella escena en el preciso momento en que otro carolino se echó a ayudar al anterior. Ya no vi más: los oficiales y marineros bajaban la escala precipitadamente, sin hablar una palabra, con el espanto y el respeto pintados en sus rostros.

Todo pasó en brevísimo tiempo; fué una escena muda en la que no se oyó una voz ni un grito. Yo subía la escala trabajosamente; sentía que me faltaba la vida y creí desvanecerme, pero me repuse hasta llegar a la *cabina*. La *náufraga* llegaba al mismo tiempo por su propio pie, muy animosa y asegurándonos que no

se había asustado. Dice que al caer, lo único que pensó fué que la salvarían en seguida. El caso es que salió del baño sin soltar el paraguas y el abanico que debía llevar bien agarrados... La mudamos por completo. Yo no podía convencerme de que no estuviese herida, porque cuando la sacaban, me pareció ver grandes manchas rojas en la cabeza y en los brazos. Afortunadamente eran manchas de pintura que recogió al subirse al gasolino.

Estaba anunciada la salida del "Yawata" a los diez minutos, pero el Sr. Gobernador vino a decirnos que aguardarían el tiempo que quisiéramos. Agradecí mucho esta delicadeza en momentos tan críticos; esperamos a que todas estuviéramos repuestas del susto; nos despedimos sin casi darnos cuenta de que era el adiós postrero, y atentas sólo a que desembarcaran felizmente, y contentas nosotras de verlas dentro del gasolino, y ellas de nuestra tranquilidad, las vimos alejarse riendo, hasta que el gasolino se fué haciendo pequeño y desapareció de nuestra vista. El "Yawata" navegaba ya a toda marcha y la bella isla de Ponapé iba esfumándose poco a poco, perdiendo detalles y apareciendo al fin como una mancha en el horizonte; una nube más de las muchas que en el azul del cielo vagaban errantes en aquel día de tan fuertes emociones. Era el día de San

Andrés, del apóstol amante de la cruz...

Llegamos a Truk el 2 de Diciembre muy de mañana. Antes de las ocho ya entraba en nuestro barco el H. Mancera con órdenes del señor Obispo para que desembarcáramos y fuéramos a comer a Fefan. Es esta una isla del archipiélago de Truk, donde estuvo de misionero el R. P. Superior y más tarde el R. P. Fáber. Una de las bromas que más han amenizado nuestro viaje ha sido la futura fundación en Fefan para donde fué nombrada Superiora Lola. Mucho hablamos también de la belleza fantástica de la isla, que es, según el P. Fáber, un segundo Paraíso, y la necesidad de visitarla para determinar el lugar que ha de ocupar la Casa, etc. Preguntamos por la salida del barco y, al saber que quedaba anclado hasta el día siguiente por la tarde, se aceptó con aclamaciones de alegría la invitación del Sr. Obispo y bajamos a la lancha de la misión.

Esta fué la primera vez qne no rehusé la mano que me ofrecía un robusto marinero... El miedo guarda la viña.

La lancha iba tripulada por cinco remeros de Morlok, del mismo Lukunor, donde tanto nos desean misionero y nativos: son jóvenes, fuertes, de tez bronceada casi negra y movimientos agilísimos. Hablamos con ellos a nuestro modo del P. Espinal, de Asunción y Edeltrudis, nues-

tras corresponsales, y nos entendimos muy bien. Visitamos a Jesús Sacramentado en la pequeña iglesia de Toloas y fuimos después a casa del Sr. Obispo. ¡Teníamos unas ganas de ver a este Padre bueno, imagen del buen Pastor...! Nos esperaba en lo alto de la escalera de su casa con los ojos centelleantes encendidos de alegría, y, al vernos llegar, extendió los brazos diciendo: "¡Bien venidas, RR. Madres!"

Besamos su anillo, y para todos tuvo palabras de espiritual cariño, mientras hacía que nos sirvieran un refresco. Renovóse la broma relativa a Fefan y trájonos un cestillo de bananas para el camino. No había tiempo que perder: nos despedimos hasta el día siguiente en el que prometió venir a vernos al barco, y fuimos camino del puerto. Allí nos esperaban los cinco morlenses que, al vernos de lejos, dieron un brinco y en un abrir y cerrar de ojos empuñaron los remos. Daba gusto verlos bogar con aquella uniformidad y alegría. Poco a poco sus rostros atezados iban cubriéndose de sudor, pero ellos no reparaban más que en nosotras; si reíamos, reían ellos, y a cada pregunta nuestra, sobre el nombre de las islas, etc., contestaban triunfantes extendiendo el brazo todos a la vez. Los excursionistas éramos: el R. Padre Fáber, que traía un humor envidiable, Lola, M. M.ª Loreto y yo.

Dos horas largas tardamos en llegar a Fefan, pero ¡qué trayecto tan precioso el que recorremos! Una fresca brisa acaricia nuestros rostros, rizando al paso levemente las aguas; a los dos lados de la lancha vamos dejando atrás Toloas, por la derecha, con su bonita ribera de cocoteros altísimos y toda su vegetación exuberante que no deja un palmo de terreno sin árboles, sin plantas o maleza.

A la izquierda otra islita menos poblada, con la misma riqueza de flora tropical y el precioso festón de mangle orillándola primorosamente.

Llevamos navegando más de hora y media cuando vemos una vinta tripulada por tres o cuatro personas que desde lejos nos examinan. En cuanto se dan cuenta de quiénes somos, cambian el rumbo y corren hacia la orilla desembarcando al punto. Momentos después el viento trae hasta nosotras el sonido de un cuerno cada vez más cercano mientras que, con otro eco semejante, responden desde el bosque como dándose por entendidos de la señal. Entonces comprendemos que avisan nuestra llegada; por entre los claros que dejan los árboles vemos gente que corre y se apresura por adelantarse a nuestra lancha, trepando cuestas, metiéndose por entre los zarzales, sin faltar algunos que, por abreviar camino, entran en las canoas que

están resguardadas bajo el mangle y las hacen volar al empuje de sus remos. Van todos ellos honestamente vestidos, como los de Ponapé, con trajes de colores muy fuertes, abundando el rojo y anaranjado. Ya estamos en el *Oror*, nombre que ellos dan al desembarcadero. Este no es otra cosa que una estrecha y muy larga hilera de piedras que, desde la orilla, entra en el mar. En la punta de esta especie de rompeolas, está el H. Casasayas indicando a nuestros remeros por dónde deben entrar la lancha; es que va faltando el agua y ya no podemos avanzar. Para evitarnos la molestia de caminar por encima de las desiguales piedras que forman aquel original desembarcadero, arriman otra lancha, a la que pasamos dos de nosotras.

Aligerada de peso la otra barca, se meten en el agua los remeros y despacito van llevando las dos lanchas casi a pulso una tras de otra hasta la orilla. En ella está el simpático vecindario de Fefan con su misionero el R. P. Hernández, cantando la marcha real española con letra a la Sma. Virgen en la lengua de Truk. No acertaré a decir lo que el inesperado recibimiento nos conmueve: los cuatro excursionistas tenemos los ojos llenos de lágrimas, emocionándonos mucho más cuando en el momento de saltar yo a tierra me dice el humilde misionero, R. P. Hernández: "¡¡Gracias, Ma-

dre, no sabe cuánto le agradezco esta visita!!" Hay tal acento de gratitud y de sinceridad en estas sencillas palabras, que se me anuda la garganta y no puedo contestarle. El pueblo prorrumpe en vivas; en este momento se me acerca el rey de la isla dándome la bienvenida en nombre de todos y presentándome una gallina que trae bajo el brazo... Tamañito queda Homero ante estos idilios de los bosques que adornan el Pacífico.

La casa de la misión está a dos pasos del mar. ¡Qué linda aparece vestida de fresco ramaje que trepa por las ventanas en graciosa enredadera, salpicada de campanillas rojas!

La iglesia está en el piso bajo de la casa... reñida con todos los cánones; pero ¿qué hacer si en estas pobres islas tienen hambre de Dios y los recursos del misionero no alcanzan para levantar la iglesia que hace tiempo está proyectada...? ¡Oh, si en España vieran la choza que Jesús Sacramentado tiene por morada! ¡Si oyeran los relatos del misionero que para hacer una pequeña obra en la Casa a fin de que sobre el Sagrario no hubiese habitación se vió obligado a vender el poco ganado que tenía! Estas hazañas de lps heroicos misioneros, sólo en el cielo se saben con detalles; nosotros levantamos tan sólo una punta del velo de modestia que las cubre y entierra...

Comemos en casa del misionero que nos ha preparado mesa abundante. Desde la galería donde estamos, se ve una especie de explanada que hay delante, toda llena de gente que ha acampado allí para no perdernos de vista. El recibidor está lleno de niños y hasta de hombres y mujeres sentados en cuclillas en el suelo silenciosamente. A ratos suena la campanilla y es que viene algún principal de la isla con bananas, piñas y otros parecidos regalos. Apenas terminamos de comer, quiere el Padre Misionero llevarnos a un alto que hay cerca de la casa, de vistas preciosas, donde dice tiene él pensado edificar el convento para nuestras Madres. Realmente es un sitio encantador: desde él se domina el mar bordado a trechos por pequeñas islas; verdaderos jarronos de palmeras que hacen olvidar la monotonía de las aguas.

Nos ha seguido todo el pueblo, y al saber que estamos viendo el terreno donde podría edificarse casa para las Madres, todos se muestran gozosos y charlan y ríen como niños. Comisionado por un grupo de hombres algo apartado de nosotras, se acerca un joven y ruega al Padre Misionero me diga que todos están deseando de tenernos en la isla y que nos quedemos con ellos porque nos querrán mucho y no nos faltará nada... Le contesto

que ahora no puede ser pero que rueguen a Dios para que, si El quiere, vengamos pronto.

Entonces una mujercita me dice que cuánto mejor es que nos quedemos ahora sin andar yendo y viniendo... ¡Pobre gente, qué contenta me veria yo si pudiera complaceros!

Marchamos camino del puerto escoltados por los isleños que van poniéndose tristes según nos acercamos al mar. Cuando ya dentro de la lancha les despedimos y el Padre quiere que canten como a la llegada... no pueden; el llanto les impide emitir la voz, saludan con las manos y nosotras correspondemos agitando los pañuelos hasta perderlos de vista. Vienen con nosotros el Revdo. Padre Hernández y el Hermano Casasayas que quieren enseñarnos una capilla donde el Padre viene a celebrar dos veces por semana. Está en la misma isla, pero a mucha distancia; es de techo de nipa y tan miserable que en su comparación me parece muy buena la de Fefan.

Dicen que aquí hay muchos protestantes y hasta hace pocos años no había un solo católico.

Desde la iglesia caminamos largo trecho por el bosque, siempre a orillas del mar, disfrutando de un delicioso paisaje y seguidos de la comitiva del pueblo encabezada por un cerdo negro, enorme, que corre y trota de lo lindo.

Saludamos al rey que nos da la mano de una manera inexplicable: junto a su casa hay una choza larga que está destinada a cárcel de las mujeres que no guardan la debida fidelidad a sus maridos. El rey no es católico y vive con dos mujeres. Ya estamos en el desembarcadero; la lancha nos espera para conducirnos al "Yawata-Maru" que vemos a lo lejos. ¡Preciosa despedida la del Revdo. Padre Hernández! "¡Adiós, Madres; quiera el Señor que dentro de un año podamos edificar nueva iglesia y dentro de dos, a lo sumo, tengamos aquí Religiosas!" "Así sea" le digo con todo el alma.

DICIEMBRE 6 (jueves).—Llegamos a Saipán después de muy buen viaje. Vienen a recibirnos al barco las Madres Superiora e Inocencia: a las otras dos las abrazo en casa. Están las cuatro muy bien de salud, alegres y fervorosas.

Nos ocupamos en ordenar las listas de las alumnas matriculadas y resolver la difícil cuestión del derecho que tienen los japoneses a obligar a los nativos a asistir a las escuelas del Gobierno desde los ocho a los once años de edad. Para evitar conflictos me voy a visitar al Sr. Gobernador, con un chamorro muy instruído, llamado Sablan, por intérprete. Vienen también la M. Superiora y M. M.ª Loreto.

El Gobernador nos recibe amablemente; le

digo mis deseos de saludarle antes de dejar la isla y después de varios preámbulos, tocamos, como al descuido, el punto capital del Colegio. Dice que el edificio actual de la escuela japonesa es insuficiente y que mientras se levanta uno nuevo, mirará con gusto asistan a la nuestra las niñas que por su edad debían ir a la de ellos. Además para la admisión en la escuela japonesa, se mide con mucho rigor antropométricamente a los niños excluyendo a todos los que no están bien formados, y el Gobernador me pide, como por favor, que las admitamos nosotras. Salimos contentas.

Los días siguientes continuamos ocupándonos de la distribución que ha de seguirse en las clases y trazamos algunos programas de labores, etc. Yo escribo cartas para echarlas a nuestra llegada al Japón; visitamos también a personas bienhechoras del Colegio; al abuelo de Ursula, que tiene a su mujer enferma, una anciana consumida por los años y las dolencias, que yace en una cama pobrecita y que, al oirme hablar del cielo, ríe con angelical dulzura.

Vemos también al alcalde, Sr. Reyes, enfermo de parálisis hace cuatro años. Es carolino, de sangre española, muy favorecedor de la religión y de nuestro Colegio. Al entrar en la habitación, se notaba falta de oxígeno y un calor insoportable; es que no había una sola ventana

y esto, en Saipán, es como para morir de asfixia. Además, el cuarto, convertido en oratorio, tenía encendidas más de doce velas, alumbrando una pintoresca gruta de Belén y multitud de cuadros de santos y santas entre los cuales descollaba San Isidro en sitio de preferencia. El enfermo, tendido en el lecho, apenas puede moverse pero se lee en sus ojos cuánto agradece nuestra visita. Lleva la enfermedad con gran resignación y comulga todos los viernes de mes.

El 19 de Diciembre, miércoles, se abre el Colegio para las alumnas que han ido matriculándose y que hasta ahora no se admitían por falta de local. Momentos antes recibo la visita de los consejeros del pueblo: son ancianos venerables, que ayudan al misionero en sus funciones con la experiencia que tienen del carácter del pueblo en general y de las necesidades morales y materiales de cada individuo.

Vienen llamados por mí; quiero agradecerles lo mucho que han cooperado a levantar el Colegio para las Madres, y por eso, además de los consejeros, vienen dos jefes carolinos y algunos chamorros de los que más parte han tomado en la obra.

Llegan vestidos de punta en blanco incluso los carolinos y después de admirar el precioso altar comprado en los talleres de Zi-ka-wei, pasan al recibidor y se sientan alrededor de la me-

sa. Yo ocupo la cabecera y tengo a la Madre María Loreto a mi derecha. Ellos, los pobres, están cohibidos y no se les ocurre decir palabra. Yo les digo el deseo que tenía de conocerlos personalmente, y les doy las gracias por los buenos servicios que han prestado a la Misión, añadiendo que en la casa de Bérriz haré conocer sus nombres para que las religiosas los encomienden en sus oraciones. Me los dan muy ufanos; helos aquí: Francisco de León Guerrero, José de los Reyes, Luis Tenorio, Ignacio Lairipi, Antonio Angaile, Mariano Pangelinan, Manuel Pangelinan, Vidal Arriola, Domingo Blanco y Vidal Camacho. A poco que les tiro de la lengua hablan de España, del amor que le tienen y lo mucho que se precian de conservar las antiguas costumbres implantadas por los españoles. Cuentan luego cómo procuraron conservar la fe y la piedad religiosa cuando quedaron sin los misioneros alemanes. Mañana y tarde, a la hora de la Misa y del Rosario, se congregaba el pueblo a toque de campana en la iglesia y rezaban las oraciones acostumbradas. A las otras islas llegaron pastores protestantes; a Saipán no se atrevió a entrar uno solo... Les despido rogándoles vuelvan a las diez que será la apertura del Colegio y deseo que asistan a ella en representación del pueblo.

Para las nueve de la mañana ya están los

alrededores del Colegio llenos de gente; son las alumnas que vienen con sus mamás, tías, hermanas y demás personas de su familia. Se les ordena en filas, no sin trabajo, y van ocupando el fondo de la clase las parvulitas mientras las mayores se sientan en los pupitres y bancos.

Nuestra Sma. Madre, de cara a las niñas, está muy bien adornada con plantas y flores. ¡Con qué devoción la miran todas!

Ya entran en la clase los consejeros que ocupan lugar de preferencia a los lados de la Virgen; vienen también el Sr. Sablán y los Reverendos PP. Superior (Pons) y Dionisio de la Fuente, que se sientan junto a mí.

Comienza el acto con la invocación del Espíritu Santo y un canto a la Sma. Virgen cantado por las mismas alumnas. Luego la consagración a Ntra. Madre leída en alta voz por el Revdo. Padre de la Fuente y repetido por los asistentes, después de lo cual el Revdo. Padre se dirige al pueblo y, en chamorro, le exhorta a bendecir a Dios por el beneficio que hoy le hace de tener un Colegio dirigido por religiosas, para la educación de sus hijas.

Cántase luego el himno Mercedario; marchan los Revdos. Padres y comienza la tarea de repasar listas y examinar a las niñas en la lectura y escritura, a fin de hacer la división de secciones. Hay trabajo para todo el día.

Esta misma noche se recibe la noticia de que el 20 (mañana) llega de Yap el barco y el 21 sale para Yokohama. Con esto determinamos preparar todo lo necesario para la celebración de la primera Misa en la capillita del Colegio. ¡Qué prisas, qué afanes y qué entusiasmo tan fervoroso! Hay que hacer la cortinilla interior del Sagrario y el conopeo; falta de arreglar el mantel; no tenemos el ara, vino, ni hostias; además, el fondo de la capilla merece tapizarse para que el altar resalte como es debido... Y la imagen de Nuestra Madre querida que tiene un modesto nicho, ¿quedará sin camarín azul celeste ya que no tenemos a mano tisú de oro que lo adorne...? Dispuestas estamos a trabajar día y noche para que todo se arregle con el mayor decoro posible; las unas echan mano a un trabajo, las otras a otro, y para las once de la noche está todo en debida forma.

Ha quedado un oratorio que parece un estuche; limpio, sencillísimo pero elegante. El gótico altar, con sus afiladas torrecillas, no tiene más adorno que el trabajo delicadísimo de sus bajorrelieves representando alegorías eucarísticas; seis macizos candelabros y el crucifijo a juego colocado sobre el sagrario; sobre éste e incrustado en la pared, el nicho recubierto de damasco azul y encerrando en él a la Inmaculada Paloma, la Madre de las Mercedes. No

nos cansamos de mirarla en su nuevo trono; parece en verdad una purísima paloma nimbada de azules velos, pero mucho más parece una Madre en su casa; una Madre y una Reina, tierna para amar a sus hijas y poderosa para ayudarlas a conquistar muchas almas para Cristo.

Esta noche dormimos poco; el ansia de que Jesús llegue como Rey a posesionarse de su humilde trono, ahuyenta el sueño. A las seis de la mañana viene el Revdo. Padre Pons a celebrar la Santa Misa, a la que asistimos muy conmovidas la Comunidad de Saipán, la Madre M.ª Loreto, Lola y yo. Es la Misa de Santo Tomás apóstol que tiene una liturgia devotísima y enteramente apropiada a nuestra gran fiesta. Comienza el "Introito" diciendo: "Nimis honorificati sunt amici tui, Deus..." Y es verdad; demasiado nos honra el Señor a nosotros, sus amigos, queriendo establecer su morada dentro de la nuestra... Al Ofertorio cantamos un devoto motete y otro después del alzar. Las voces son poco harmoniosas; pero salen de corazones agradecidos y hieren seguramente los oídos de nuestro buen Jesús al que poco después recibimos en nuestros pechos. Terminado el último Evangelio, vuélvese el celebrante y todo conmovido nos dice que no puede resistir al deseo de dirigirnos unas palabras que acaba de

inspirarle la liturgia y las conmovedoras circunstancias del acto. Y, en efecto, va glosando el "Introito" con suma delicadeza, aludiendo después a la reprensión de Nuestro Señor Jesucristo al santo Apóstol... "Porque me viste, Tomás, has creído; bienaventurados los que sin verme, creyeron". Hace después resaltar la oportunidad con que Jesús quiere hacer compañía a las Misioneras, el mismo día en que yo debo ausentarme. No poco me conmueve a mí este pensamiento, llenándome de gratitud... Yo me marcho, pero queda con mis hijas el Padre por excelencia, que es a la vez Padre y Madre y Amigo tierno que no las abandonará. ¡Gracias, Jesús bueno, gracias!

Durante todo el día recibo visitas de despedida. Esta buena gente tan sencilla y cariñosa, quiere testimoniarme lo mucho que me ama; y, además de molestarse en venir, traen los regalos que pueden, llenándonos la casa de frutas y otros comestibles.

Me ha caído muy en gracia el presente de los consejeros: cada uno ha traído, ataditos en el pañuelo, tres o cuatro huevos frescos para que los coma yo en el viaje... El Sr. Pangelinan me ha echado un discurso por todo lo alto: lo traía muy bien preparado, pero a veces se atascaba, y, para tirar del hilo, tragaba mucha saliva. No ha sido poca la que yo he tragado

al oirle decir: "Tú, Reverenda, que sabes bien el agradecimiento que guardan nuestros corazones... etc." Después de terminar uno de sus más *brillantes* períodos, ha echado por caminos llanos diciéndome que si encuentro en España *santos de hijos desobedientes* que se los mande y me agradecerá mucho. Trabajo me ha costado caer en la cuenta de que quería láminas representando la muerte del justo y la del pecador, para con ellas enseñar gráficamente a sus hijos el fin que aguarda a los buenos y a los malos.

A las tres y media de la tarde vamos al puerto que aquí llaman "del Nambo", acompañadas de mis queridas hijas de Saipán y todas las alumnas mayores del Colegio. Acertamos a llegar a la misma hora en que una banda de músicos japoneses vienen a despedir con mucho ruido y mucho "banzai" a unos reservistas que embarcan para el Japón. La despedida procuramos hacerla breve..., las Madres y yo tratamos de disfrazar con una sonrisa la pena que a todas nos embarga. "¡Adiós, hijas—les digo—les dejo a Jesús por sostén y consuelo! ¡Por El y con El es pequeño todo sacrificio! Se aleja velozmente el motorcito que nos conduce al barco; suenan con estrépito los instrumentos de la charanga nipona, y mientras tremolan dos grande banderas y lanzan al aire secos y breves

los tres "banzai" de rúbrica, nuestros ojos están clavados en dos puntos de la costa en los que van haciéndose pequeños, muy pequeños, unos bultos blancos que agitan sus pañuelos incesantemente...

Nos acompaña al barco el señor Sablán. ¡Malo, malísimo embarque en el "Yamashiro-Maru"! El Hermano Ariceta y un puñado de carolinos están allí para hacernos perder el miedo: es que el recuerdo del trance de Sor M.ª Dolores nos pone los pelos de punta. Felizmente no hay nada que lamentar aquí, a pesar de la merecida fama de mal puerto de que goza Saipán.

En el puente de primera, nos sorprende ver la figura de un caballero, alto, muy elegante, que huele a europeo desde los pies a la cabeza. Nos lo presenta el Sr. Sablán: es un comerciante en grande escala, holandés, que viene de Menado (Islas Célebes), donde debe de tener grandes posesiones. Habla muy bien el alemán, inglés y francés, y gracias a este último nos prometemos amenizar la monotonía del viaje. A las primeras de cambio echamos de ver que Mr. Adolfo Bauvis es todo un caballero, correcto, culto, y de un sentido común nada vulgar.

El 24, nuestra Navidad, pasa del todo desapercibida en el barco; nosotras, solitas, cantamos a Jesús villancicos y cuanto se nos ocurre.

El 25, después del almuerzo, reparamos que todos los "boy" andan afanosos engalanando el comedor a la manera japonesa con banderas de diversas naciones, guirnaldas y faroles. "¿Qué pasa?" preguntamos a Mr. Bauvis. "Pues que en atención a nosotros organiza el capitán un banquete para esta tarde. Dice el "Purser" que han hecho una tarta rematada por un molino holandés, en mi obsequio"... Nos conmueve este rasgo de delicadeza inesperado. Vestidas con los mejores hábitos, vamos al comedor: nos han puesto el cubierto en la mesa del comandante y de la oficialidad. A la derecha del capitán el Sr. Bauvis; nosotras a la izquierda. Hay un derroche de lujo en el adorno de la mesa, en los menús y sobre todo en los manjares. Al empezar la comida, el comandante brinda por el "Christmas day", y Mr. Bauvis se luce correspondiendo al brindis con otro, en inglés, por la prosperidad del Mikado, de la Cía. Nippon Yusen Kaisha y de toda la tripulación del "Yamashiro-Maru". Los oficiales se esfuerzan en demostrarnos que el obsequio es a nosotras y al caballero holandés. La comida merece el nombre de espléndida; quedamos en verdad reconocidas a esta fina atención.

Por la noche pierde el mar su calma y continúa bastante agitado hasta el medio día del 26. Se nos ocurre preguntar al amable oficial

que llaman "Purser", qué profundidad aproximada calcula que habrá en el sitio que surcamos: sale a consultar no sé qué aparato que sirve al efecto, y vuelve diciendo que nos acercamos a los cinco mil metros.

El frío desde hoy es intenso y aumenta a medida que el barco se acerca a Yokohama.

Hablo largo y tendido con el señor holandés; me atrevo a preguntarle si es católico, y con gran pena mía le oigo decir que no.

Es protestante pero aprecia mucho la religión católica a la que pertenece su madre y muchos amigos suyos. Le invito a estudiarla seriamente y creo que lo hará: es un hombre amigo de la Verdad y merecedor de hallarla. Le regalo el Kempis en francés, el que yo he usado toda mi vida. Hacia las tres de la tarde del 27 avistamos el hermoso puerto de Yokohama; sube la policía y el cuerpo de Sanidad; éste nos mira y pasa de largo; los policías, en cambio, celebran toda una *interwiew* conmigo. Hablan inglés y quieren saberlo todo: cuánto tiempo hemos estado en Saipán; en qué barco fuimos; el tiempo pasado en Ponapé, si estuvimos en Tokio y cuánto tiempo; de qué puerto de Europa salimos..., en fin, un interrogatorio como si hubieran de entablarnos proceso judicial.

Muy lejos aún del puerto reconocemos al Revdo. Padre Fáber, Hermano Cerdá, Madre

M.ª Begoña, Redentora, y Hermana Angela; no esperábamos a nuestras queridas Hermanas y me apena verlas en el puerto con este frío.

Salimos de Saipán con 29° y llegamos a Yokohama a 4° bajo cero. El viaje, en tren, contándonos mutuamente todo lo sucedido en estos meses de ausencia...

Ya estamos en Saint Maur frente a la Reverenda Madre Visitadora Provincial que yo no conocía y las demás amables Madres y Hermanas.

En los breves días de descanso pasados en Tokio, vemos la casa en construcción de nuestras Madres que está muy adelantada: me dicen que la terminarán ciertamente para el 15 de Enero y estará habitable para el 30. En vista de que por lo menos en un mes entero no podremos celebrar la inauguración, determino marchar a Wuhú, saliendo de aquí el 4 de Enero. El 31 de Diciembre saludo al señor Arzobispo que se muestra sumamente amable, y a los Revdos. Padres Flaujac y Patrouilleau; a aquél debo la actividad con que han levantado la casa de las Madres, y al Padre Patrouilleau el trato sencillo y familiar que en Palacio se las dispensa. A los dos debemos mucho agradecimiento.

Olvidaba decir que el 29 de Diciembre visitamos al Sr. Ministro de España, D. Pedro Quartín y del Saz Caballero; y al Consejero de

la Legación de España, Sr. Dupuy de Lôme.

El 1.º de Enero tengo el gusto de conocer al Revdo. P. Candau, de las Misiones Extranjeras, vasco-francés que entiende y habla el español. Me habla del gusto conque ve nuestra fundación asegurándome que hacía falta en Tokio un carácter como el nuestro: sencillo, comunicativo y franco. Añade que puedo estar tranquila por lo que toca a esta fundación que marchará bien y ellos la ayudarán en lo posible. Quedo movida a dar gracias al Señor que así suscita voluntades en favor nuestro: a El las gracias.

El 2 salimos de compras a Yokohama; hago acopio de objetos curiosos para Bérriz, Barcelona y Colombia.

El 4, viernes, nuevas despedidas: dejamos a las Madres de Tokio para tomar el tren que ha de llevarnos hasta Kobe. Vamos acompañadas hasta la estación por el Hermano Cerdá, y hasta Kobe por el intérprete del Revdo. Padre Fáber, un joven japonés que habla bastante el español y es de toda confianza. El Revdo Padre Fáber no puede venir; está aquejado de un fuerte catarro bronquial que le obliga a sujetarse a las prescripciones del médico. Pasamos la noche en el tren, desde las siete y media de la noche hasta las siete de la mañana siguiente. Llevamos coche-cama de segunda, y hay una calefacción tan exagerada que impide dormir.

Pasamos por Kyoto, la ciudad sagrada, sin poderla saludar por estar aún dormida en las sombras de la noche. Apenas divisamos por entre los empañados cristales algunos tejados típicos blanqueados por la fuerte helada nocturna.

Osaka, la gran urbe de dos millones de habitantes, empieza a desperezarse a nuestro paso acariciada por los primeros rayos del sol. Altísimas montañas cubiertas de nieve, pinares, fábricas enormes, extensos arrozales y multitud de edificios japoneses y europeos pasan delante de nosotros en vertiginosa carrera sin darnos tiempo a parar la atención en ningún detalle.

Dan las ocho de la mañana cuando nos apeamos en Kobe; cerca de la estación está el "Oriental Hotel", y en él desayunamos. Dispuestas a salir, veo en lo alto de una magnífica escalinata de mármol a un señor europeo que me mira con fijeza. ¡El Sr. Adolfo Bauvis! Corre a saludarnos y se lamenta de estar citado a las nueve de la mañana, por lo que nos despedimos brevemente.

En un *taxis* vamos al muelle donde está fondeado el "Nagasaki-Maru"; es un buen correo de seis a ocho mil toneladas que hace el recorrido de Kobe a Shanghai en cuarenta y ocho horas. Es de la misma compañía "Nippon Yusen Kaisha" que nos ha llevado a las islas. No admiten más pasajeros que de primera y tercera

clase; por eso vamos en primera, con unos diez caballeros y señoras americanos y otros tantos japoneses y chinos.

La mar nos recibe con calma, pero apenas salimos de Nagasaki, se revuelve furiosa y zarandea al barco sin compasión. Lola y yo bajamos al comedor tan serenas como siempre. Está casi desierto; somos las únicas que hemos bajado no sólo entre las señoras sino aun entre todos los pasajeros. La noche, muy intranquila. Amanece con tendencias a mejorar el tiempo, y entramos en Shanghai con una mar muy mansa y un sol espléndido. En el muelle nos aguarda el bueno del Padre Iruarrízaga, y gracias a él pasamos felizmente el difícil trance de las aduanas en este puerto. Como venimos del Japón, que está en relaciones muy tirantes con China, extreman doblemente el examen de nuestro bagaje.

Nos obligan a abrir el baúl y sospechan de dos cajas de latón bastante grandes que en él llevamos; están repletas de estampas, rosarios y medallas... No miran más. También les cuesta dejar pasar el aparato de filmar que yo llevo. Salimos medio sordas de aquella baraúnda; montamos en *auto* con el Padre Iruarrízaga y vamos camino de Zi-ka-wei. Apenas echamos a andar, nos pregunta el Padre cuándo esperamos salir para Wuhú.

—En cuanto haya barco, Padre; lo antes posible.

—Pues barco tienen ustedes hoy y mañana.

—Entonces, si hay pasajes, salimos hoy mismo.

Oído esto, manda el Padre parar el *auto* delante de la Agencia; le esperamos unos momentos, y vuelve con los pasajes en la mano. Alegrísimas de la oportunidad con que hemos llegado, charlamos y reímos con las ocurrencias del Padre, y antes de pensar en ello nos encontramos ante el conocido puente que da entrada al convento de Madres Auxiliatrices. Saludamos a las Revdas. Madres Provincial y Superiora que se muestran interesadísimas por saber noticias de nuestro viaje a las islas; se lo referimos a grandes rasgos; visitamos a Jesús Sacramentado; cenamos con el Padre Iruarrízaga y... de nuevo al *auto* que ha de conducirnos a otro muelle y a otro barco desconocido. Es el "Suiwo", de la "Indo-China Steam Navigation C.º" El Padre se encarga de telegrafiar a las Madres de Wuhú, y aún tenemos tiempo para conversar con él un buen rato. Nos despedimos después de inspeccionar la *cabina*, que es bastante buena, y el modesto saloncito que hace oficios de comedor, fumador y salón de señoras. El pasaje se reduce a cinco jóvenes chinos que parecen estudiantes; una jovencita alemana que viaja sola,

y dos matrimonios americanos que, a juzgar por las trazas, son pastores protestantes con sus respectivas pastoras y pastorcitos. No entablamos conversación con ellos; con la joven alemana, sí.

ENERO 8 (martes).—El frío nos obliga a quedar recluídas en la *cabina* impidiéndonos gozar del bonito paisaje con que se adorna el río Azul en sus dos riberas. Desde la ventanilla del camarote, empinándonos sobre la punta de los pies, vemos algo, a ratos. Las orillas de este gran río piérdense muchas veces de vista, dando la sensación de que nos hallamos en alta mar. Las aguas, de un color cenagoso, tienen más flujo y reflujo de lo que yo me hubiera imaginado.

Durante todo el día no se ha visto en lontananza más que una montaña; la costa, bajita y con bastantes árboles, se deja ver como una línea grisácea perdida a trechos entre la niebla.

Hoy hemos tenido un lance cómico. Me encontraba escribiendo en el comedor cuando me ha sobrevenido una hemorragia nasal que me ha obligado a entrar en la *cabina* para lavarme. Desde la puerta he visto que andaba trajinando en ella un *boy* chino de los que hacen el servicio, y yo creyendo que estaba de arreglo, ni siquiera he reparado en él. Le pido agua y después de traérmela entra en explicaciones de lo que estaba haciendo, en un tono tan turbado y en un inglés tan ininteligible que no he entendi-

do jota. Reparo que había sacado nuestro equipaje al medio del cuarto, y detrás de él, envuelto en una funda de almohada, trataba de ocultar un paquete que no era nuestro. El individuo, cada vez más asustado, me hablaba sumamente bajo como si temiera ser oído. Lo único que me ha parecido entender es que, mañana, al entrar en Nanking retiraría el paquete... "¿Y a qué demontres lo deja aquí?", nos decíamos Lola y yo mientras él hablaba. Con esto, se ha marchado y viéndonos solas hemos tanteado el paquete, no grande y de mucho peso. Sin abrirlo, porque nos daba miedo, lo hemos dejado escondido donde estaba, encontrándonos con tres o cuatro del mismo tamaño detrás de nuestro baúl. Y aquí han sido las conjeturas de que el contenido de los paquetes pudiera ser pólvora y el pretendido *boy* un revolucionario que iba a introducir el contrabando a expensas nuestras. ¿Y si explotaba la pólvora durante la noche?, decía yo a Lola que reía a carcajadas. ¿Y si nos detienen creyendo que somos nosotras las contrabandistas?... Hemos terminado tomándolo a mucha risa y echándonos a dormir tranquilamente.

Miércoles, 9.—Para las nueve y media llegamos a Nanking que es una bonita población de aspecto europeo con grandes fábricas que denotan la importancia de su industria, y mucho

movimiento de barcos chinos, japoneses, franceses e ingleses. Aquí fueron los grandes desastres del año pasado contra los extranjeros.

Transcurren largas horas antes de la llegada a Wuhú. Se nos había dicho que desde Nanking la distancia es de tres horas, y echando esos cálculos, cerramos las maletas para las tres de la tarde y salimos al puente creyendo encontrarnos frente al deseado muelle de Wuhú; pero, ¡oh decepción! Nos dice el sobrecargo que no estaremos en él hasta las siete de la tarde. El frío nos obliga a volver a las *cabinas*, y en ella permanecemos en forzado encierro. Por fin, a las siete se nota ese movimiento peculiar de la tripulación cuando se acerca un puerto. ¡Qué gritería tan chinesca en un gran pontón que queda frente a nuestro barco!

Salimos al puente y tropezamos de manos a boca con las Madres Auxilio y Expectación que aguardan nuestra llegada con el Hermano Otaegui. Nos abrazamos con una alegría difícil de describir; el Hermano se entiende con los maleteros, y vamos todas tras él, pisando con tiento para no dar un paso en falso, pues la noche es oscura y muy desconocido el terreno que pisamos. Ya están lo *pus-pus* preparados; montamos formando una comitiva del todo oriental y entramos triunfantes en la ciudad de Wuhú que se esconde de nosotras en una completa

oscuridad. La noche es fría; yo me cubro cabeza y rostro con una caliente bufanda y dispuesta a desafiar con tal defensa todas las heladas asiáticas, explayo mi vista en el tachonado firmamento que tiene encendida, en obsequio nuestro, su magnífica luminaria.

Mi conductor debe tener una fuerza *uzcudina* porque lleva mi respetable peso cual si fuera liviana pluma. Yo quiero ver algo de Wuhú, pero por más que me hago toda ojos, apenas si veo unas pocas tienduchas mal iluminadas en las que parece se venden artículos bien variados. Me llaman la atención una hilera de pollos desplumados que, brillantes cual si los hubieran barnizado, cuelgan en forma de cortina desde el techo. Las calles son retorcidas y estrechas con una losa en el centro que sirve de acera.

Llegamos al Seng-mou-yen; ya está abierta la puerta y en el dintel mis queridas hijas con los brazos abiertos. Pasados los primeros transportes, me doy cuenta de que un grupo de niños cantan a nuestro alrededor el "Jesu Corona Virginum" en un latín del todo ininteligible, pero que así y todo conmueve por completo el alma.

Las futuras presentandinas, actuales alumnas de las Madres, me saludan cariñosas con un "Bue-nas-no-ches" que ha debido de costarles un triunfo. Son diez y ocho, casi todas jo-

vencitas de mediana estatura, pálidas, chatungas, con buenos mofletes y alegría en los ojos. Visten traje negro bien forrado de *mienhua;* unas pantalón, y otras saya, con ancha chaqueta y una cadena de plata de la que pende la medalla de la Virgen. Con ellas hay dos maestras presentandinas muy amables y corteses. El recibidor y portería están engalanados con faroles, guirnaldas y otros adornos de puro gusto chino...

Despedimos a las niñas y vamos a cenar; es decir, vamos a reunirnos, a mirarnos, a persuadirnos de que estamos juntas las que hace dos años que no nos veíamos y a tan larga distancia hemos estado.

ENERO 10 (jueves).—Paso el día en la cama con un poco de fiebre y malestar. ¡Hemos corrido tanto en poco tiempo!

ENERO 11 (viernes).—Me levanto ya repuesta y recibo visita del Ilmo. Sr. Obispo y Revdo. P. Superior. El Sr. Obispo entra mañana en ejercicios y quedamos en que, cuando salga de ellos, hablaremos despacio. Por la tarde saludo a los Revdos. Padres Barreiro, Videgain y Muguiro con el Hno. Elorduy. Su conversación no puede ser más edificante y fervorosa relatando las persecuciones del año pasado; los peligros en que se vieron y la Providencia con que el Señor los sacó triunfantes de to-

dos sus enemigos. Da gusto oír hablar a estos siervos de Dios tan humildes, tan abrazados con la cruz de Nuestro Señor Jesucristo.

ENERO 12 (sábado).—Fiesta en el Colegio. Con una voluntad de oro, han preparado las niñas una funcioncita en mi honor. Han invitado a los Padres y ellos han aceptado la invitación. Vienen los Revdos. Padres Superior, Barreiro, Muguiro, Huarte y el Hno. Elorduy.

El acto se celebra en una de las clases que está muy adornada según el gusto chino con inscripciones verticales, guirnaldas y farolillos. En el centro de la sala hay un gran telón que la divide en dos partes: para las artistas y los espectadores.

Antes de la representación me entrega una niña un bonito cartapacio con el escudo de la Merced pintado en la pasta.

En la primera página está copiada la música de un canto que ellas han sacado y que traducido dice así:

"Venerable Madre Comendadora, persona grande:

Nosotras hoy te damos las gracias de una manera especial, pues tú, Madre gran persona, has sufrido no poco al venir de España al Japón y a la China. Tú de veras amas a los chinos, pues para el bien de ellos han hecho el sacrificio de darnos estas virtuosas y hábiles Madres

que hacen de Madres buenas de nuestras *alumnas.* Son realmente compasivas: de día y de noche están desvelándose por nosotras sin reparar en molestias y solicitudes. Son realmente hijas dignas de la Madre Comendadora, gloria de tal Madre.

Son valerosas apóstoles de Nuestro Señor Jesucristo, así que se puede decir aquí lo del buen árbol y estas Madres son el buen fruto de tal árbol.

Recibe, pues, nuestros parabienes y nuestras gracias".

En la tercera página, viene el argumento de la obrita que van a representar: es la vida de Santa Margarita en tres actos, escrita por la profesora presentandina, y que, según dicen los Padres, tiene muy buena forma literaria. Las niñas la interpretan muy bien, especialmente las que representan los papeles de Santa Margarita y su Superiora. En cambio la que hace del Padre La Colombiére trae una barba y una indumentaria de lo más risible... Terminada la comedia, viene una sorpresa inaudita: ¡¡un coro final en vascuence!!

Reparto caramelos y juguetes, con lo que las dejo locas de contentas.

ENERO 13 (domingo).—Vamos a Misa a la catedral y tengo ocasión de admirar la *magnífica* calle que a ella conduce. Es fea en toda

la extensión de la palabra y, además de fea, sucia y mal empedrada.

En el corto trayecto que hay de Seng-mou-yen al Tien-chu-tang, se encuentran unos diez mendigos de lo más miserable que he visto, dando tales voces y golpeándose de tal modo cabeza y pecho ya contra el suelo o con sus propios puños, que resulta un espectáculo del todo desagradable. Entre los mendigos está el pobre Santiaguito: un muchacho todavía joven, idiota, que es el hazme-reír de todos los golfillos de Wuhú. Muchas veces le pintan la cara grotescamente y se divierten de mil maneras a costa del infeliz mendigo, que no sabe defenderse ni huir de ellos; pero, debajo de los harapos que cubren su cuerpo, late un corazón sensible a las muestras de afecto, y agradecido a las personas que se las prodigan. Nuestras Madres pasan junto a él todos los días y, al darle la limosna, le dirigen unas palabras de compasión y cariño, que son para el pobre idiota como el rayo de luz que alegra, luce y calienta. Por eso, cuando las ve de lejos, sonríe dulcemente y extiende hacia ellas los dos brazos en ademán de seguirlas con una expresión indefinible de alegría. ¡Pobrecito Santiago!

Frente a la portería del Tien-chu-tang, está el renombrado dispensario del Hno. Otaegui

repleto de parroquianos desde el alba hasta que anochece.

La catedral, sobre una gran escalinata de piedra, aparece esbelta y airosa dando cara al caudaloso río Azul. Es grande, de tres naves; en el cuerpo central, un biombo fijo, de madera, divide la iglesia en dos partes. A la derecha se colocan los hombres y a la izquierda las mujeres. De los grandes arcos de los costados, penden faroles chinos de aspecto antiguo. En las dos naves laterales hay capillas dedicadas a los Santos de la Compañía; allí, a la izquierda, están el gran San Ignacio, el jovencito Berchmans, los mártires del Japón; Claver, el esclavo de los esclavos... Es muy de la Compañía esta iglesia. En el altar mayor, el Patriarca San José en un retablo sencillo muy de su gusto sin duda.

Las Madres tenemos un sitio especial en la iglesia desde donde apenas puede vernos el pueblo; frente a nosotras están los Padres Misioneros muy numerosos por la coincidencia de haber venido casi todos a hacer los santos ejercicios. En una tribuna se ven también varios Padres. Antes de la Misa los Revdos. Padres Muguiro y Huarte confiesan a multitud de cristianos; luego el Revdo. Padre Muguiro desde el púlpito predica al pueblo por espacio de un cuarto de hora y a continuación empieza la Mi-

sa celebrada por el Revdo. Padre Olalquiaga. Los cristianos rezan en alta voz con una tonada especial igual a la que oímos en Zi-ka-wei. Comulgan muchos y, terminada la Misa, saludan las cristianas al Revdo. Padre Ministro en la misma iglesia, y los varones hacen lo propio en el recibidor.

Este día, a las once de la mañana, visitamos el Nui-sio, que es un edificio donde las presentandinas tienen su escuela cristiana y el catecumenado de mujeres. Nos reciben con petardos. Las catecúmenas y las niñas nos esperan en una clase y a mí me espetan dos discursos en la lengua de Confucio. Me los tradujo el Revdo. Padre Muguiro; en ellos me dan las gracias por lo que amo a China, etc., etc. Dos niñas tienen un diálogo comentando mi llegada y aluden a Lola diciendo que viene a acompañarme cual si fuera el Angel de mi guarda. Nos obsequian con laborcitas muy delicadas; yo les reparto dulces, y continúan los petardos alegrando la Casa.

ENERO 14 (lunes).—Visito y conferencio largo rato con el Revdo. Padre Superior Zenón Arámburu, mi antiguo y desconocido corresponsal. Es amable, discreto y lleno de dulce gravedad.

Martes, 15.—Recibo cable de Bérriz contestando a mi pregunta sobre el camino que hemos

de emprnder el regreso. Dicen que escoja entre Transiberiano o Vancouver, pero después de bien pensado nos decidimos volver por vía Suez. Teníamos varias razones para ello.

Jueves, 17.—Amanece Wuhú envuelto en un sudario. Ha caído copiosa nevada, y desde las ventanas de nuestras celdas se ve el jardín de los Padres preciosamente vestido de blanco.

Me comunican que hoy va a celebrarse en la catedral el bautismo de varios adultos; hombres, mujeres y niños. A pesar del mal tiempo, voy allá; no quiero privarme del consuelo de ver regeneradas en el agua bautismal a estas almas, paganas hasta hoy, y hechas hijas de Dios por los méritos de Jesucristo nuestro Salvador.

Delante del presbiterio, formando un semicírculo, están los catecúmenos: un hombre bien vestido, ocho niños como de diez años, y otras ocho mujeres, ya entradas en años las más.

Durante las largas ceremonias suena el harmonio acompañando a los cantos y rezos semitonados. Hay un niño en brazos de su madre que llora durante el acto, mucho más cuando el agua corre por su cabecita. Al imponer los nombres a los recién bautizados me fijo en que todas las mujeres reciben el de Margarita,

"Machalita" como ellos pronuncian. Es una delicadeza de los Revdos. Padres en atención a mi visita a Wuhú: se lo agradezco muy de veras gozándome de ver delante de este sagrario bendito una corona de margaritas blancas...

¡Blancas, muy blancas están en este momento las almas de mis ocho ahijadas las buenas "Machalitas"!

A los hombres debe de gustarles el nombre de Pedro (Petolo dicen ellos), pues lo reciben la mayor parte.

Terminado el largo ceremonial, felicita el Revdo. Padre Muguiro a los nuevos cristianos invitando luego a mis tocayas a saludarme. Vienen todas y se arrodillan y postran delante de mí, como si estuviera expuesto el Santísimo Sacramento; yo les doy a cada una, una estampa y una medallita.

Vienen luego los niños y también se llevan su correspondiente estampa. Quiero decirles lo mucho que he rogado por ellos pero... no me ayuda Confucio, y permanezco muda delante de mis devotos visitantes. En buena hora se encargó de interpretar mis deseos el amable Chon-pen-tan, porque yo no sabía decirlos sino: "Kon-si, kon-si" (felicidades) que es lo único que he aprendido del celeste idioma.

Antes de volver a Casa, vamos al Nui-sio

y en el patio me retratan en medio de mis *tiernas* ahijaditas.

Martes, 22.—El Ilmo. señor Obispo, que salió ayer de ejercicios, se presenta muy de mañana en el Seng-mou-yen. Charlamos más de dos horas de la situación de China, de los puntos importantes que aún no se han solucionado entre el Gobierno y los misioneros, etc. Aún no se sabe si respetarán los actuales gobernantes la llamada inmunidad personal de los misioneros y el derecho de propiedad de que hasta aquí gozaban. Se sabe que a estas horas el Sr. Delegado de Su Santidad, Sr. Constantini, está en Nanking, residencia del Gobierno, sin que sea notorio el motivo del viaje ni de la entrevista entre dichos personajes.

En términos generales, hablamos también del futuro Colegio, de la Obra de las Presentandinas y otras materias relacionadas con las Madres de esta Casa, pero no llegamos a determinar nada concreto. Monseñor Huarte es llano y dulce en su trato, muy espiritual y agradable en todos conceptos.

ENERO 25 (viernes).—Sigue nevando sin interrupción hasta hoy. Ayer la nieve alcanzaba grande altura y el paisaje aparecía del todo fantástico. Hemos tomado algunas fotografías del jardín de los Padres en el que se han des-

gajado muchos árboles, impotentes para sostener el peso de la nieve.

Durante estos cuatro días nos han visitado muchos Padres misioneros que vienen a hacer la segunda tanda de ejercicios y otros que han salido de la primera. Así he tenido la satisfacción de saludar a los Revdos. Padres Olalquiaga (nuestro servicial capellán en el viaje), Ponsol, Renedo, Zamora, Imatz, Monreal, Echarri, Castillo, Nieto, Ballirach, Sáiz, Sancet, Vicinay y Hermanos Arrizabalaga, Dorronsoro, Arregui, Elorduy y Arregui.

A las nueve de la mañana se han celebrado los exámenes de medio curso de las futuras presentandinas. Forman tribunal los Revdos. Padres Superior y Muguiro, con dos profesores chinos. Asistimos las Madres. Las alumnas, llamadas por el tribunal, salen al centro de la clase con grande compostura y contestan a sus preguntas con los ojos bajos y las manos juntas. Recitan no sé qué lección, casi cantando, y luego leen trozos de literatura china y hacen ejercicios de matemáticas. Terminado el examen, trae la Sien-Sen dos grandes bandejas con rosarios, cuadritos, tijeras, toallas y mazos de lana, medias, etc. Son los premios a que cada examinanda tiene derecho en relación con sus méritos. Los ojos de las primeras afortunadas se van tras los cuadritos piadosos y, como tienen opción

a escoger, se los llevan triunfantes; luego los rosarios y por fin todas las demás prendas. El Revdo. P. Superior bendice a todas las alumnas, y la alegría se desborda poco después por patios y clases.

Por la tarde conferencio por segunda vez con Mons. Huarte. Tratamos brevemente los puntos principales y quedamos en todo muy de acuerdo: yo salgo contenta.

Antes de marchar del K'é-ting de los Padres, tengo el gusto de saludar a mi antiguo corresponsal el Revdo. Padre José Vidaurrázaga. Recordamos, con gran consuelo de ambas partes, la breve y fructuosa visita que nos hizo en Bérriz, nueve años atrás, cuando emprendía el viaje de misionero. De ella puede decirse que fué la primera chispa de amor a las Misiones que prendió en Bérriz, formando la floreciente Asociación del Colegio y luego la orientación misionera de toda la Casa. ¡Quién nos lo hubiera dicho entonces!

ENERO 27 (domingo).—El Sr. Obispo, acompañado de los Revdos. Padres Muguiro y Barreiro, viene, llamado por mí, para proceder en su presencia al nombramiento de Superiora recaído en la Madre Auxilio. Se verifica el acto en nuestra capilla delante de Jesús Sacramentado. El Revdo. P. Muguiro entona el "Veni Sancte Spiritus" que semitonamos nosotras

a coro con ellos. Está revestido de capa pluvial y, terminado el Himno, lee la facultad concedida a la Comendadora de Bérriz para nombrar Superioras en las casas de misiones, y en virtud de esa facultad queda elegida por tres años la Madre Auxilio de M.ª Urízar. Acto seguido la Comunidad le presta obediencia y el Prelado nos dirige una breve plática exhortándonos a una plena confianza en la divina Providencia que nos gobierna tan sabia y amorosamente. El acto no puede ser más sencillo ni más conmovedor.

ENERO 28 (lunes).—Sigue nevando sin interrupción. Hay que puntualizar con el Sr. Obispo lo tratado el día 25, y marcho para ello al recibidor de los Padres, saludando primero y charlando largo con el Revdo. Padre Ministro. Viene luego Mons. Huarte, y él mismo plantea el asunto más delicado en forma muy aceptable, con una sencillez encantadora.

Por la noche me envía escritos los acuerdos tomados entre él y yo de palabra. No tengo tiempo de mandarle mi conformidad porque es hora de acostarse y lo dejo para mañana.

ENERO 29 (martes).—Terminada la Santa Misa, redacto la contestación al Sr. Obispo. Mando al criado con la carta, y se la entrega en el camino porque ya Monseñor viene a despedirme y trae escrito otro pliego en el que, sin haber

podido saber la dificultad que yo en mi escrito le proponía, me la da resuelta inspirado sin duda por Dios nuestro Señor. Ahora sí que quedo del todo contenta y tranquila y muy agradecida al buen Padre de la misión de Wuhú, que ha demostrado entrañas de verdadero Padre ahora y siempre.

Cuando él se marcha, nos reunimos la Comunidad en el recibidor; les digo mi satisfacción y contento, y gozamos todas muy en familia. Por la tarde preparamos maletas porque aunque nos dicen que mañana habrá tiempo, preferimos dejarlas terminadas. Antes de acostarnos leo los oficios de la pequeña Comunidad.

ENERO 30 (miércoles).—Duermo poco; en cada una de las despedidas de estas queridas misiones sufro mucho. A las cinco y media de la mañana oigo dos timbrazos de la portería, y se me ocurre que, a lo mejor, vienen a buscarnos para ir al barco, a pesar de que ayer nos dijeron los Revdos. Padres que no llegaría hasta la tarde. En efecto; el Revdo. P. Muguiro viene diciendo que acaba de llegar un barco chino, y que para salir al momento nos dará la sagrada Comunión, pues no hay tiempo para celebrar la Santa Misa. ¡Y aún estamos acostadas! Nos vestimos a escape y mientras el Padre Ministro corre al puerto para avisar que nos reserven *cabinas*, nos da la Comunión el R. Pa-

dre Barreiro. Comulgamos, y, sin tiempo para dar gracias a Nuestro Señor, abrazamos estrechamente a la Madre Expectación, Sor M.ª Itziar, Sor Teresita y Hermana Encarnación, que quedan en casa, y salimos con el R. Padre Muguiro, cuatro o cinco criados chinos de los Padres y las Madres Auxilio y Josefina. ¡Qué pena tengo de las que quedan en casa y de haberlas despedido tan a la ligera! Es fácil que el Señor lo haya dispuesto para no darnos tiempo a reflexionar en la separación...

Vamos a pie; sobre la nevada de estos días ha helado fuertemente y los *pus-puses* resbalarían; preferible es en estos casos el coche de San Francisco, y, paso a paso, asegurando cada pisada como los bueyes, vamos camino del puerto formando una larga hilera de gente con el Padre Muguiro a la cabeza. Atravesamos las estrechas calles del todo a oscuras; aún está lejos el amanecer, y el alumbrado de Wuhú... se presta a todos los resbalones imaginables. Dígalo, si no, Sor Josefina, que en el cruce de las cuatro calles besó el suelo devotamente... Yo marcho intranquila por la pobre Lola que, con la escasa vista que tiene, me temo se caiga en cualquier bache. La bajada al puerto es mala; una cuesta sin camino, pendiente, resbaladiza y, al decir de los criados chinos, difícil de verdad. Miro atrás y veo a Lola que vie-

ne agarrando del hombro de un viejecito el cual, a su vez, se apoya en un largo varal. El embarcadero estrecho y largo con una buena alfombra de nieve helada y sin una mala barandilla nos hace pensar en la *alegre perspectiva* de un baño matutino en el río Azul. Gracias a Dios llegamos a la lancha: es una de las famosas barcas que tantas veces hemos contemplado con techo en forma de medio cañón. Bajamos a ella tanteando, y nos encontramos todos los viajeros sentados unos enfrente de otros en perfecta oscuridad comentando las cualidades del lazarillo de Lola que es un chino casi ciego... Subimos al "Kiang-wah", un bonito barco chino con puentes amplios y limpios, comedor elegante y buenas camas. Conversamos con el Padre y las Madres como una media hora y... a despedirse otra vez. La Madre Auxilio casi serena (en apariencia), pero Sor Josefina dejando correr las lágrimas sin miramiento. Yo no lloro; en todas las Casas me ha ayudado el Señor para contenerme delante de mis queridas hijas; pero ¡cuánto me cuesta dejar de verlas cuando desaparecen tras el pontón desde donde por última vez me dicen adiós!

A las ocho y media vamos al desayuno, y con gran sorpresa vemos en la cabecera de la mesa a un señor europeo que nos dice "Good morning" con visible simpatía. Es muy locuaz,

de conversación agradable y dispuesto a las buenas bromas.

Llegamos a Nanking a las doce, repitiéndose la gritería, los saltos del pontón al barco antes que éste atraque y todas las escenas alborotadas que contemplamos a nuestra subida por este lugar.

Cargando y descargando están ocho largas horas que a nosotras nos parecen días pensando si con tantas paradas llegaremos a Shanghai a tiempo para embarcar en el "Nagasaki-Maru" que sale el 1.° de Febrero a las nueve de la mañana.

A ruegos del señor noruego que ha resultado ser el capitán del barco, nos da Lola un concierto después de la cena.

Jueves, 31.—Fiesta de Nuestro Santo Padre. Poco podemos celebrar este gran día faltando la Sagrada Comunión, la Santa Misa y la compañía de alguna Comunidad de las nuestras. En cambio me veo en este gran río de la China y pienso que mi Santo Padre me bendecirá por lo mismo que estoy sola tratando de extender el reinado de Jesús en las almas.

Durante el almuerzo nos dice el capitán que llegaremos a Shanghai a las seis de la tarde y me pregunta si es buena hora. Un poco extrañada le digo que sí, ya que hasta el día siguiente no tenemos barco.

Aún tenemos otra parada en.. no sé el nombre del puerto que hay entre Nanking y Shanghai. En una extensa rada, hay catorce barcos de guerra chinos, la mayor parte cruceros, y cañoneros los otros. Bajan muchos pasajeros a una gabarra que viene en su busca. En una hora levantamos anclas con rumbo a Shanghai. A las seis en punto, cerrada ya la noche, nuestro "Kiang-Wah" se acerca al muelle de Shanghai; nosotras subimos al puente para ver al Padre Iruarrízaga y a los Padres de la Procura jesuítica que deben esperarnos según telegrama que de Wuhú les han puesto. Nos hacemos ojos Lola y yo, pero... no vemos ningún jesuíta ni franciscano. Y ¿qué nos hacemos solas en este Babel de Shanghai sin conocer las calles ni poder dar a entender lo que queremos?... Yo, por si acaso, me doy a repasar el nombre chino de la calle donde viven los jesuítas y que por precaución lo apunté en Wuhú. *Yan-kin-pan, Tien- chu-tan,* repito por centésima vez paseando a largas zancadas en el puente para reaccionar del frío intenso que en él se nota, mientras me asomo a la borda y retiro la capa negra para que si en el muelle hay alguna persona conocida, me reconozca por lo blanco del hábito. Hasta se me ocurre repetir la misma operación colocándome debajo de un buen foco eléctrico, pero... ni el blanco del hábito ni

el fulgor de las luces nos trae al buen Padre Iruarrízaga. ¡Vaya una *soirée* de más de hora y media, celebrada en el puente del "Kiang-Wah" el día de Nuestro Santo Padre! Veo al capitán y le expongo nuestra angustiosa situación; me dice que aguardemos media hora más; en ese intervalo aparecen dos ángeles salvadores vestidos de presentandinas que llegan como llovidos del cielo... Son las que vienen en nuestro barco desde Wuhú, y como hasta ahora no han podido saludarnos, se les ocurre hacerlo en esta nuestra crítica hora con la más oportunísima oportunidad. ¡Bendito sean Dios y Nuestro Santo Padre a quien venía invocando con toda la fe de mi alma en cada respiro de la jaculatoria china *Yan-kin-pan, Tien-chu-tan!*

Las presentandinas hablan por los codos, juntan las manos, se inclinan reverentes, mientras Lola y yo no entendemos una palabra de sus discursos; pero como lo que nos importa es que nos lleven con ellas, entramos en un diálogo mudo de gestos y señas capaz de hacer comprender al más negado nuestros intentos. Ni por esas; cada vez nos entendemos menos. Entonces Lola coge a una del brazo y medio arrastras se la lleva a la *cabina;* allí la enseña nuestros equipajes con la mímica más elocuente del mundo, para hacerla entender que nosotras y los bultos hemos de ir con ellas... A es-

ta sazón pasa un "boy" del servicio del barco que habla el inglés; gracias a él que nos hace de intérprete, quedamos con las presentandinas en que ellas irán a San José y volverán a buscarnos con los criados de los Padres.

Así se hizo: a las ocho de la noche llegábamos a las puertas de las Madres Auxiliatrices en sendos *pus-puses;* cenamos ligeramente y después de telefonear al Padre Iruarrízaga que viniera a la mañana siguiente, descansamos en buena cama de las zozobras y aventuras del día 31 de Enero.

FEBRERO 1.° (viernes).—Comulgamos con gran júbilo. Llega el Padre Iruarrízaga durante el desayuno, del todo apesadumbrado por no haber salido a recibirnos, y nos explica que la Agencia le aseguró por tres veces, una hora antes de nuestra llegada, que el barco no podría llegar hasta hoy al mediodía. Cree el Padre que el capitán informado por nosotras de que teníamos que embarcar el 1 a las nueve de la mañana, adelantó la marcha del barco sin detenerse, como estaba anunciado, en el puerto anterior a Shanghai. ¡Deo gratias!

Embarcamos a las ocho y media de la mañana en el "Nagasaky-Maru", acompañándonos el Revdo. P. Iruarrízaga. Por la tarde se pone una mar furiosa; por primera vez después de tantos viajes, me siento mareada.

2 (sábado).—Estamos en Nagasaky a la una y media de la tarde. Yo tenía deseos de visitar esta población y se lo manifesté por carta al Revdo. Padre Fáber; por eso abrigo la esperanza de encontrarle aquí. Salgo del puente y reconozco al Padre desde muy lejos. ¡Cuánto le agradezco el haberme proporcionado el consuelo de pisar esta ciudad tantas veces nombrada en las cartas de San Francisco Javier!

Bajamos a tierra los tres viajeros y nos dirigimos al palacio de Mons. Hayasaka, primer Obispo japonés. Mi deseo de saludarle es grande; pero no le encontramos en casa. Entramos en la catedral, muy sencilla y devota; en el altar mayor, a mano derecha, hay un gran cuadro representando el suplicio de los mártires de esta ciudad. En el altar lateral de la derecha está la pequeña escultura de la Santísima Virgen descubierta por los misioneros hace poco más de medio siglo, y que estuvo escondida desde la gran persecución a los católicos del año 1730. Es como de un metro: tiene las manos cruzadas delante del pecho y la cabeza ligeramente inclinada; a mí me pareció muy devota, quizás por los recuerdos que simboliza. Oramos un rato delante de ella, y yo le pedí que acogiera como Madre a las Misioneras Mercedarias que quedan en el Japón y que las alcance la gracia de ganar muchas almas para Jesús. ¡Oh Ma-

ría! Tú sostuviste en la fe a los cristianos perseguidos durante tantos años. ¡Por lo mucho que los amas, extiende ahora la fe por medio de tus hijas y haz que todo el Japón sea cristiano!

Nos queda poco tiempo para subir al gran templo de Urakami, donde hay tanto culto y fervor. Cerca de él viven miles de japoneses, católicos rancios, hijos y nietos de mártires... El barco se detiene dos horas; no es posible alejarnos tanto del puerto. Vamos a la Procura de Padres de las Misiones Extranjeras donde vive Monseñor Tierry, de la misma Sociedad, que ha cedido su palacio, seminario, catedral y obras parroquiales a Mons. Hayasaka por indicación, seguramente, de Roma que quiere que los Obispos indígenas se desenvuelvan en vicariatos ya formados. Se me figura que ha debido de costarle no pequeño sacrificio eso de entregar el trabajo intenso de cincuenta y más años de apostolado y empezar él a roturar nuevo terreno del todo inculto. ¡Prodigios de la caridad de la Iglesia Católica!

De aquí vamos a la iglesia de los mártires, que es un verdadero relicario, rico, limpísimo, admirable por su buen gusto.

Todo el pavimento del cuerpo central de la iglesia está tapizado con los *tatami* o esteras japonesas limpias, curiosas y elegantes. Sobre ellas, de rodillas y totalmente postradas, hay va-

rias jovencitas tan absortas que ni siquiera nos miran.

El presbiterio es de los más grandes que he visto; los altares y columnas de preciosa madera tallada, todas de una sola pieza.

Nos arrodillamos en el mismo comulgatorio... Da gusto orar aquí donde la sangre de tantos heroicos mártires está delante de Dios abogando por el Japón y por el mundo entero. ¿Nos concederá el Señor, por los méritos de ellos, que la sangre mercedaria corra aquí por su amor y para establecer su reinado? ¡Al menos, Señor, salvemos muchas almas y trabajemos por Ti!

El tiempo apremia y volvemos al "Nagasaki-Maru" después de comprar en un comercio algunos objetos de concha que aquí trabajan con tanta especialidad.

Seguimos hasta Kobe con un tiempo espléndido, bastante frío. El 3 de Febrero, para las cuatro de la tarde, estamos en el puerto, que meses atrás tanto llamó mi atención por su silencio casi fúnebre. Como el *express* en que hemos de ir no sale hasta las siete de la tarde, pensamos ir a visitar algún comercio; antes vamos a la estación para asegurar los billetes para los coches-camas, etc. Estando en ella, se presenta un empleado del barco diciéndonos que volvamos a él porque la policía nos espera... (¿¿??) Entonces caemos en la cuenta de que hemos aban-

donado el barco sin visar los pasaportes; en el salón está esperándonos el *police-man*, serio como una alcachofa, y nos hace saber que hace rato está aguardando. También el *Purser* deplora que hayamos salido sin llenar esta formalidad en el Japón tan severa. Terminamos contestando a una docena de preguntas sobre de dónde venimos y a dónde vamos que, por lo repetidas, me las sé de memoria, y volvemos a la población para ver algo de ella. Compramos muchos curiosos objetos y fotografías; subimos a un templo católico, y después de visitar a Jesús Sacramentado, miramos al reloj y... aún faltan casi dos horas para la salida del tren. Ya no sabemos *a dónde encaminar la proa de nuestras frágiles navecillas*, como dice con mucha gracia el Padre Fáber, y alquilamos un *taxis* para dar un paseo por las calles más céntricas que son las más japonesas. El Padre nos hace bajar en la que llaman "de los teatros" porque en toda ella no hay más que *cines*, teatros y comercios muy vistosos. Hay muchos cerrados por la muerte del padre de la Emperatriz acaecida pocos días ha; pero así y todo sobra animación de música, de campanillas y jolgorio por todas partes. Salimos pronto y aguardamos en la misma estación la llegada del tren. En él pasamos la noche no muy a gusto por el excesivo calor que hay en los wagones, pero relativamente bien. Un

vecino nuestro ronca por todo lo alto...

A las ocho de la mañana del día 4 ya estamos en Tokio; en *auto* vamos a Sekiguchi dando una grata sorpresa a las Madres que no nos esperan tan pronto. Tras los jubilosos abrazos y antes de ver la casa nos sentamos en el recibidor para satisfacer de una y otra parte el ansia de noticias. Ellas quieren saber todo lo de Wuhú y yo todo lo de ellas, así que los primeros momentos son de una deliciosa algarabía. Luego a ver la casa que hace solamente cuatro días que está habitada. Es monísima y muy grande para lo que en el Japón se acostumbra; pero... todo es relativo en este mundo. Si la vieran las de Bérriz juzgarían que es un nido; delicioso, eso sí; pero un nidito menudo. ¡Es la cuna mercedaria del Japón! ¿Quién sabe a dónde se extenderá después?

Instaladas en nuestra casita, me encuentro con un "cable" de Bérriz expedido el 27 de Enero en el que expresamente se me dice que debo de estar allá para San José y volver, no por Marsella, sino por Vancouver.

Ante tan repetido deseo, cerramos los ojos a todas las razones que teníamos para hacer el viaje por vía Suez y determinamos dar la vuelta al mundo. El Revdo. Padre Fáber se encarga de tramitar este asunto por medio de la Agencia Cook que tiene las oficinas en Yokohama.

Durante estos primeros días no hago sino revolver en mi imaginación que, puesto que esta casa está edificada en los terrenos del Sr. Arzobispo, quien nos ha cedido graciosamente la parte que ocupa, a título de casa provisional, que probablemente será abandonada por nosotras a los dos, tres o cinco años para pasar entonces a ser propiedad de la Misión, bueno sería dejar en claro hasta cuánto tiempo podemos gozar de ella y qué condiciones nos pondría la Misión en el caso de que, expirado el plazo máximo, quisiéramos seguir habitándola. Llamo al Revdo. Padre Patrouilleau, con quien tengo entera confianza, y hablamos sencillamente de la conveniencia de dejar establecidas las cosas en toda regla, y a fin de ahorrarme la molestia que podría causarme el tener que tratar directamente con el Sr. Arzobispo de asuntos económicos, me propone al Revdo. Padre Fáber para ello. Se lo agradezco mucho.

Está ya señalada para el 11, fiesta de la Virgen de Lourdes, la inauguración de la Casa. Se nos van los días limpiándola, cosiendo cortinas y ultimando detalles. La víspera, mandamos al Sr. Arzobispo un buen regalo: la casulla blanca bordada en Bérriz. Sabemos que le ha gustado mucho, y al darnos las gracias, por medio de la criada, nos avisa que la estrenará mañana.

FEBRERO 11 (lunes).—Hoy celebra la Misa el Sr. Arzobispo a las ocho. Comulgamos de su mano pidiendo con toda el alma a Jesús por María, que bendiga el granito de mostaza que va a ser sembrado y le transforme en árbol gigante capaz de dar sombra a millares de almas.

Después de dar mano a los últimos retoques de la casa, nos disponemos a recibir a los invitados: van llegando en gran número los Padres de las Misiones Extranjeras, Secretario del Delegado Apostólico Padre Ceroni; Ministro de España, Consejero de la Legación, Almirante Yamamoto con su hija María, Rector de la Universidad con tres Padres jesuítas, Director de *L'Etoile de Matin*, Coronel Herrera, Damas de St. Maur, Adoratrices españolas, Madame Quézennec, de la embajada francesa, Mme. Ishi y otras distinguidas señoras y señoritas japonesas. El Revdo. Padre Fáber puede decirse que lo ha organizado todo y anda incansable de una parte a otra, recibiendo a los que llegan, atendiendo al Sr. Arzobispo y haciendo, en fin, los honores de la casa con la amable distinción que le caracteriza.

El Sr. Arzobispo, revestido elegantemente, bendice la casa con las preces litúrgicas recorriendo después las habitaciones de los dos pisos que va rociando con agua bendita. Tras él,

queriendo verlo todo, suben los invitados y examinan las celdas y aun el desván.

Restablecido el orden y después de esperar a algunos rezagados que andan aún por los desvanes, el Sr. Arzobispo comienza su alocución en francés haciendo votos al cielo por la prosperidad de nuestra obra que él, dice, está dispuesto a ayudar y que espera producirá copioso fruto en el Japón. Recuerda después a los mártires entre los cuales figuran varios españoles y hasta un vasco, y dice que por la misma santa causa por la que ellos derramaron su sangre, venimos nosotras a la nación japonesa queriendo, como hijas que somos de la Virgen de la Merced, hacerle esta merced, excelente entre todas, de trabajar porque reine Jesús en el imperio del sol naciente. Estuvo muy bien Monseñor en su discurso. Al terminar, debía yo contestarle, también en francés, y tenía preparado un discursito muy breve en acción de gracias. En efecto, comencé a echarlo con toda felicidad, pero, de repente, quedó mi memoria del todo limpia y rasa sin la menor especie de las ideas y palabras de antemano prevenidas. Como no era cosa de quedarme callando, dejé a la memoria que se perdía del todo y eché mano de lo que el corazón sentía, diciendo sencillamente a Monseñor que, al volver a España, diría que quedaban mis hijas al amparo de un verdadero

padre cual él lo era y que, bajo tan buenos auspicios y la gracia de Dios nuestro Señor, trabajarían las mercedarias con denuedo en la salvación de los japoneses, ayudando con toda su alma a los misioneros en su obra de evangelización. Probablemente diría unos cuantos disparates pero por lo menos terminé bien porque a última hora, con el calor de la improvisación, se hizo luz en mi memoria y salió un final de lo más redondeado y pulido, capaz por sí solo de hacer creer a los oyentes que estaban escuchando al inmortal Lacordaire...

A este número sigue un té de honor servido por uno de los mejores cafés de Tokio y, a la usanza de las grandes recepciones japonesas, en las que los comensales no se sientan sino que, de pie, reciben de manos de los camareros lo que ellos sirven y de pie se lo comen. En grupos animados charlan todos los caballeros y religiosos en una sala y las señoras en otra, hasta que, terminado el "lunch", se les invitó a dejarse retratar para perpetuar el recuerdo de esta fiesta. Para rematarla dignamente, el Sr. Arzobispo propone después que vayamos a la preciosa gruta de Lourdes, que está a espaldas de la catedral. Vamos todos en peregrinación, y delante de la imagen que tan al vivo representa la del mismo Lourdes, reza Monseñor tres Ave Marías, dispersándose los invitados después de

una muy cordial despedida. Todos se muestran sinceramente satisfechos de cómo ha resultado el acto, felicitándonos calurosamente.

El 12, martes, vuelve el fotógrafo porque Monseñor ha manifestado deseos de obtener un grupo de las Madres con él mismo; también retratan la casa.

FEBRERO 13 (miércoles).—Entre los muchos Padres de las Misiones Extranjeras de París que ayer nos saludaron, tuve el gusto de conocer al Revdo. Padre Bretón, párroco de Omori, de quien había oído hablar con grande loa por su espíritu fervoroso y cualidades emprendedoras en el desempeño de sus numerosas obras de apostolado. Es un hombre bien formado, como de cuarenta y seis años, de ojos azules y mirar sereno que en todos sus ademanes denota gran energía de carácter y resolución indomable. Es el fundador del único Instituto de Religiosas indígenas existente en el Japón y que en la actualidad prospera de día en día con numerosas vocaciones y cumplida organización. Pero, para llegar a esto, ¡qué constancia ha debido desplegar este intrépido misionero venciendo él solo todas las dificultades que este género de obras trae consigo! Díjoseme que, a los principios, no solamente se encontró sin apoyo, sino que hubo hasta marcada oposición en personas influyentes y de mucha autoridad; pero él siguió adelante

y hoy ve florecer y dar fruto a la tierna planta que con tantos trabajos sembró.

Este digno Revdo. Padre desea una fundación de Colegio en su ciudad y piensa que un centro de instrucción dirigido por religiosas tendría allí mucha vida y grande campo de acción, pues las niñas y jóvenes de Omori tienen que acudir a los colegios de Tokio y Yokohama por no haber en su ciudad colegio alguno. Instóme ayer para que fuésemos a ver algunos terrenos, y allá vamos con el Revdo. P. Fáber. De Tokio a Omori hay unos veinte minutos de tren. La corta distancia de la estación a la casa del Reverendo Padre la recorremos a pie por entre calles estrechas de mucho tránsito y comercio.

La casita del Padre Bretón queda detrás de la iglesia rodeada del hospital que dirigen las Hermanas de la Visitación fundadas por él y de otras obras parroquiales. Es pequeña, muy bien distribuída y la tiene amueblada con una sencillez de mucho gusto: se respira en ella bienestar y limpieza. Vemos el hospital y dispensario, muy notable, visitamos algunos enfermos y, ya dispuestos a salir, nos pregunta el Padre Bretón si querríamos saludar al Revdo. Padre Raguet, gran misionero, actualmente recluído en su habitación por la edad y los achaques aunque con una inteligencia tan despejada que le permite proseguir con ahinco sus afamados

trabajos literarios. Nos habla de él como de una reliquia veneranda, que él conserva con santa admiración y orgullo. Aún está el Padre Bretón ponderando las cualidades del venerable anciano, cuando se abre una puerta que nos deja frente a frente del mismo. ¡Oh, qué hermosa cabeza, que el tiempo ha blanqueado por completo! ¡Qué dulce y profundo y acariciador mirar el de sus ojos azules en los que parece vagar una perpetua pregunta: la pregunta del sabio y del santo que en todo lo que estudia y descubre ve siempre el más allá de lo infinito! Le encontramos sentado en su despacho, delante de grandes y numerosos libros del todo manoseados, prosiguiendo quizás el enorme diccionario japonés francés que viene publicándose con admiración de propios y extraños. Obra suya es también la traducción en japonés del Nuevo Testamento, dificultosa en extremo, a la que se ha consagrado con gran cariño.

El Revdo. Padre Raguet cuenta setenta y cinco años de edad, cincuenta de los cuales lleva de misionero en el Japón. ¡Hermosa corona le tiene reservada el Amo de la viña a este dignísimo operario que en breve llamará a las puertas del cielo! Yo estrecho su mano rugosa con emoción y salgo contentísima de haber conocido a este varón insigne de la Sociedad de las Misiones Extranjeras.

Con el Revdo. Padre Bretón por guía, vamos en *auto* a recorrer la ciudad y ver, siquiera sea de pasada, los sitios más a propósito para nuestro posible colegio. Hay preciosos terrenos, magníficamente situados y emplazados allí donde habita la colonia europea y todo lo mejorcito de Omori. Si el Señor quiere darnos los medios, sería una gran cosa poder edificar aquí.

El amable Padre Bretón hace conducir el *auto* por sitios muy pintorescos y se propone llevarnos a ver el famoso templo de Nichiren en Ikegami. El nombre de Nichiren lo recibe de su fundador; un famoso reformista del budismo que logró modernizarlo en cierto modo y que murió en este lugar. Captóse la admiración de los suyos hasta el punto de tributarle los honores de dios aquí donde descansan sus restos.

Dícenos nuestro cicerone que es el templo budista de mayores proporciones y el más notable en muchos kilómetros a la redonda.

Está en un alto, muy alto, dominando toda la ciudad. Para subir a él hay una escalera de piedra de grande anchura dividida en dos partes iguales por una gruesa cadena de hierro que corre a lo largo cortada a trechos por postes del mismo metal. Los peldaños, enormemente altos, parecen antiquísimos; los siglos y el uso los han desgastado y en parte hendido profundamente. Quizás se añada a estas causas los fre-

cuentes temblores de tierra que azotan estos países del todo volcánicos; ello es que la escalera, las lámparas gigantes de piedra que hay a ambos lados de la misma y hasta los árboles corpulentos y añosos que enseñan sus largas raíces en toda la empinada cuesta, dan la sensación de que el gran templo y todo lo que le circunda se remonta a una época milenaria.

Llegando a la cumbre encuéntrase una explanada inmensa con frondoso arbolado y multitud de edificios destinados al culto de los dioses. Habría más de doce entre grandes y pequeños, excluyendo lo que diríamos seminario de los bonzos que tiene por sí solo todo un pabellón con el mayor y más lujoso panteón en el centro.

Antes de llegar a él visitamos uno pequeño, especie de capilla privada, en el que había dos grupos de fieles por separado sentados en el suelo; los hombres a la derecha y las mujeres a la izquierda conversando entre sí en voz baja. Esta especie de tertulias delante del sacro altar es en ellos muy usado. Junto a este edificio hay una campana de inauditas proporciones que, al pasar nosotras, dejaba oír su tañido muy sonoro producido por una como catapulta, enorme también.

Vimos al fundador en otra pequeña capilla, inmortalizado en una estatuita de porcelana co-

mo de un metro de altura con otras dos figuras, una a su derecha y otra a su izquierda, que ignoro lo que querían representar; pero que, a juzgar por la expresión de franca alegría que ambas reflejaban en sus mofletudos rostros, bien pudieran simbolizar la dicha a que se hizo acreedor Nichiren, el famoso. Estos dos muñecos es lo único alegre que allí se ve; por todas partes abundan las figuras más terroríficas y espantables que imaginar se pueda. Dos demonios horrendos de madera tallada, altos como de cuatro metros, custodian la entrada del templo búdico. Están pintados de rojo y tiene uno de ellos el brazo en alto con el puño enérgicamente cerrado, mientras el otro, en la misma amenazadora actitud, sostiene una maza gigante. Las facciones de sus rostros tienen un gesto tan forzado de cómico terror que no creo que haya figuras más a propósito para asustar a los niños haciéndoles creer que es *el Coco*. De estos monstruos feísimos se ven por todas partes, con caras infames, largas y enroscadas colas de dragones y cuanto puede representar el terror que anima a estas falsas religiones que tan lejos están de saber que "Dios es caridad". Siéntese una compasión profunda de estos pobrecitos pueblos paganos, hambrientos como nosotros de Verdad y de Amor y perdidos en los caminos de la idolatría por falta de misioneros que los conduz-

can... ¡Oh, y cómo se aprecia la fe aquí! ¡La fe de nuestra religión sacrosanta! ¡La verdad y pureza y hartura de su doctrina del todo celestial y tan humana al mismo tiempo!

De todo esto hablamos espontáneamente el Padre Bretón y nosotras mientras caminamos hacia el gran templo en el que se oye una especie de rezo semitonado, muy gangoso, con finales celebérrimos del todo a propósito para cunar a los niños. "Están rezando los bonzos—dice el Padre—; si quieren trataremos de atisbar desde algún sitio a propósito cómo cumplen este menester sagrado". El Padre se descalza y yo le sigo. Dejamos atrás la ancha escalera de unos veinte metros donde está el arca destinada a las limosnas y nos encontramos en un atrio espacioso con larga galería bien limpia y encerada. El Padre Bretón me advierte que es fácil nos despachen por atrevidos; pero él y yo queremos probar fortuna. El recinto del templo, de donde salen las voces rezadoras, está del todo cerrado con biombos corredizos muy altos que alcanzan el techo. Nos miramos sin saber qué hacer; por fin el Padre, encogiéndose de hombros y con un gesto como quien quema el último cartucho, descorre suavemente uno de los biombos invitándome a inspeccionar el interior por la ancha abertura que él ha dejado al descubierto. Maravillados de las preciosidades

que en él se encierran, permanecemos mudos de asombro: el recinto, como de veinte metros cuadrados, tiene al fondo el altar todo de laca y oro bruñido. No se ve en él ninguna imagen; pero sí que podemos admirar todos los adornos imaginables, no diré de buen gusto, pero sí de fastuosidad brillantísima, que campea por todos lados. En el techo, ricamente artesonado, hay cuadrados pequeños trabajados en fina porcelana; dragones, dioses, guerreros; escenas históricas de gente armada... una infinidad de preciosidades en miniatura magistralmente representadas y con tal arte combinadas con la laca y el oro que ofrece un golpe de vista fantástico y seductor.

Sobre el altar cuelga del techo una especie de rico dosel que parece de bronce y a ambos lados hay dos grandes facistoles de forma muy parecida a los de nuestras catedrales.

Están rezando dos bonzos: mala obra les hemos debido hacer porque, por lo menos uno de ellos, da señales de poquísima devoción, si alguna vez la ha tenido. Nos mira a cada rato con el rabillo del ojo y le vienen ganas de que admiremos las ceremonias de sus funciones sacerdotales porque se levanta de presto del suelo, donde está sentado, dirigiéndose al altar. Allí se postra repetidas veces y vuelve a su sitio para continuar la salmodia que reza alternando con

su compañero. Este, que está sentado de espaldas a nosotros, tiene delante de sí un gran bombo que hace sonar de tiempo en tiempo, y, al ritmo del tambor, repite una frase que probablemente será la famosa consagrada: "Veneración al Sútra, de la misteriosa ley de la flor de loto".

El pavimento, de preciosa madera, no puede estar más limpio. Formando hileras verticales desde el altar hasta el extremo opuesto ocupado por nosotros, hay en el suelo preciosos cofrecitos de roja laca, todos iguales, colocados sobre elegantes soportes de laca también, destinados a guardar los libros que los bonzos emplean para sus rezos oficiales. Junto a cada uno de ellos, se ve un tamborcito colocado verticalmente sobre un pie como de un metro.

Salimos. El P. Bretón me dice que es el templo más rico que ha visto desde que está en el Japón y hay que tener en cuenta que este Reverendo Padre lleva aquí veinticinco años. Añade que todos los años se celebra una fiesta espléndida del 12 al 13 de Octubre: millares y millares de fieles, con grandes linternas adornadas de papeles de colores, vienen en peregrinación, cantando, bailando, y haciendo resonar los tambores. Dicen que es un espectáculo único. Esto de los tambores tiene entre los budistas grande aplicación; figúraseles que el espíritu invocado por ellos, acude y presta atención cuando se

provoca un ruido. Así veíamos que los fieles, puestos de pie delante del altar, juntaban primero sus manos y luego daban dos palmaditas para que el espíritu estuviese atento. No hay pues que decir que si el complaciente espíritu ya oye la oración de sus devotos cuando éstos dan una suave palmada, ¿qué oídos más abiertos tendrá cuando el redoble enervante del tambor le mantenga despierto sin temor a que el silencio le adormezca?...

Una pobrecita mujer, sentada en cuclillas delante de Buda en una capilla pequeña, está cantando con acento desesperado mientras redobla furiosamente un tambor que pende fijo de un corto trapecio. Más de un cuarto de hora la vemos sin cambiar de postura, emitiendo el mismo canto monótono y triste que parecía reflejar el estado de su alma. Nos alejábamos ya y aún el viento nos traía aquel eco tan lánguido que a veces se avivaba para languidecer de nuevo...

A mano izquierda de la escalera de bajada tropezamos con otro templo en el que no habíamos reparado hasta entonces: le llaman *el templo de las zorras* y bien se echa de ver su nombre a poco que se advierta en las numerosas estatuas de piedra que hay a ambos lados del estrecho camino que al templo conduce. Todas ellas representan zorras de diversos ta-

maños y en diferentes posturas: las hay grandes, pequeñas, medianas... de pie, sentadas y comiendo...; pero lo grande del caso, es decir, lo pueril, lo risible, lo ridículo es que las señoras zorras están todas ellas vestidas con trajes de percal, la mayor parte, rojos. No puede darse cosa más cómica que verlas con sus baberos largos, sus gorritos y sus sayas y llevando algunas de ellas las patas delanteras a la boca en ademán de comer. La razón de este culto hay que encontrarla en una supersticiosa alteración de las creencias entre la plebe indocta, pues su verdadero origen está en el culto a "Inari", el dios zorra, dios del arroz y de la agricultura. Represéntanle de ordinario bajo la forma de un viejo con blanca barba, montado en una zorra blanca también; pero los labradores, consecuentes con el temor que la zorra les infunde, se han decidido a abreviar el camino y en vez de dirigirse a "Inari", se van derechamente a la zorra para que no devaste sus arrozales. Figúraseles que si las tienen contentas en el templo, bien comidas y abrigadas, no se irán por los campos ni causarán estragos. Por eso los labradores traen aquí sus ofrendas en especie o dinero y los bonzos se encargan de abrigar y alimentar a las temidas zorras que deben estar bien ajenas del capital que les pertenece y

de la bien provista despensa que, en el alto de Ikegami, poseen.

15 (viernes).—Salimos a visitar al Gobernador general de las islas, pero no le encontramos en las oficinas. Hablamos con el Secretario y Tesorero y a ellos dejo mi tarjeta.

Invitadas por nosotras, vienen las buenas Damas de St. Maur en Comunidad a ver la Casa. Las obsequiamos con un té que procuramos fuese digno de ellas: vinieron casi todas las Madres, amables y buenas como siempre.

Por la tarde voy a ver el gran Colegio "L'Etoile de Matin" dirigido con tanto acierto por los Hermanos Marianistas. Nos lo enseñan por completo: es muy grande y educan en él a unos novecientos alumnos; muchos de ellos han llegado a ser hombres de pro; ahí está el Sr. Yamamoto, capaz de honrar por sí solo a este notable centro de instrucción. Hablamos largo con el amable Padre Director, quien me hace obsequio de un álbum y un anuario de la Casa. La vemos toda en hora y media larguita. A la vuelta encontramos en casa, esperándonos, a los Revdos. Padres Bretón y Patrouilleau: el primero viene a proponernos que en vez de embarcar en el Atlántico desde St. John como tenemos proyectado, lo hagamos desde el mismo New York para verlo despacio y entregar en su nombre a Mons. J. Dunn, Obispo auxi-

liar de esta ciudad, una cruz pectoral que dejó él encargada en el Japón.

Mons. J. Dunn es el director de la Obra de la Propagación de la Fe en América, y el Reverendo Padre Bretón quiere ponernos en relaciones con él pensando, con muy buen acuerdo, que quizás nos ayudaría más tarde en la construcción del futuro Colegio. Me lo dicen con verdadero calor, y yo que veo las consecuencias que este viaje me podía acarrear, parto al día siguiente para Yokohama con idea de hablar con la Agencia Cook y ver de cambiar el itinerario. Llegamos tarde; como sólo faltan dos días para la salida del barco y han mandado reservar *cabinas* tanto en el que nos ha de llevar de aquí a América como en el "Montclare", que va a Liverpool, y aun en el mismo ferrocarril del Canadá, no hay tiempo para nuevas combinaciones. Lo siento de veras.

Este mismo día 18 entra como pensionista en Sekiguchi una japonesa católica de veinte años que está terminando sus estudios. Tiene comienzos de vocación religiosa.

El 19 visito al Revdo. Padre Ceroni en la Delegación; vuelve él mismo al día siguiente a devolverme la visita a tiempo en que están en el recibidor la señora de Yamamoto con su hija María. Estas vienen a despedirme y traen regalos. El locuaz y agradable Padre Ceroni

nos da toda una conferencia sobre el debatido y transcendental tema de la romanización del idioma japonés y lo hace con una vivacidad tan graciosa que resulta muy interesante y amena.

21 (jueves).—Hoy hay que decir adiós a Tokio y a todo el Extremo Oriente. Hay que repetir las amargas despedidas que en esta Casa me resultan más penosas porque es la última que abandono y, al abandonar a ella, conozco lo mucho que me alejo de todas cuatro. ¡Adiós, casitas de misiones; viva siempre con vosotras el Espíritu Santo, como creo que ahora vive, para que busquéis sólo y con ahinco la gloria de Dios! Vosotras vivís con el corazón de Bérriz, y Bérriz, sin sospecharlo vosotras, vive de vosotras y os debe su prosperidad y mucho de su espíritu fervoroso. Que esta unidad vaya en aumento y cada vez seremos más de Dios.

En acabando de comulgar nos reunimos en el saloncito recibidor y delante del Sagrado Corazón de Jesús y de Nuestra Santísima Madre, rezando el "Veni Creator", leo el nombramiento de Superiora recaído en la Madre María Begoña a la que prestan obediencia sus tres hijas. Luego, familiarmente, les hablo de muchas cosas, después de leídos los oficios, y termino invitándolas a darnos un abrazo fraternal en el que corren abundosas lágrimas.

Esperaba ir yo a despedirme del Sr. Arzobispo, pero se me adelanta y viene él mismo trayéndome de recuerdo una pintura japonesa de la Sma. Virgen. Una despedida muy cordial.

Antes de que me pase lo mismo con los Revdos. Padres Flaujac, Patrouilleau y Candau, voy al Seminario. El Padre Patrouilleau no quiere despedirme; viene hasta Yokohama y en el barco me dará el último adiós. Al Reverendo Padre Candau lo encuentro delante de la mesa de su despacho entre un mar de papeles y apuntes; se conoce que está preparando algún trabajo. En la misma mesa, a mano derecha, descansa un crucifijo en el que seguramente busca el fervoroso misionero su inspiración. Le hemos sorprendido preparando una conferencia religiosa que debe dar el día 23 delante de un público totalmente pagano y en obsequio a un gran personaje, pagano también. El Padre se expresa en francés muy dulcemente y gusta mucho de hablar de los progresos del catolicismo en el Japón. Nos va diciendo que la conferencia religiosa se la ha pedido uno de los más notables diarios de la ciudad cuya redacción, trece años atrás, publicaba una revista ilustrada que no tenía otro objeto en aquel entonces que perseguir, injuriar y apostrofar a la Religión católica. Todo esto lo ig-

noraba absolutamente el Revdo. Padre Candau, pero deseando reunir material para su discurso, se le ocurrió solicitar números atrasados del periódico y entre ellos le dieron varios, notabilísimos, antiguos de trece años y que han sido para el Padre una verdadera revelación. Nos enseña las cubiertas, que son abominables: en una de ellas está representado el Cristianismo en una caricatura horrorosa, mitad hombre y mitad perro, acoquinado y medroso ante la fuerza hercúlea con que le oprime un brazo fuerte que es el imperio nipón. En otra, el Cristo, un mono repugnante recostado en una cruz, deja correr gruesas lágrimas y en actitud suplicante pide perdón al pueblo japonés que le pisotea y escupe... Causa escalofrío por una parte y grande esperanza por la otra ver el odio a muerte que hace aún pocos ños había en el Japón al catolicismo y el respeto con que ahora se le mira; es más: el ansia de estudiarlo y profundizarlo que las personas intelectuales manifiestan... es la aurora de un despertar feliz que quiera Dios no tenga ocaso.

Es hora de dejar la casita de Sekiguchi; Sor M.ª Angela y la Madre María no tienen valor para acompañarnos a Yokohama y vienen con nosotras el Revdo. Padre Fáber y las Madres M.ª Begoña y Loreto. El "Empress of

France" nos aguarda en el puerto muy pintado de blanco, reluciente y limpio. Es un trasatlántico soberbio de 18.400 toneladas y una marcha de 18 millas por hora. Lo recorremos en compañía del Hermano Cerdá, los seminaristas de las islas y Naito... A poco llega el amable Padre Patrouilleau y más tarde la señora de Yamamoto que viene en nombre del atento Almirante, ausente en Kobe, a despedirme y entregarme el artículo que en nombre del Revdo. Padre Zameza le pedí para el Extraordinario de *El Siglo de las Misiones*. Me da, a la vez, una preciosa fotografía del Sr. Yamamoto con toda su familia tomada en la intimidad en su propio jardín.

Se despiden todos: salimos al puente y allí quedamos hasta perder de vista por completo al Revdo. Padre Fáber y a las dos Madres... ¡Qué solitas quedamos Lola y yo, y cómo pesa la soledad en estos momentos tan duros! Lola llora mucho; nunca la he visto tan emocionada.

Vamos pocos pasajeros en segunda; yo creo que no pasamos de doce y todos, excepto nosotras, son ingleses o americanos. Hay dos jóvenes matrimonios; una señorita protestante, maestra y misionera en China hace doce años; unos ocho caballeros y una señora americana como de sesenta años que es la más simpática

del pasaje. Nos ha hablado varias veces y ella es la que nos da noticias de los demás pasajeros. Es católica; quizás ella y nosotras seamos las únicas en la tripulación.

La vida a bordo del "Empress" es del todo independiente, y como por causa del frío no podemos salir al puente, nos repartimos el día entre el salón, que es magnífico, y la *cabina* no del todo incómoda gracias a un buen diván. Aquí son nuestras pláticas interminables sobre lo que hemos dejado atrás y sobre nuestra vuelta a Bérriz. ¡Bérriz! ¡Las veces que de ti hablamos ahora sobre todo que hacia ti nos acercamos! Casi no varía el tema de nuestra conversación y por lo menos dos o tres veces por día sacamos la cuenta de los días y hasta las horas que faltan para llegar allá comentando a la vez los entusiasmos que se nos figura habrá en el Convento y en la Casa vicarial pensando en nuestro regreso.

Fuera de estos ratos de expansión hacemos nuestros ejercicios espirituales, y subimos al salón para leer, escribir y tocar el piano. Desayunamos a las ocho y a esa hora reparten en el comedor el periódico del barco: es un extracto de las principales noticias mundiales recibidas por radiotelefonía y muy bien impreso en elegante papel con bonitas viñetas. El almuerzo a las doce y media y la comida a las seis y media. Sirven

muy bien y los camareros son serviciales y finos así como el *Purser*, un señor inglés que cada día nos saluda y no deja de avisarnos cuando hay un concierto. Nos lo ha dado por tres veces un sexteto muy bueno que interpreta a maravilla y sabe ejecutar música buena sin perjuicio de introducir de vez en cuando algo de *jazz-band* que yo nunca había oído y que me hace el efecto de estar escuchando gritos de fieras y aullidos de perros hambrientos.

El mar, regularcillo; es mal tiempo para atravesar el Pacífico. Durante dos días hemos estado envueltos en una niebla cerrada que obligaba a la sirena del barco a pitar de minuto en minuto día y noche.

Al llegar a los 180° de longitud vivimos dos veces el mismo día; se repite el 25 de Febrero de modo que, para nosotras, es bisiesto este año...

El 2 de Marzo, desde por la mañana, vemos tierra. Llegamos a Victoria, primer puerto de la América del Norte, de un efecto muy bonito. Innumerables gaviotas rodean al "Empress" y le siguen; a ratos descansan sobre las aguas para volver a levantar el vuelo en seguimiento del buque.

Al mediodía llama un caballero a nuestra puerta para decirnos que al llegar a Vancouver esperemos en la *cabina* a una agente que nos

SUPERIOR DE INVESTIGACIONES Y ESTUDIOS

conducirá al tren y pondrá en regla nuestros asuntos. *¡All right!* Empleamos la tarde en visar los pasaportes, cambiar billetes y recomendar el trasbordo de nuestro equipaje al "Montclare". Vamos a todas partes con la amable americana que es muy resuelta y ducha en estos trámites tan engorrosos. Ya de noche arribamos a Vancouver y nos encerramos en la *cabina* para esperar al mister anunciado. Media hora, una; hora y media... y el *gentleman* no aparece por parte alguna. Deliberamos largo rato y nos decidimos a rogar al *Purser* que algún "boy" nos conduzca hasta el tren. Se lo digo y él mismo nos acompaña cargando con dos cabás nuestros, llamando a un *taxis* y encargando al cochero cuanto debe de hacer por nosotros. No pudo portarse más caballerosamente. Apenas nos apeamos en la gran estación "Canadian Pacific Railway", y un mozo de los de la gorrita roja se encarga de todo nuestro equipaje y llama a otro para que nos conduzca al wagón. En el estribo hay dos negros del servicio de la Compañía y al encargado de nuestro coche le ruega encarecidamente que nos atienda muy bien durante el viaje. El negro ríe; parece un niñote inmenso...

Ya estamos instaladas en nuestro departamento que es un reservado monísimo con dos grandes y mullidos sofás capaces para cuatro personas;

lavabo con agua corriente, fría, templada y grifo aparte de agua potable helada. Para los seis días han dejado quince toallas y cuatro jabonetas. Sobre el lavabo hay un espejo de tres lunas, y otro mucho mayor, enfrente; todos biselados.

Nada falta en este gabinete en miniatura muy bien caldeado y resguardado del frío del exterior por una triple vidriera que no puede abrirse en invierno.

El tren se pone en marcha a las nueve de la noche; nos arreglan las camas y... a dormir.

Amanece el 3 cariacontecido y triste como queriendo nevar. Nos asomamos a las ventanillas y es tan encantador el paisaje que quedamos clavadas en el mismo sitio casi todo el día sin acertar a separarnos de esta magnífica pantalla cinematográfica que está pasando delante de nosotras. Son las montañas rocosas que atraviesan el Canadá; altas, innaccesibles la mayor parte, tienen un aspecto de sombría majestad, de austera belleza, de misteriosa hermosura difícil de describir. Con frecuencia pasa el tren por una estrecha garganta que dos montes muy cercanos dejan entre sí; desaparece el horizonte del todo cubierto por el negro fondo de una de las montañas cuya cumbre se pierde en las nubes, y desde la altura cae un hilo de agua bullicioso y apresurado que va creciendo, ensan-

chándose, hasta formar allá abajo un lago apacible y manso. Las alturas, montañas, colinas y hasta los escasos llanos están revestidos de pinares cónicos, casi todos muy estrechos, como lanzas enhiestas flechadas contra el cielo. Toda la vegetación, medio cubierta por la copiosa nevada de estos días, ostenta una gama de verdes muy varia: desde el verde rojizo y seco hasta el negro más negro de todos los verdes invernales. Por ninguna parte se ve el fresco y apacible verdor de las bellas islitas del mar del Sur. ¡Allí, el eterno verano; aquí la hermosura del invierno con su dejo de tristeza inconfundible pero grande, muy grande y muy bello también!

Apenas despertamos el 4, miramos curiosas las ventanillas. ¡Qué cambio de decoración! Ni rocas, ni montañas, ni precipicios: una llanura inmensa se extiende por todas partes haciéndonos recordar la meseta de Castilla despejada y monótona. Grandes sembrados de trigo, cubiertos ahora por la nieve; casitas de labradores, grupos de ganado aquí y allá... La dulce vida del campo de nuestras provincias vascas.

La mañanita del 5 amanece muy fría; ha caído gran cantidad de nieve sobre la fuerte helada y apenas vemos otra cosa que blancas sábanas escondiendo el paisaje... Sin embargo, el cielo despejado promete un buen sol y él se

encargará de descubrir los secretos que la nieve encubre. Poco a poco el terreno se va accidentando dejando ver suaves colinas con los árboles coronados de nieve; al pie de ellas, lagos lindísimos con las aguas congeladas, bordeados graciosamente por pinares menudos y formando curvas atrevidas que se meten tierra adentro con enroscaduras de serpiente... A trechos asoma el agua queriendo romper la valla de hielo que le oprime sin conseguir desprenderse de sus poderosos brazos. Todo el día gozamos de la vista mágica de estos variados y preciosos lagos, anchos unos y con largos brazos de ríos considerables, y otros pequeños, como juguetes, encerrando grupitos de árboles que parecen islas encantadas. No podíamos prometernos vistas más deliciosas.

En las estaciones más notables descansa el tren diez o quince minutos que los viajeros aprovechan para pasear y desentumecerse del frío; vemos a varios conocidos del "Empress of France", entre ellos la amable americana que corre a saludarnos muy afectuosamente. También nos saludan otras en el wagón restaurant. En Winipeg bajan muchos a cambiar de tren y cambiamos unas palabras con un joven americano que viajó con nosotras de Japón a China y ahora vuelve a encontrarnos. Va con su señora y dos niños muy pequeños a Monreal,

a la toma de hábito de una cuñada suya. Bien se le conocía que era católico en la simpatía con que nos miraba.

Olvidaba decir que al llegar a Banff pusimos un cable a Bérriz; debíamos haberlo puesto en Vancouver, pero con las esperas al agente se nos fué el santo al cielo.

A las ocho de la mañana del 8 de Marzo llegamos a Monreal. La nieve caía a grandes copos desmenuzándose por la fuerza del viento y azotando desagradablemente los rostros. ¡Qué cambio de temperatura tan peligroso, pasar de la calefacción del tren al aire helado de la estación! El negro me dice que un señor nos espera; en efecto, al pie mismo del wagón hay un agente de la Compañía que habla francés y está comisionado para atendernos. Llévanos consigo a la oficina correspondiente para agenciar el reservado hasta St. John y el número de la *cabina* sobre el "Montclare".

Pensábamos comulgar en alguna iglesia católica pero nos dice el agente que tardarán bastante en arreglar estos detalles y nos conduce al hotel de la estación para desayunar. Como hemos hecho conocimiento en el tren con dos Hermanas de los Sagrados Nombres de Jesús y María que tienen aquí la Casa Madre y numerosos colegios, pensamos ir a verlas ya que el tren para St. John no sale hasta las siete de

la tarde. Se lo decimos al agente; llama por teléfono un *taxis*, da la dirección y nos ponemos en marcha contentas al pensar que estaremos un rato con Jesús Sacramentado ya que no hemos logrado comulgar. El *chauffeur* guía el *auto* por entre una infinidad de calles en las que apenas pueden transitar los vehículos por la enorme cantidad de nieve que ha caído durante la noche y que aun sigue cayendo; conocemos que vacila, que está desorientado y, por fin, desandamos casi todo el camino para tomar otro que un polizonte le indica. Vemos el gran edificio de la Casa Madre que buscamos, pero el *auto* se niega a proseguir: patina sobre el hielo y está expuesto a dar contra una esquina. No hay más remedio que bajarse de él y metiéndose en la nieve hasta las rodillas, con riesgo de caer a cada paso por lo resbaladizo del hielo que está bajo la nieve, caminamos despacito hasta la portería del convento. Debemos llevar unas trazas que la Madre Superiora no se decide a presentarse a la Reverenda Madre General a quien hemos pedido, y después de decirnos bastante secamente que está muy ocupada y que continuamente está reunida con el Consejo, etc., etc., nos conduce a la capilla que es lo que nosotras queremos. ¡Vaya una capilla suntuosa y rica! La bóveda, muy alta, artesonada con un lujo asiático,

está sostenida por dos series de diez y ocho columnas que parecen de piedra ágata, de un color verde claro, que dice muy bien con el decorado de los techos y paredes, todo blanco. El altar mayor que forma un medio círculo muy amplio, tiene todo el fondo trabajado en marquetería sobre gruesas planchas de madera blanca; parece un encaje hecho por manos de hadas... Sobre esta rica labor, y cogiendo todo el techo de un medio rosetón, hay un fresco apocalíptico precioso, representando la Jerusalén celeste, con el cordero en medio y los ríos de agua viva que de El manan. Todo el conjunto es de una elegancia moderna poco vista en los templos; quizás un poco teatral.

A la salida, y en vista de la fría acogida que se nos ha dispensado, pensamos pedir un *auto* por teléfono y marchar a la Estación; allí hay buenas salas de espera, bien caldeadas, y el hotel a un paso. Pronto transcurrirán las horas que faltan hasta las siete de la tarde. Tropezamos con la Revda. Madre Superiora y la exponemos nuestro plan; pero Jesús a quien acabamos de saludar en la capilla, ha cambiado en un momento las disposiciones de su corazón y nos ruega que quedemos allí hasta la hora del tren; que nos han preparado cuartos para descansar y que entonces mismo bajaba a saludarnos la Muy Revda. Madre General.

Nos pasan al recibidor de dicha M. Reverendísima que es todo un salón regiamente amueblado y alfombrado, y al cabo de un cuarto de hora se presenta ella misma rodeada de su Consejo. Es una señora como de cincuenta años, delgada, pálida y de rostro enfermizo; sus ojos dulcemente tristes revelan bondad para con el prójimo y costumbre de cerrarse a menudo para tratar con Dios. La Madre Asistente, mayor que ella, es toda cariño y candor; la Secretaria parece muy lista y acostumbrada al trato de gentes.

Todas tres muestran grande interés por el objeto de mi viaje, y al oír que vamos a España y que de ella venimos, se les conoce que piensan que nuestra patria está en el fin del mundo... También ellas nos dan datos de su Instituto fundado el año 1844 por la Madre M.ª Rosa Durocher para el fin único de la enseñanza y educación femenina. En todo el Canadá tienen unas cuarenta Casas y ocho o diez entre la América central y California. Un total de dos mil y pico Religiosas con treinta y cinco mil alumnas. En esta Casa Madre pasan de seiscientas las religiosas, incluyendo las novicias que son ciento cuarenta, y una treintena de postulantes. El edificio es nuevo, de tres años a esta parte, y está construído con todos los modernos adelantos y *confort* que en Amé-

rica se acostumbra. En solo el pabellón de la Casa Madre, que tiene seis pisos, hay cinco ascensores y cincuenta y cuatro teléfonos para comunicación de las diversas dependencias entre sí y con el exterior. Me enseñaron la cocina, inmensa, con máquinas de fregado, grandes aparatos eléctricos para cocer patatas, otros para fritos, asados, etc.; todo se hace por sí solo y tienen varios vagoncitos con ruedas para transportar las comidas a la enfermería, locutorios, etc. Para hacer el pan hay muy buenos hornos y en esta operación se ocupa un panadero durante todo el día; bien es verdad que de aquí proveen a muchas Casas de las suyas, sin duda a las que están más cerca de esta Casa Madre. Vi cuatro cámaras frigoríficas, cada una de las cuales estaba a más alta temperatura que la anterior, según la clase de alimentos que en ellas se conservan; el aparato de elaborar el hielo y el gran departamento donde está la maquinaria para la calefacción central. Sube a veinte mil dólares anuales el gasto de la calefacción. Las salas del Noviciado son preciosas, pero lo que más me gustó fué la enfermería que está muy bien orientada y no carece de ninguna comodidad. Las celdas, muy grandes; buenas camas y mullidos sillones para las enfermas, y está también pensada la disposición de los claustros de la enfermería, que todos

ellos rodean por detrás el altar mayor, de tal forma, que las ya convalecientes y que viven en el piso primero, salen a una tribuna de la capilla; las que aún están enfermas, son llevadas en carritos o salvan por su pie la corta distancia que hay del pasillo a la parte zaguera del presbisterio, y como el fondo de éste es de madera trabajada con recortes y huecos, permite a las enfermas ver el altar, al celebrante y hasta el coro que queda en el extremo opuesto. Las dolientes que no pueden dejar el lecho, oyen desde él perfectamente los cantos sagrados. La sala de recreo de las enfermas tiene una galería de cristales con vistas encantadoras; desde ella hay un paso para salir al monte en tiempo de verano. Además de esta enfermería tienen otra completamente separada y allí cuidan a las tuberculosas con una serie de prevenciones para evitar el contagio que no puede pedirse más en una clínica moderna. Tienen una muy bien montada sala de operaciones.

La Reverendísima Madre General y su Consejo ocupan un piso de la Casa; en él están sus celdas, escritorios, sala capitular y sala de recreo donde se reúnen siempre las cinco. La Madre Secretaria tiene un despacho grande, como para un director de banco; ficheros muy ordenados y cinco religiosas a su disposición en

otros tantos departamentos contiguos al suyo, cada una con su máquina de escribir.

Es notable la cocina de "l'école menagére" a la que acuden diariamente señoras casadas para aprender el arte culinario y que ocupa un sitio muy espacioso y lleno de luz. La elegancia y limpieza es la nota característica de todas las piezas; hasta en ésta hay grandes maceteros, preciosas palmeras y otras plantas.

Comemos acompañadas de la Madre Asistente, con gran lujo en el servicio y en el número y variedad de los platos. Después de la comida nos presentan a una Hermana del Instituto que habla español; es cubanita, muy joven, con ojos negros llenos de vida y maneras elegantes. Viene con dos alumnas, cubanas también, que, como ella, rabian por hablar castellano. Inútil es decir que antes de un cuarto de hora éramos ya grandes amigas; quieren enseñarnos el Colegio y nos invitan a una velada que van a dar aquella misma tarde. Vemos las clases y los dormitorios; hay tres corridos, pero las niñas mayores, quizás las que pagan más alta pensión, tienen alcobas independientes, amuebladas a gusto de cada una, con tocadores a la última moda y todo el lujo superfluo de adornitos y *bibelots* propios de una joven que está en medio de la sociedad.

Es hora del "play", como ellas dicen, y nos

llevan al salón de actos. Celebran la fiesta de San Patricio que han trasladado a este día del Angel de las Escuelas porque el Patrón Irlandés cae este año dentro del tiempo de Pasión. El salón es grande y bueno; para actuar las niñas hay un estrado con cuatro gradas abarcando toda la anchura de la pieza. No hay telón ni cortinones; todo al descubierto: a la derecha, un buen piano de cola y junto a él un arpa, violín y otros instrumentos músicos. Junto al escenario, hasta una mitad del salón, hay butacas para los invitados; después el pavimento sube gradualmente de modo que de todas partes se divisa el estrado donde trabajan las niñas; todo el gran salón está ocupado por las alumnas, las familias de éstas y las religiosas. El primer número es una pieza de piano muy bien ejecutada por una antigua colegiala; sigue una poesía en francés declamada valientemente por una pensionista jovencita que emplea una mímica magistral. Pregunto si aprende el curso de declamación y me dicen que sí: bien se le conoce. Sigue un juguete cómico en francés: "Las románticas", muy gracioso y educativo, y para entreacto, un grupo de niñas muy bien ataviadas de irlandesas, cantan en inglés a la vez que saludan graciosamente. Aún continúa la velada, pero la amable Madre Asistente nos previene que debemos salir para pre-

pararnos a tiempo. Con grande sorpresa nuestra nos conduce de nuevo al comedor; no quiere que marchemos sin cenar... Ella y la Secretaria comen con nosotras y entretanto preparan el *auto* de ellas en el que montan para acompañarnos hasta la estación Windsor dos Hermanas muy amables que no nos dejan hasta vernos bien instaladas en el reservado del tren. De ninguna manera quieren aceptar una limosna que les ofrecemos; les doy estampas y nos despedimos, llena nuestra alma de reconocimiento a la caridad e hidalguía canadiense que ha derrochado delicadezas con estas dos extranjeras del todo desconocidas.

A las siete en punto arranca el tren; no tenemos ganas de dormir sino de cambiar impresiones de un día tan bien pasado... Hacia las nueve, el humilde negrito pregunta que a qué hora nos arreglará las camas; pedimos café con leche, nos lo sirven gratis como un "compliment" de la Compañía, y hechos los rezos y el examen, nos acostamos.

El 8 amanece espléndido; brilla con resplandores de plata la limpia nieve herida por los rayos del sol, y el cielo, del todo azul, nos promete una entrada triunfante en St. John, puerto casi último de embarque. Para las diez de la mañana ya está a la vista el mar; nuestro tren se va metiendo por el embarcadero hasta dejarnos

en la misma escala del "Montclare". Entramos mezclados con muchos viajeros y pronto damos con la *cabina* 250; es la mayor de todas las que vamos probando, y además de holgada, tiene armarios y varias comodidades de que casi todas carecen.

El comedor, cuando llegamos nosotras, está lleno de gente; la orquesta ejecuta durante toda la comida y notamos una etiqueta y un lujo que nos *descentra* y malhumora. ¡Qué será a la noche! Porque los ingleses despliegan su fastuosidad en la comida que para nosotras es la cena. Llega la hora y bajamos como al suplicio; en efecto, el comedor es una exhibición de trajes de noche con sus desnudeces y vanidades increíbles.

Este espectáculo; la orquesta, el aparato teatral y todo el ambiente huele a mundo de tal modo que no nos quedan ganas de volver a pisar el comedor, y con todo el atrevimiento que la fuerza de la necesidad me inspira, dirijo una cartita en inglés al "Chef Steward" haciéndole saber que deseamos comer en nuestra *cabina* y preguntándole cuánto costará este servicio.

Me contesta, muy atento, que no nos costará nada y que se considerarán muy felices complaciéndonos en lo que pidamos. Con esto se pone a nuestras órdenes una camarera simpática si las hay, que, con gestos, nos hace entender lo dichosa que se siente al poder servirnos. Es católica y

dice que comprende muy bien que no queramos bajar al comedor y que ella nos traerá lo que queramos. La pobrecilla quedó viuda en la gran guerra; tiene una hermana en Liverpool y está loca de contenta pensando en verla.

Transcurren los días en el barco lentos e iguales; no vemos a nadie, pues guardamos estricta clausura en la celda fuera de dos horas por la mañana en las que vamos al salón de escribir.

Desde la *cabina* oímos, de noche, notas perdidas de la orquesta, de cantos y de aplausos. Hay baile de nueve a once y media todas las noches; gusta mucho recogerse a estas horas y amar a Dios por todos los pasajeros.

Creíamos llegar a Liverpool el 14 pero nos dice la camarera que no será hasta el 17... ¡Qué decepción! Cablegrafíamos en este sentido a Kirkpatrick que estaba avisado nos esperase el 14.

Si nos fuese dado empujar el barco, le empujaríamos por las ansias que nos acucian de llegar pronto a Bérriz... Yo no sé las visitas que hemos hecho al despacho de informaciones para cerciorarnos de que llegaremos el 14. Seguramente se engañó la amable camarera... ¡Qué sabrá ella de estas cosas! O entendí mal su endiablado inglés... Todo menos creer que aún nos faltan cinco días de navegación. En el despacho

nos reciben sonrientes; les cae en gracia mi acento nada británico, y cuando no nos entendemos, echamos mano a la pluma dialogando por escrito. Dicen que si el tiempo es bueno, llegaremos el 16. Antes, de ninguna manera.

En mis veinticinco años de vida religiosa me faltaba experimentar lo que es aburrimiento; tener dos, tres, cuatro horas delante de mí sin saber qué hacer. Bien lo he probado ahora y a fe que pocas cosas me parecen menos deseables. ¡Qué emoción cuando el 15 vemos el primer pájaro y luego bandadas de aves marinas, precursoras de tierra a la vista! Horas después las costas de Escocia medio perdidas en la densa bruma, se me figura que ríen a escondidas de nuestro entusiasmo por saludar tierra europea. El "Montclare" hace escala en Glasgow y a media noche en Belfast.

16.—La mañana, cerrando maletas y dando propinas. Bien ganadas las tiene nuestra gentil camarera que diariamente nos ha servido en la *cabina*. Al mediodía, disminuye la marcha el barco. Ya estamos en la poderosa Albión contemplando desde el puente los austeros edificios y grandiosos muelles de Liverpool. Pasamos dos horas visando pasaportes; nos entregan telegrama del Padre Guillermo diciendo que llegará en el tren de las cinco de la tarde y una carta de Bérriz que no puedo averiguar quién me la ha

dejado entre manos. Un agente de la Compañía Cook se encarga de nuestros equipajes. Reconocemos a gente amiga en el muelle... Marie Oudot, con una señora inglesa, nos saluda, y poco después, echada la escala, corremos a abrazarlas. Filman la salida de los pasajeros porque entre ellos hay un labrador americano que viene a Inglaterra para recoger un pingüe herencia que le corresponde juntamente con el título de Barón... de no sé qué. Ha sido la comidilla del pasaje por sus toscos modales y absoluta carencia de instrucción.

Una espera en Aduanas y allí mismo aparece el Revdo. Padre William Kirkpatrick hecho un brazo de mar... Salta por encima de bultos y equipajes; nos saludamos con efusión y a coger el tren para Londres que sale diez minutos más tarde.

Ya desde aquí nuestro viaje es un vértigo. Llegamos a Londres a las diez y media de la noche; cogemos un *taxis*: nos perdemos por dos o tres calles antes de llegar al Convento de las "Sisters of Mercy", donde pasamos la noche, y a la mañana siguiente, después de saludar a las Madres Esclavas españolas, donde hay gente bilbaína, corremos a otra estación y, acomodadas en el tren, despedimos al simpático Padre Guillermo que nos ha prestado mil servicios.

En nuestro wagón viene un joven griego que merecía ser español por lo comunicativo que se muestra... En francés me da cuenta de toda su vida: está empleado en Egipto, y aprovechando unos meses de vacaciones, se ha venido a Londres que deja con pena.

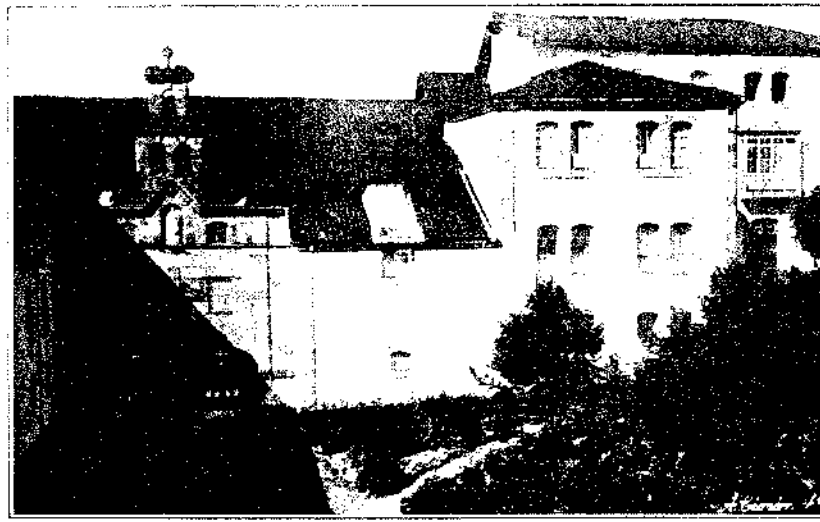
Llegada a Dover. Tiempo espléndido. Entramos al barco sin tiempo para enterarnos de cómo se llama. En el puente un gentío inmenso; maletas por todas partes y un frío espantoso que me dejará memoria del paso de Calais para mientras viva. Serían las dos de la tarde cuando llegamos a Calais. Asomada a la borda, diviso desde lejos al Padre Vicario y echo atrás la capa negra para que nos conozca. ¡Qué alegría! Momentos después llega Lolita Prado y... a otro tren. Aquí hay tiempo de cambiar impresiones hasta las ocho y media de la noche que vemos París. Es decir, él es el que nos mira con sus fulgurantes ojos eléctricos magníficamente encendidos. Yo, en cambio, poco puedo decir de París si no es que todas las calles están congestionadas de coches, de gente, de barullo ensordecedor. Mucho tiempo empleó nuestro *taxis* en llegar a la estación del Quai d'Orsay y al sentarnos en el wagón pensé: último tren que me dejará en España, ¡bendito seas!

A las diez de la mañana pisábamos fuerte

en Donostia. Más que la belleza de sus paseos y avenidas, mucho más que su azulado mar y la elegante Concha que le circunda, tenía yo ganas de ver las honradas caras de nuestros aldeanos respirando sinceridad y nobleza. Oímos Misa y comulgamos en la residencia de los Padres jesuítas; saludamos a varios Padres en nombre de tantos hermanos suyos como he visto en Oriente y descansamos del ajetreo inaudito de aquellos días. Por la tarde visita a los Revdos. Padres mercedarios que nos reciben amablemente.

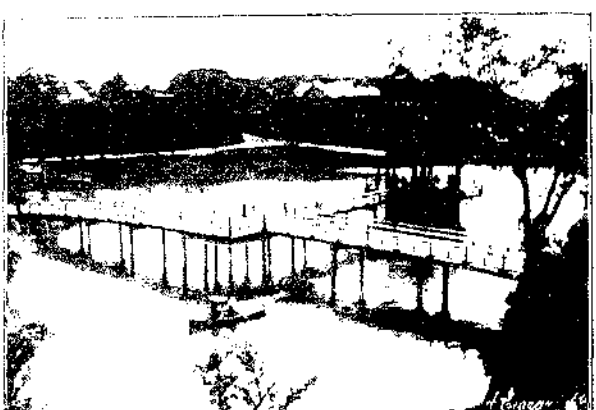
El 19 por la mañana, festividad del glorioso San José, veo el palomar de Bérriz que se me figura ha salido de las faldas de las montañas y se ha subido a las cumbres para saludarme de lejos. También yo te saludo, querido Bérriz, y quiero que recojas en esos muros graves y santos, las hazañas de hijas tuyas, que yo he presenciado: de tus hijas, mercedarias y apóstoles, que allá, en países infieles, viven sacrificándose para ser semilla de Cristo...

SIGUIENDO LOS PASOS DE SAN FRANCISCO JAVIER



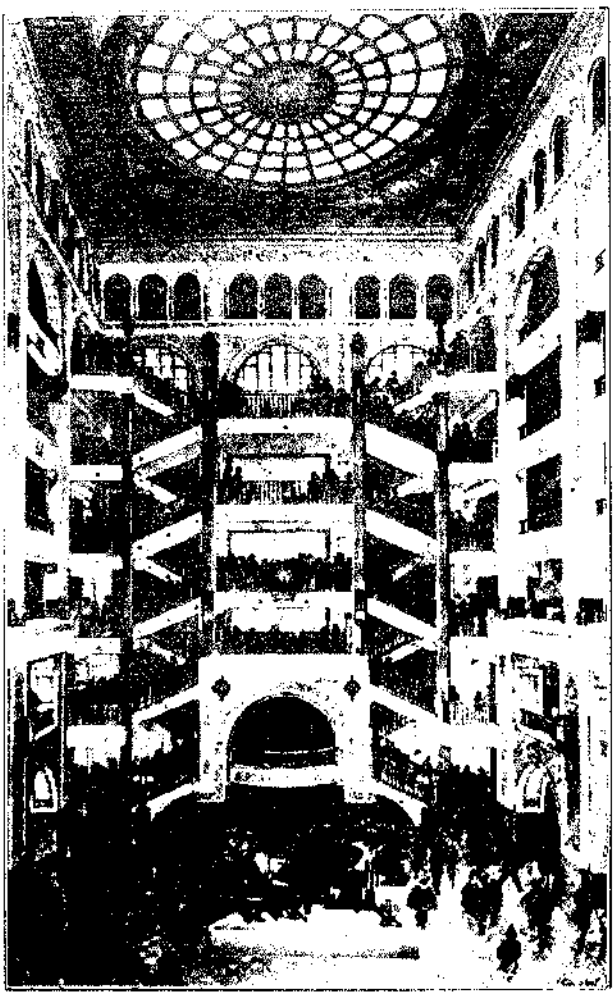
IGLESIA DEL CONVENTO DE RÉRRIZ DESDE DONDE SALIÓ LA M. MATERNA EL DÍA 5 DE AGOSTO

EN NUESTRO PASO.—TIPOS CLÁSICOS CHINOS



PAISAJES MARINOS JAPONESES

ENTRADA DEL COLEGIO DE ST. MAUR (TOKIO)



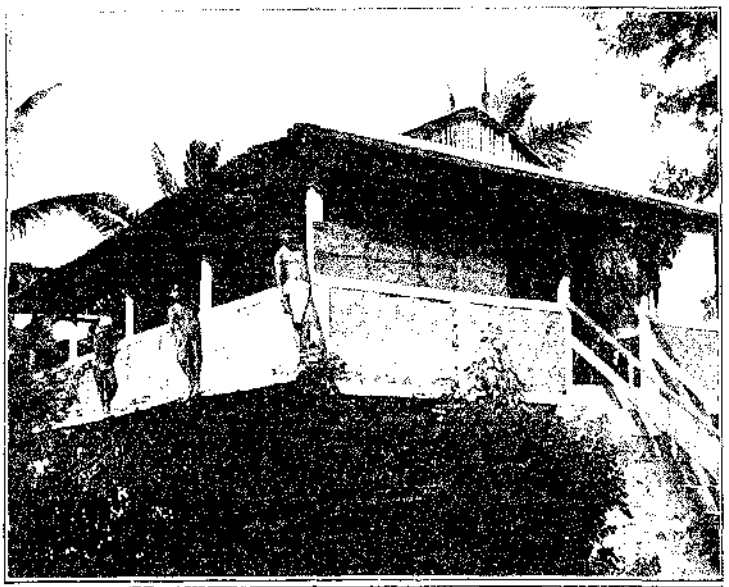
ENTRADA AL HALL DE LOS GRANDES ALMACENES MATSUYA (TOKIO)

LA JOVEN BAUTIZADA EN LA CAPILLA DE LAS DAMAS DE ST. MAUR
(TOKIO)

LA EXPEDICIÓN PARA TOKIO CON MONS. LÓPEZ DE RIGO Y EL P. FÁBER, S. J.

COMUNIDAD DE DAMAS DE ST. MAUR, A NUESTRA LLEGADA EN TOKIO

CUADRO PLÁSTICO DE COSTUMBRES JAPONESAS POR LAS ALUMNAS DE ST. MAUR (TOKIO)



EN NUESTRAS QUERIDAS ISLAS DE TRUK: ARRIBA, LA CASA DEL MISIONERO; ABAJO, VARIOS CRISTIANOS

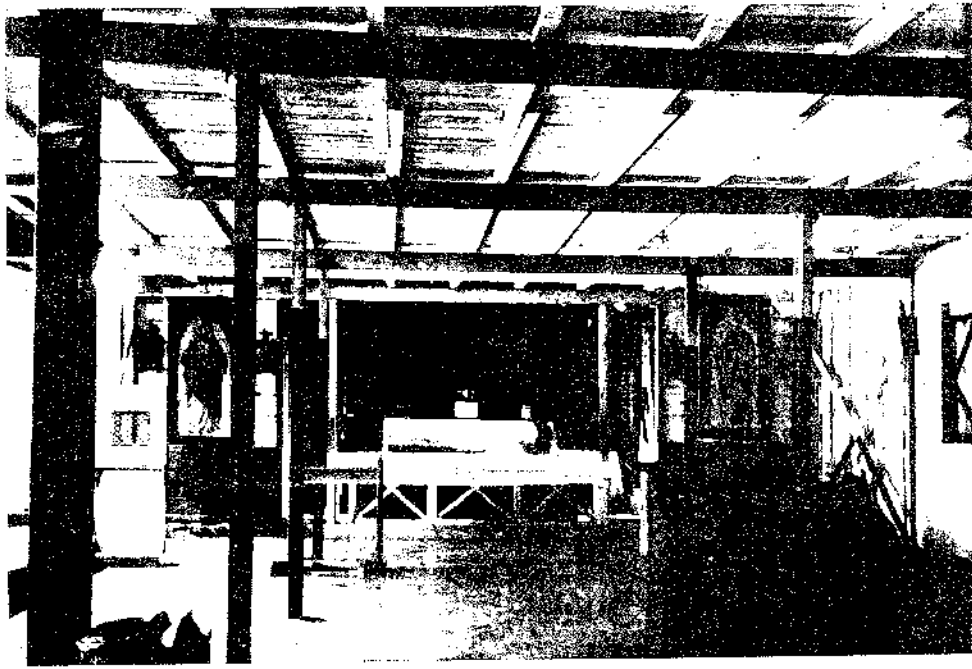
PONAPÉ.—LA PROCESIÓN DEL CORPUS

LAS ISLAS DE FUTAMI

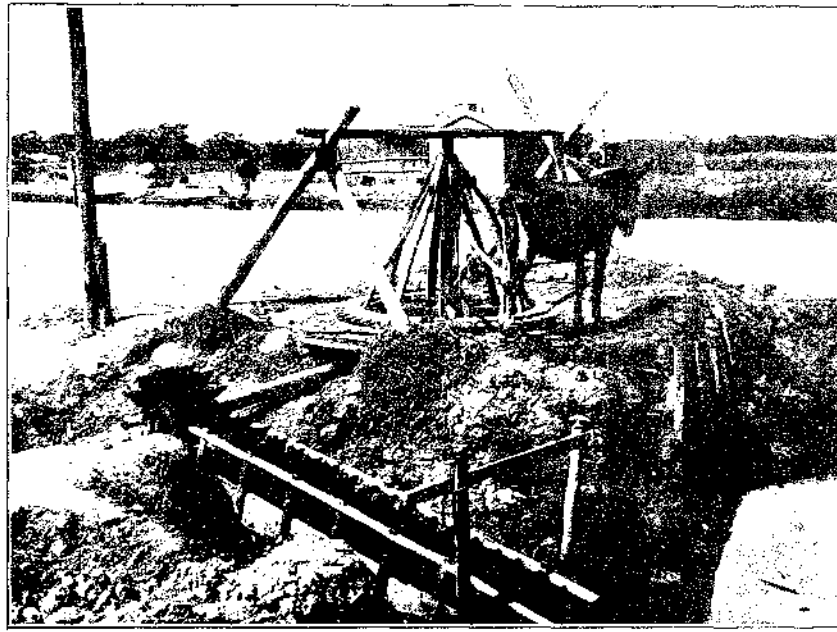
CUADRO PLÁSTICO. ALUMNAS DE ST. MAUR

EN LA ENTRADA DEL PALACIO ARZOBISPAL (TOKIO) CON MONS. CHAMBON

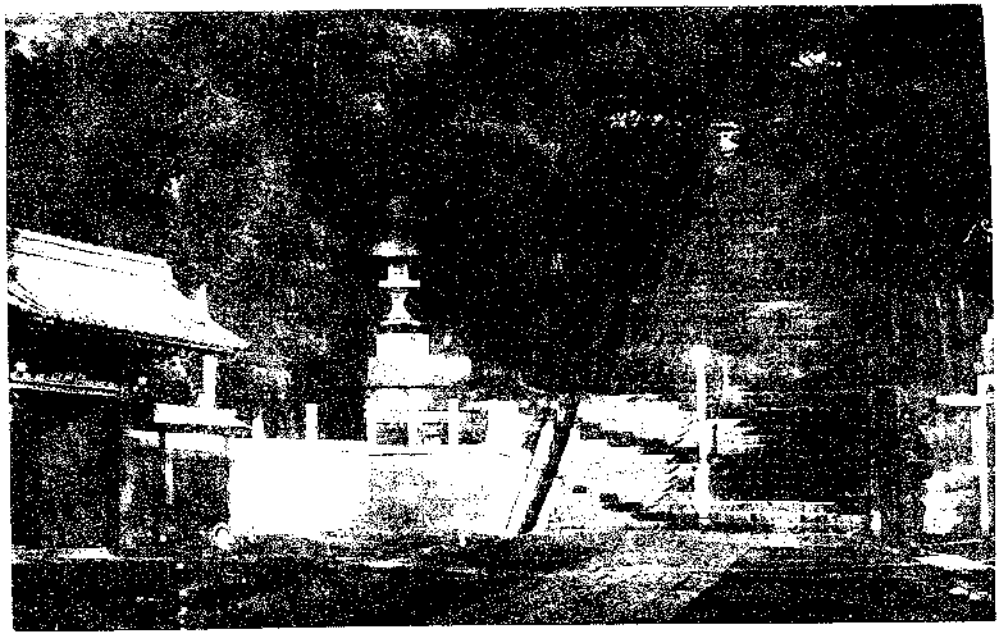
AL TERMINAR LA DANZA INDÍGENA (PONAPÉ)



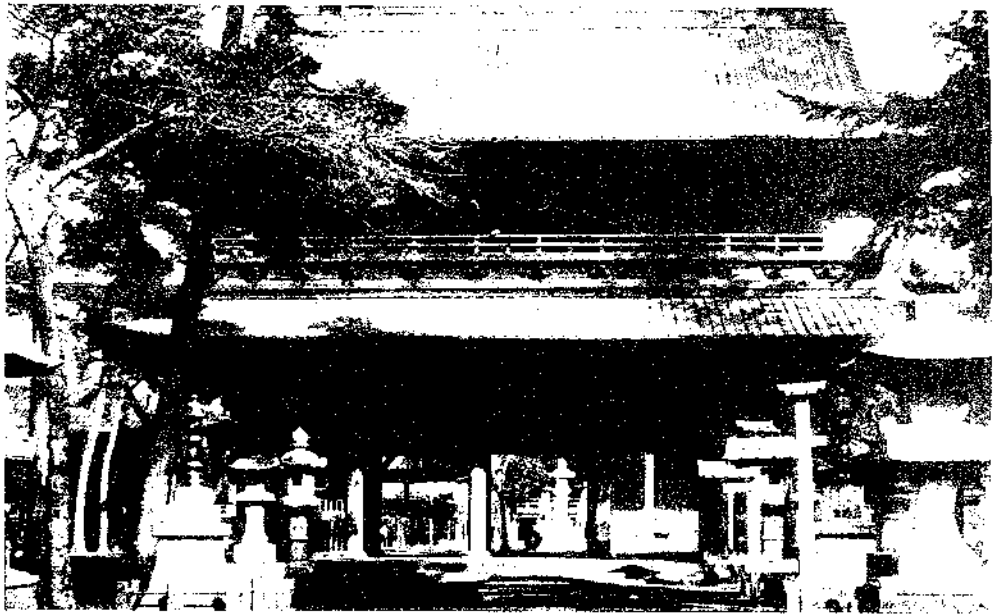
IGLESITA DE FEFAN



UN MOLINO TÍPICO CHINO

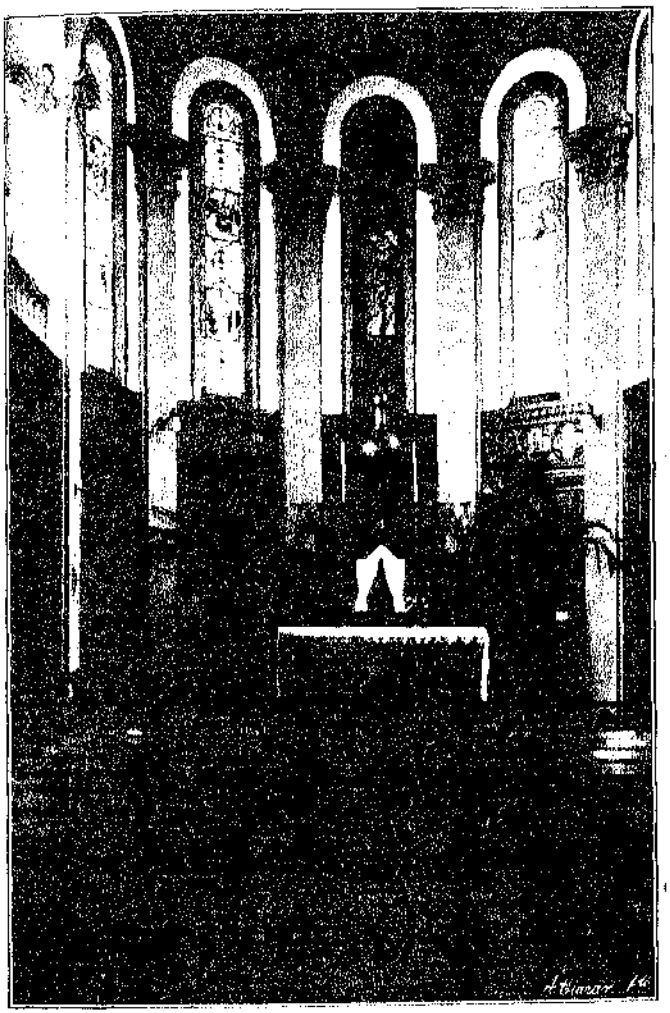


SUBIDA AL GRAN TEMPLO DE NICHIREN EN EL ALTO DE IKEGAMI

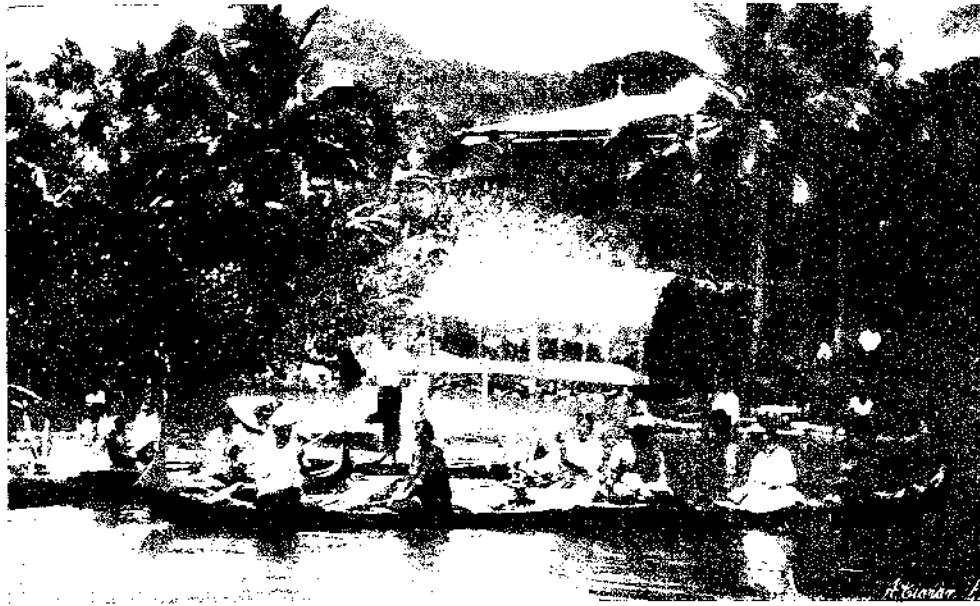


TEMPLOS EN IKEGAMI (JAPÓN)

DOS A.G.P.S. DE [illegible] LA SEÑORA MINISTRIOS DE WUHU

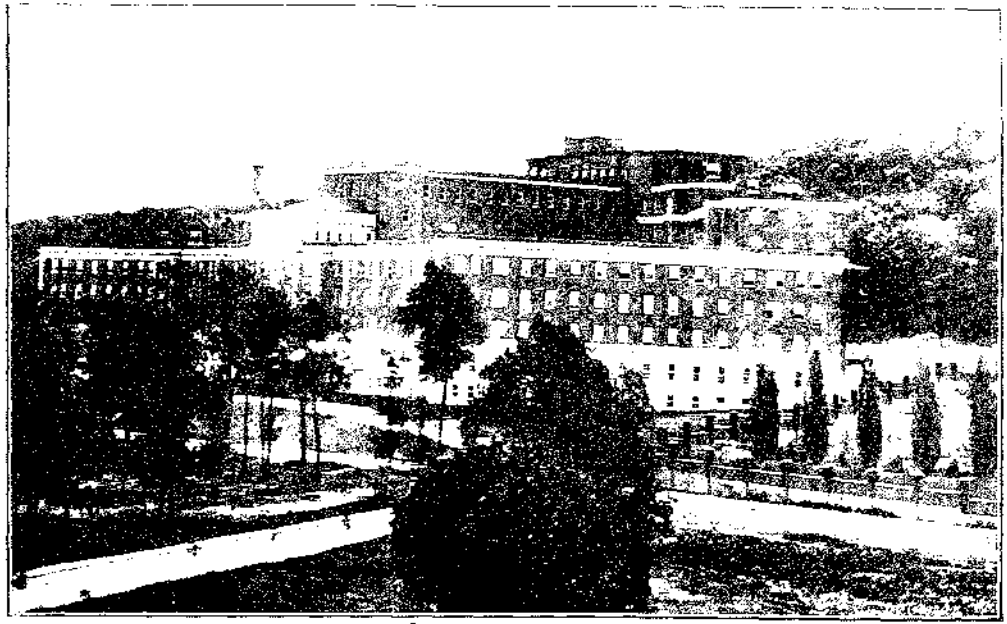


INTERIOR DE LA IGLESIA DE LAS DAMAS DE ST. MAUR (TOKIO)

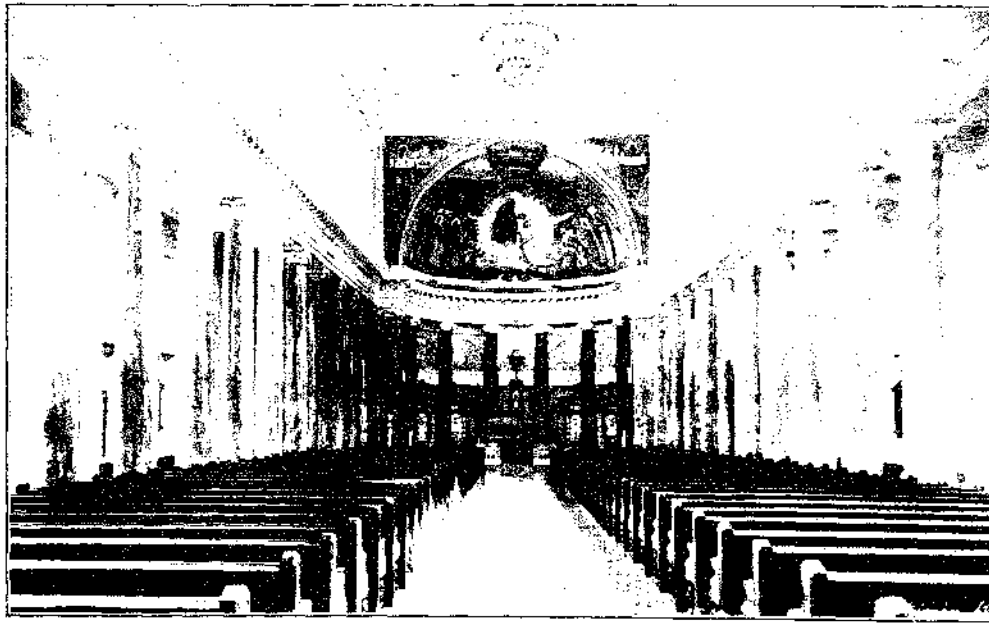


DESPUÉS DE MISA, AL VOLVER A SUS CASAS.—OROR O DESEMBARCADERO EN FEFÁN

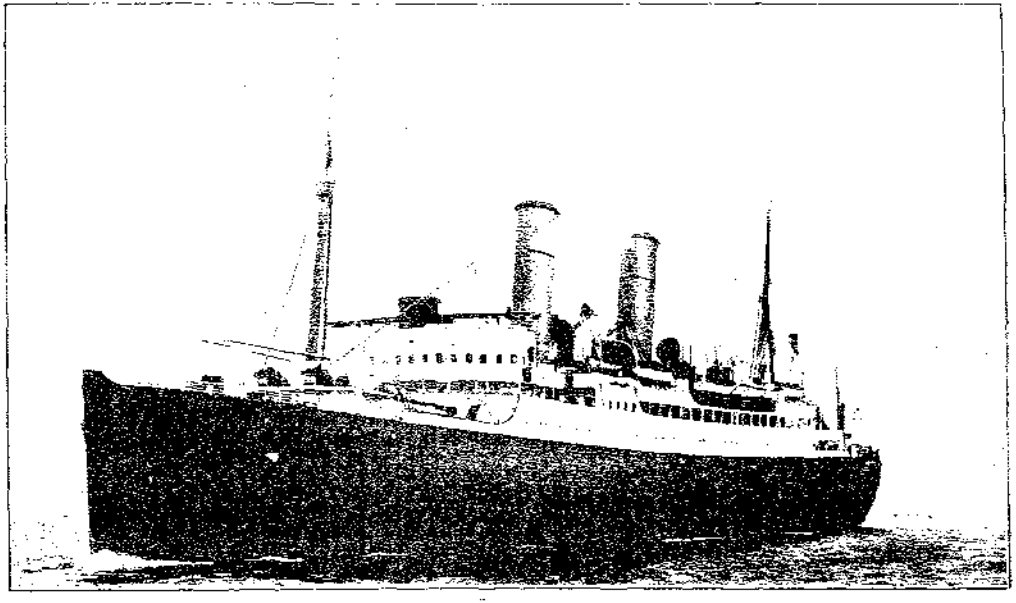
PANTEÓN DE NICHIREN (OMORI)



CASA MADRE DE JESÚS Y MARÍA. MONREAL (CANADÁ)



INTERIOR DE LA IGLESIA DE LAS RELIGIOSAS DE MONREAL (CANADÁ)



EL "MONTCLARE" EN LA TRAVESÍA DEL JAPÓN AL CANADÁ